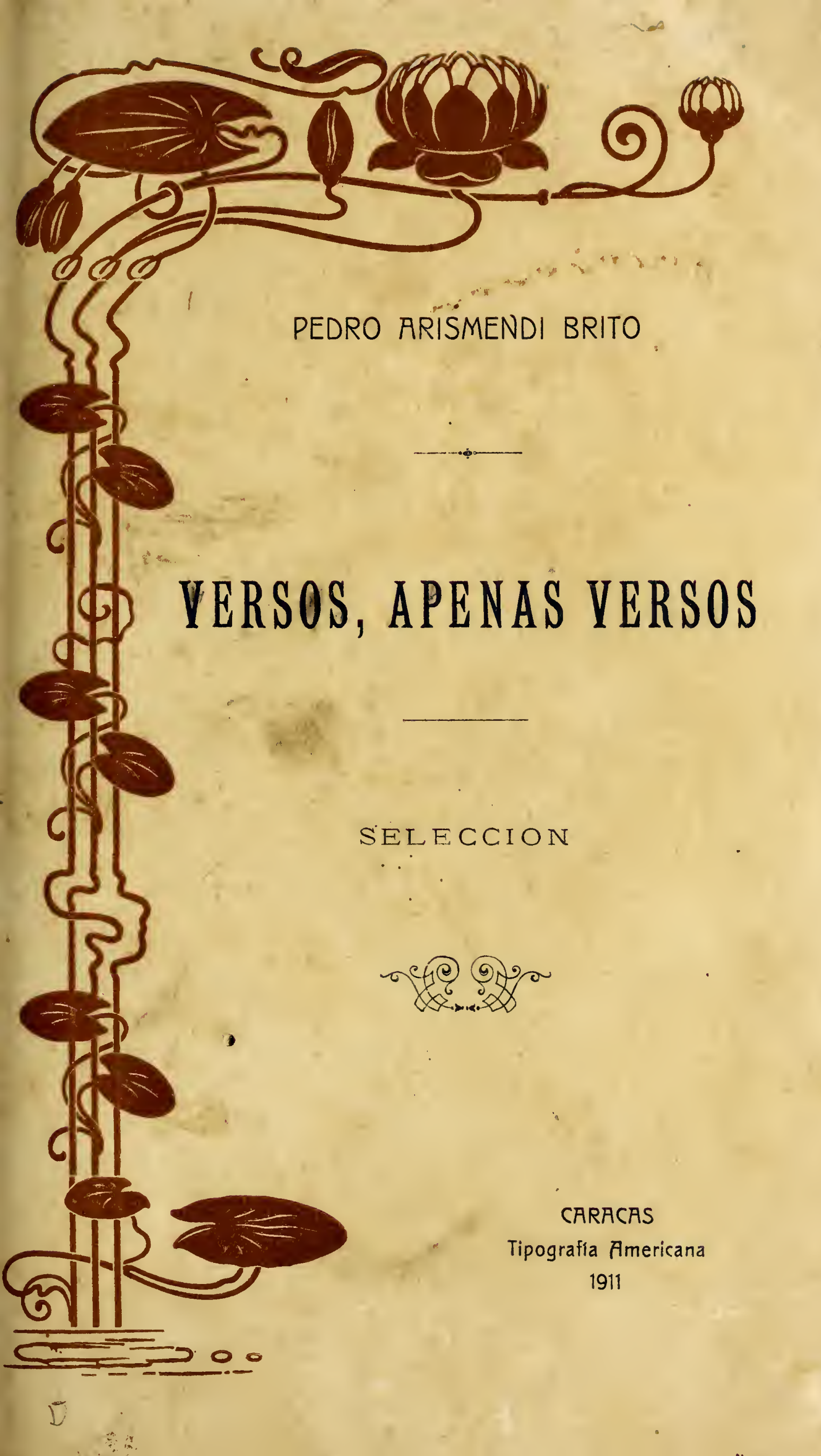






PEDRO ARISMENDI BRITO

VERSOS, APENAS VERSOS

SELECCION

CARACAS
Tipografía Americana
1911

Al buen amigo, Sr. R. J. Seijas — El autor

VERSOS, APENAS VERSOS

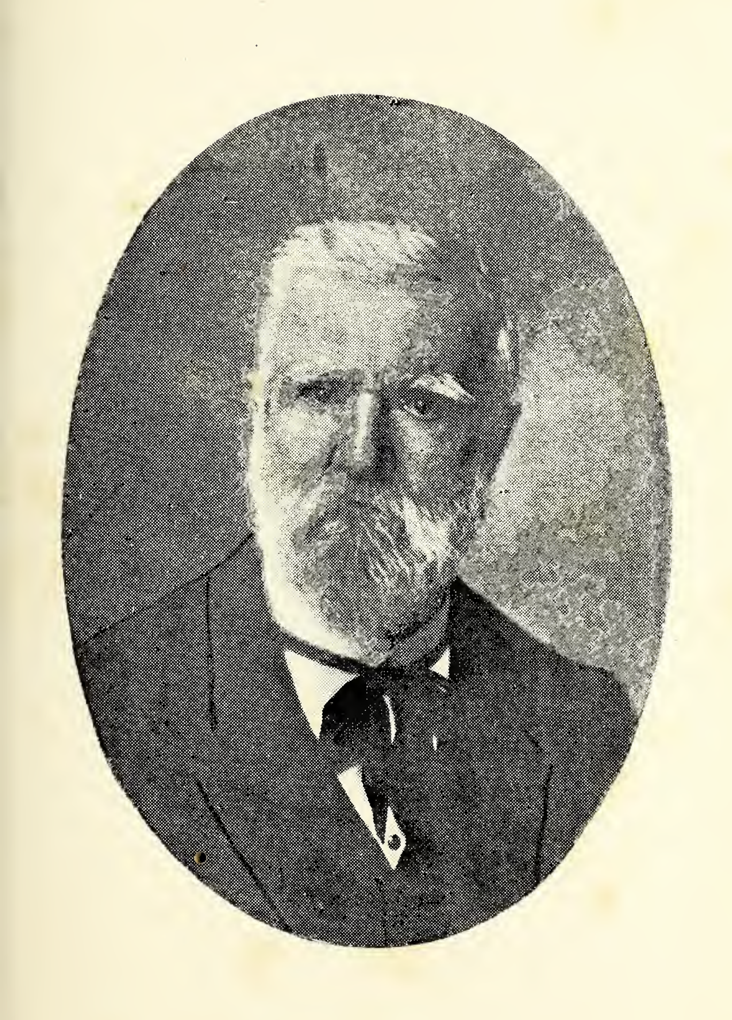
PEDRO ARISMENDI BRITO

VERSOS, APENAS VERSOS





CARACAS
Tipografía Americana
1911



DEDICATORIA

A mi patria.

A mi esposa.

Versos, apenas versos, selección

AL LECTOR

Arismendi Brito



AL LECTOR

—

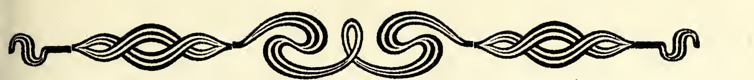
Fácil me habría sido obtener de alguno de mis abundantes hermanos en Apolo, una introducción para este libro, pero, ora porque lo creo excesivo honor, no merecido por mis versos, ora porque me arredra la habitual exageracion de nuestra contemporánea generosidad que exaltada aún más, por lo expresivo de la preferencia, me incluiría de seguro entre los grandes poetas, poniéndome así en ridículo á mis propios ojos, ora en fin, por que un prólogo mejor escrito, como tenía que resultar, mataba inexorablemente mi aventurada y si acaso mediocrísima obra,

por todo eso, sí, me ha parecido preferible dejar á cada cual que intente leerla, el más libre juicio, según el leal saber y entender.

Siempre me ha parecido lo más acertado en materia de arte el apotegma tan perogrullezco, como individual de Víctor Hugo: «Agrada, pues es bueno; desagrada, pues es malo». Ya esto basta por el momento, para insinuar que en modo alguno podrá irritarme la inclusión de la obra en el segundo inciso, y para prevenir mi gratitud á los que la incluyeren en el primero.

Al leer esto se preguntarán algunos, cómo estampando tales apreciaciones, resuelvo publicar este libro, y ya aquí sí que me doy la gratísima satisfacción de contestar: porque en él están recopilados los loores que he podido prodigar á la mujer que comparte conmigo la existencia, y á la Patria cuya gloria servida desde su nacimiento por toda mi sangre, tiene todavía en mí un sacerdote, si oscuro, sincero y abnegado. Hallo que esos dos afectos pueden ser una válida excusa de cuanta debilidad quiera en la ocasión reprochárseme.

LA MUJER



A DOLORES

—

Si te dijera que tu nombre triste
Es de mis labios el suspiro eterno,
Y que el angel que próvido me asiste
Desde que ví la luz, tu mirar tierno
Toma, y tu faz modesta y hechicera
Para hacerme soñar cien alegrías:
Si yo te lo dijera,
Dime, Dolores cruel, tú lo creerías?

Si te dijera yo que tu mirada
Hace, al fijarse en mí dulce y serena
Otra alma germinar que sublimada
Romper anhela su prisión terrena
Para, entregada al aura pasajera,
Robar en tí perfume y melodías:
Si yo te lo dijera,
Dime, Dolores cruel, lo dudarías?

Si dijera que al pié de tus balcones
Yo voy, cuando tu lecho te reclama,
A recojer cosecha de ilusiones,
Con las que urdo después la rica trama
De una de esas bellísimas quimeras
Que al seno amante la esperanza ofrece:
Díme, tú lo creyeras,
Si yo, Dolores cruel, te lo dijese?

Si te dijera yo que, cuando al templo
Voy á orar por mi madre y mi ventura,
Si brillando tu dulce faz contemplo
De tu mantilla entre la blonda oscura,
Siento que á Dios las esperanzas mías
Presenta el corazón con sus amores:
Dime, tú lo creerías,
Si yo te lo dijese, cruel Dolores?

Si dijera que al verte en los festines
Pasar dormida en más felices brazos,
Al notar que otro labio, los jazmines
De tu frente aspiraba, hecho pedazos
El pecho, pedí al cielo que lloviera
Sobre el mundo sus fuegos destructores:
Si yo te lo dijera,
Dime, tú lo dudaras, cruel Dolores?

Si te dijera que, al huirte luego,
En las ventanas vi flotar tu sombra
Y aliviado sentí mi enojo ciego,
Creyendo oir tus pasos en la alfombra;

Y necio! esperé verte cual salías
De la fiesta ajitada y placentera·
Dime, tu lo creerías,
Si yo, Dolores cruel, te lo dijera?

Si te dijera, en la demencia mia,
Que al mirarte entregada á la lectura,
Ver paréceme el ángel que te guía,
Que envuelve entre sus alas tu figura,
Y apartando la negra cabellera
Te murmura al oído mis amores:
Si yo te lo dijera,
Dime, tú lo dudaras, cruel Dolores?

Si te dijera yo que, cuando arrulla
La tarde cariñosa á nuestro valle,
A mendigar una mirada tuya
Voy, y paso ó deténgome en tu calle,
Sintiendo luego que mi pecho espera
Y pide al cielo acelerar los días:
Si yo te lo dijera,
Dime, Dolores cruel, tú lo creerías?

Si dijera que alguna vez, pasando
Cerca de tí, Dolores, he sentido
Que el corazón mi pecho abandonando
Intentaba seguirte, y que rendido
A tan dura emoción la suerte fiera
He maldecido y mis odiosos días:
Si yo te lo dijera,
Dime, Dolores cruel, lo dudarías?

Si te dijera yo que hallo en amarte,
Más que á mi pobre madre ! mi ventura ;
Que no sé qué me ordena consagrarte
La misma adoración, ingenua y pura
Que acaso sueñes que ofrecer podrías
Al ser felice que tu dicha hiciera :
Dime, tú lo creerías
Si yo, Dolores cruel, te lo dijera ?



LA VIDA

Á UNA CUBANA EXPATRIADA

NUEVA YORK—1870

Cuando, ya indigno de la empírea gracia,
Arrojado fué Adán del Paraíso,
En Eva la ocasión de su desgracia
Viendo, quejoso abandonarla quiso.

Pero los ojos plácidos de ella,
Flores de luz, vertieron suplicantes
Efluvios de ternura á tal querella
Y prendiéronse limpios dos brillantes.

Perlas de tanto precio no atesora
En la nacárea concha el mar de Oriente,
Ni con más gracia el llanto de la aurora
Presenta fresco lirio al sol naciente.

Al ver Adán en los turbados ojos
Las joyas con que el cielo orna á las flores,
Bendiciendo su culpa cae de hinojos,
Ya resignado á todos los dolores.

Eva sonríe: el llanto y la sonrisa
Luchan en la expresión de aquel semblante
Como, al caer la tarde, en la indecisa
Niebla la sombra con el sol brillante.

Dios sonríe también, y conmovida
El alma de los orbes, dice: en tanto
Que su luz no se apague, sea la vida
Crepúsculo de risas y de llanto.

Y la débil mujer, así en sus labios
Y en sus ojos halló, dulces y tiernos,
Poder para calmar nuestros agravios
Y armas siempre seguras de vencernos....

II

¡Qué hermosas son las lágrimas! Do quiera
Que las arranca el sentimiento herido,
El fulgor de una dicha reverbera
No eclipsado del tiempo y el olvido.

¡Cómo los pechos lastimados cura
La celestial terneza que atesoran,
Y cómo, al extremarse la ventura,
De sus limpios diamantes la decoran!

¡Cómo del rostro en flor, cuya alegría
Voló al huir del corazón la calma,
Realzan la fugaz melancolía,
Penumbra del placer que soñó el alma!

¡Y cómo amor inspiran reverente,
Si por rugada faz corriendo sueltas,
Bajo el nimbo de plata de su frente
Brillan al cielo ó al sepulcro vueltas....

Sí, siempre bellas las miré, señora,
Pero jamás halléles tanto hechizo
Como al ver esa faz encantadora
La escena remembrar del Paraíso.

Entreabría el candor de una sonrisa
La breve rosa de esos labios rojos,
Y en los párpados lágrima indecisa
La luz doblaba á los radiantes ojos.

Y ¡cómo no vender pena y contento!
Errante trovador venezolano,
Yo cantaba la patria, y en mi acento
Iba un rumor de vuestro hogar lejano.

III

Del hogar, del hogar! paisaje ameno
Que hace el fondo de todas las venturas,
Que se construye el corazón sereno,
Entrelazando anhelos y ternuras;

Donde murmura el arroyuelo claro
Cuya memoria misma ya refresca,
Donde á las ilusiones nido caro
Da en cada flor la selva pintoresca;

Donde blanco, cual hostia, hay un santuario
Que de solemne unción impregna el alma,
Y desde cuyo erguido campanario
En el Angelus vuela augusta calma;

Donde hay sin zarzas un florido suelo
Que siempre encuentran nuestras plantas llano
Y en donde solo, sin temblor ni hielo,
Sitio á la tumba indicará la mano.

IV

Pobre avecilla que con yertas alas
Tiene que ver en el hogar ajeno
A la nieve, pesar sobre sus galas,
A el exilio, pesarle sobre el seno.

¡Cuándo será, señora, que volando
Sobre ligera nave, el horizonte
Sondeéis, de anhelo trémula, espiando
La azul aparición del caro monte!

¡Cuándo de flores, no de sangre rojos,
Podréis, del sol á los primeros lampos,
Ver con tierno reír y húmedos ojos
De vuestra patria los alegres campos!

Así, ante la escena repetida
Del sacro Edén, refirmaréis que, en tanto
No se extingue su lumbre, es nuestra vida
Crepúsculo de risas y de llanto.

¡CÓMO NO AMAR LA VIDA!

¿Que por qué amo la vida? Porque te amo,
Porque del mundo, al fin, en la agria senda,
Encuentro un corazón que oiga el reclamo
De mi anhelante pecho, y lo comprenda.

—

Y vana es tu reserva. Si imprudente,
Busco al hallarnos tu mirar inquieto,
Te arrebola el pudor la casta frente
Y doblándola viólate el secreto.

—

Si entonces te contemplo embebecido,
La sonrisa en tus labios aparece
Como rayo de sol que va perdido
Y en rosa que entreabre se guarece.

—

Si al ver que callas, tu mentido anhelo
Prevengo de esquivarme, cruel me nombras,
Y tu faz palidece como el cielo
Al sentir la inminencia de las sombras,

¿Y á qué callar? ¿Acaso no te miro,
Si tu desdén á despecharme alcanza,
Volverme á la ilusión con un suspiro,
O con una sonrisa á la esperanza?

—

Y yo te adoro. Mira, en ocasiones,
Cuando en el cielo buscas un testigo
Que acredite mis tiernas expresiones,
Sin pensar que blasfemo, así me digo:

—

¿Por qué influjo fatal bajó hasta el suelo
Un sér que ve su patria entre las nubes?
¿Agraviaría su hermosura al cielo?
¿La envidiaban acaso los Querubes?

—

Y cuando sola viéndote en el mundo,
Sin padre, sin ventura, he sospechado
Que tienes horas de dolor profundo,
A Dios, más de una vez, así he clamado:

—

¿Por qué el brillo que dísteis á mi cobre
Lo negásteis, Señor, á su oro santo?
Trocad, dadle mis dichas, el más pobre
Hacedme sí, pero enjugad su llanto....

—

¡Cómo no amar la vida! En tu presencia,
Sintiendo mi alma de la tuya parte,
Hallo goce infinito en la existencia
Y comprendo que la amo por amarte.



HERMOSO SUEÑO

Hermoso sueño! Cuanto el mundo nombra
Gloria, placer, riqueza me sobraba,
Que, rendida al amor, bajo mi sombra
Gozábase la Suerte en ser mi esclava.

Fuerte, bello, el más sabio entre los sabios,
Ante mí todos parecían de hinojos:
Los hombres á colgarse de mis labios,
Y las mujeres á extasiar sus ojos.

Polvo de oro en su galop ardiente
Tras sí dejaba mi corcel de guerra,
Y, al apropiárselo, ávida la gente
Me aclamaba su Numen en la tierra.

Veía, al reposar, tranquilo todo
Hundirse en el silencio más profundo,
Y al alzarme en mi lecho sobre el codo,
Turbarse el aire y retemblar el mundo.

A mi capricho, del luciente día
Era más lento ó más veloz el paso,
Y sin mi voluntad, no descendía
El astro de oro al purpurino ocaso.

Los héroes todos cuya fama zumba
En el orbe, de Belo á Bonaparte,
Violaban la consigna de la tumba,
Para formar de mi cortejo parte.

Nadie ponía á mi herosímo valla,
A todos eran mis intentos gratos,
Y hasta la sorda Muerte, mi vasalla,
Su rigor sometía á mis mandatos.

Y yo te amaba entonces! Y contento
Era tu esclavo, aunque del Orbe rey:
Leyéndote en la faz el pensamiento,
Era tu voluntad mi única ley.

Alada hacer la humanidad entera
Había intentado en loco desvarío
Para, salvando el éter de la esfera,
Al Empíreo llevar tu poderío.

En eso desperté: llevé la mano
A mis negros cabellos, en la frente
No hallando una corona, busqué en vano
En mi cinto el acero omnipotente.

Y todo había volado! Más por eso,
No fuí infeliz, y ni execré la suerte,
Que dentro el corazón mi amor ileso
Halló su dicha toda al sólo verte.

VESTIDO COLOR DE ROSA

Ah! Quién te inspira, dime, esos antojos?
¿Quién ha ceñido á tu esbeltez de palma
Traje que á tanta bella causa enojos,
Y que ya en el color dice á los ojos
Muchas cosas ternísimas de tu alma?

¿Es el Angel que á tí desde los cielos
Viene al alba y en sueños te enamora,
Quien por mostrar galante los desvelos
Con que te ama, lo corta de los velos
En que se envuelve la apacible aurora?

¿O creyéndote Diosa, al divisarte,
Las nubes de la tarde te siguieron
Y adensándose en torno, rico de arte,
Para al Olimpo fúlgido tornarte,
Carro de nácar y de luz te hicieron?

O, confiésalo, niña ¿ por ventura
En tu inocencia temes el ultraje
Que puede hacerte una mirada impura
De los ojos que arroba tu hermosura,
Y llevas el rubor hasta en el traje?

Haces bien! Las miradas codiciosas
Que á tu casta figura el mundo tienda,
Al hallar esas galas pudorosas,
Alzadas buscarán si llueve rosas,
Como dice la mística leyenda.

O bien, como las mias que te adoran,
En ilusión que al contemplarte crece,
Creerán hechas las gracias que devoran,
De rosas que, entreabriendo, se evaporan,
O vapor que, agitándose, florece.



FE Y ESPERANZA

Á LA SEÑORITA MERCEDES RAVELO, HOY ESPOSA DEL AUTOR

Mitad de mi sér que busco
Desde que sentí en el seno,
Ya turbado, ya sereno
Palpitar el corazón,

Adónde has ido? Recuerdo
Que en anterior existencia
Eras tú divina esencia,
Era yo celeste flor;

Mas, al abrirme á la lumbre
Que baña este mundo triste,
Mi pura esencia me huíste,
Y en donde hallarte no sé:

En vano de ese recuerdo,
Vago como misterioso,
Guiado, en cuanto hay hermoso
Te procuro sorprender;

Que, al preguntar á las rosas
Si de tí hay algo en ellas:
«Buscadla en flores más bellas,»
Dicen llenas de rubor.

Y al preguntar á los lirios
Si te esconde su blancura:
«Buscadla aún, es más pura,»
Contestan en su candor.

Y paseando mi anhelo
Por todas las cosas bellas
Que hallo, al fin á las estrellas,
Que están más cerca del cielo,
Pregunto si estás en ellas.

Ay! que no ven su impiedad
Ni alcanzan mi pesadumbre,
Si por templar mi ansiedad
Avivan rientes su lumbre,
Y alumbran....mi soledad!

Que entonce el alma tomando
Sendas que ella sola alcanza,
Cielo tras cielo escalando,
Cree hallar lo que va buscando
En nebulosa esperanza.

Y tras ella decidida
Va, por asirla se empeña,
Y la ase y ve descreída
Que dicha tan perseguida
No es la dicha que ella sueña.

Así, á vagar condenado
Sin detenerme jamás,
Me entrego al fin hastiado
A pensar que no te he hallado,
Porque en el mundo no estás.

Pero existes, existes: yo te he visto:
Albergada en mi pecho te sorprendo
Cuantas veces, vatídico, pretendo
Soñar lo que me guarda el porvenir.

Niño yo, eras la voz que me inspiraba
La sed de ciencia, y al tenaz empeño
Me alentaba, diciéndome en el sueño
De gloria y de poder lisonjas mil.

Después, cuando la edad una tras otra
Encontradas pasiones me traía,
Tú siempre eras el sol cuya alegría
Serenaba por fin la tempestad.

Y hoy, si pisando el silencioso albergue,
Lloro al no oír el maternal acento;
Providencia invisible! yo te siento
Mi llanto con tus besos enjugar....

Existes! una vez quise el idioma
Ensayar de las Musas, y al instante
Vi que pasando, aparición radiante,
El estro diste á mi primer cantar.

Y un día en el combate, arrebatado,
Las esperanzas de vencer perdidas,

Sentí en el pecho el alma de Leonidas,
Viendo entre el humo aparecer tu faz....

Existes! Bien lo sé, porque me es dado,
De unción y gracías celestiales lleno,
Las amarguras todas de mi seno
En arranques trocar de compasión;

Porque, al hallar la huérfana que llora,
Viéndose inerme ante la insidia humana,
Su llanto me revela que es mi hermana,
Y la amo y pido por su bien á Dios....

Y eres cuanto veo, cuanto escucho,
En la flor, en el ave que gorjea,
En el aura fugaz que rumorea,
Y en el aroma que en sus alas va.

Sombra del pensamiento, en la mirada
Te llevo por doquier, pues cuando yerra,
Vanamente buscándote en la tierra,
En los cielos te ve más ideal.

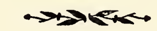
Allí entre los tules sonrosados
Que forman el dosel de la mañana,
O entre los velos de topacio y grana
En que se envuelve el sol para morir,

Te me apareces: tus ebúrneas manos
Retienen la profusa cabellera
Que sobre el seno el aura pasajera
Jugando se complace en esparcir.

Y el fondo incandescente de esos cielos
Hace un nimbo de fuego á tu figura,
Que bajo la flotante vestidura
Deja formas terrenas descubrir....

Y en mis sueños, mentiras que acredita
La esperanza, percibo que me nombras,
Y te miro venir entre las sombras
A decirme que vives para mí.

Al fin te hallaré, y entonces,
Como el ruido de dos besos
Que se chocan y se lanzan
A los aires en un eco,
Como la voz de las hojas
Que en misterioso concierto
Se confunde con las quejas
De los fugitivos vientos,
Nuestras almas una sola
Harán en dulce himeneo;
Y ni vagarás perdida
Tú, la esencia de los cielos,
Ni moriré sin aroma
Yo, flor germinada en ellos.



CANTARES

—

Cuando, muerto de amores
Resucito en tus brazos,
La vida recibiendo
Del ámbar de tus labios,
Si la muerte ó la vida
No sé qué sea más grato.

—

Cuando escucho tu nombre,
Que es ya toda mi dicha,
Mi corazón suspenso
Ni siente ni palpita,
Que mis oídos sólo
Tienen entonces vida.

—

Cuando dices que el día
Te sorprende en tu lecho,
Y te besa en el rostro,
O te acaricia el seno,
El sol yo extinguiría
Aunque quedara ciego.

Cuando miro tus pies
Que de la fimbria salen
Y se huyen y persiguen
Cual tórtolas amantes,
Quisiera ser ya polvo
Por que tú me pisases.

—

Si los labios despliegas
Y me llamas tu dueño,
Sublimados mis ojos
Miran abrirse el cielo,
Y de él siento que al alma
Llueven dulces recuerdos.

ADIÓS

—

¡ Cómo se ensaña en mí la suerte cruda !
Tú, mi amor, mis delicias, me abandonas,
Y á la playa te acercas triste y muda,
En tanto que el bajel decide izar
Y al viento da las impulsivas lonas
Que lo hacen ya oscilar.

La extensión pavorosa del Oceano,
Al través de las lágrimas, ya mides ;
Ya diciéndome adiós me das la mano
Al entrar en el bote. Mira, aquí
Has dejado estas lágrimas....no olvides
Que las vierto por tí.

Y al despertar mañana, cuando ostente
El sol sus regias galas y las olas,
Que te arrullan aún, dore ó argente;
Cuando entonces eleves tu alma á Dios,
Siente que te bendigo y, qũedo, á solas,
Repíteme tu adiós.

Y cuando del cenit caiga abrasado,
Si, acogida á la sombra de una vela,
Ves en el mar de espumas coronado
La estela que el bajel deja tras sí,
El pájaro que nada, el pez que vuela,
Acuérdate de mí.

Cuando la noche tienda sobre el mundo
Su clámide sembrada de luceros,
Y turbe sólo el lúgubre y profundo
Silencio que reinare en torno á tí
El canto de los tristes marineros,
Acuérdate de mí.

Y si, rendida al sueño, por tu mente
Pasa, en grata visión, tu hogar lejano,
Imagina que pálido y doliente,
Llevado del amor, me ves allí
Suplicando á tu espejo y á tu piano
Que me hablen de tí.

Estréchame la mano. Considera
Que de mí, que te adoro, te despides
Sin el retorno precisar siquiera;
Que sin tu voz y tu mirada, aquí
Quedo temiendo, niña, que te olvides
de tu hogar y de mí.



QUIÉN FUERA....

Quién fuera nube! Así desde los cielos
Me obstinara en seguirte todo el día,
Y los que tu sombrilla crudos celos
Se empeña en darme, al fin evitaría.

¡Y quién la imagen fuera, á cuyas aras
Vas á dar flores y á pedir clemencia,
Para de toda culpa que acusaras
Librarte con sonrisa de indulgencia!

Ah! quién pudiera de este valle ameno
Ser la fragante flor que más te agrada,
Para, aun marchita, perfumar tu seno
O llover de tus sienes deshojada!

O !quién fuera el espejo que se inclina,
Buscando luz propicia á tu faz bella,
Para darle expresión tan peregrina
Que, como yo, te enamoraras de ella!

¡Quién fuera un colibrí, para á sus galas
Atraer tus miradas vagarosas,
Trémulo abanicarte con las alas
Y libar de tus labios las dos rosas!

¡La sombra del silencio auxiliadora
Quién fuera, en torno de tu lecho blando!
¡Y quién furtivo rayo de la aurora,
Para mirarte, al despertar, orando!

!Quién fuera los dichosos pensamientos
Para mi albergue hacer de tu alma tierna!
¡Quién de tu dulce vida los momentos
Para tu juventud hacer eterna!



A LAS PUERTAS DE UN BAILE

¡Tú también, tú también, Teresa mía,
En este baile riendo placentera
Sin temer que la *barra* tu alegría
Se empeñe en estimar á su manera!

¡Y yo que te buscaba donde moras
Como en un templo, oh! mi ídolo terreno,
Y allí pasaba sin sentir las horas
Ebrio de un aire puro tan sereno!

Aún creí espiándote en la sombra oscura
Ver de la alegre lámpara al reflejo,
En la ventana alzarse tu figura
Y aparecer tu sombra en un espejo.

Si entonces, gracias á supremo encanto,
Vuela tu alma, al encuentro de la mía,
Hubiera oido, como en himno santo
Fijo en la aparición, yo me decía:

En su candor de su beldad contento,
Vela allí, sin cuidados, sin mancilla,
Un ente superior ante quien siento
Flaquearme reverente la rodilla.

A quien jamás osado haré el suspiro
Llegar del alma triste, y cuyo culto
Hallo que se me paga cuando miro
Que puedo amarla en el misterio oculto.

¿A qué el agua turbar que va dormida
Ni el blanco lis cuya fragancia asoma?
¿En dónde mi derecho á que les pida
Parte de sus cristales ó su aroma?

¿No hallo la dicha y un placer ingente
En sentir preferible la tristeza,
A ver sombreada de rubor su frente
Porque se anuble el sol de su pureza?

—

Qué era entonces de tí? si bien cobarde,
Riendo, á tu virtud hacías agravios.
Ay! por qué no moriste ya, en la tarde,
Con la oración angélica en los labios?

O por qué no cegar en mis enojos
Antes que ver, Teresa, cuán distinta
Ora pareces á mis tristes ojos
De la Teresa que el amor me pinta?

De ese ente que al hallarnos, casi estrecho,
Para escudarlo así, con la mirada,

Y á quién, al sonreirme, le habría hecho
De mi amor una atmósfera sagrada.

De aquella virgen que al mirarla orando
En su candor y timidez tan bella,
Me hace caer de hinojos ignorando
Si es ante el Dios que invoca ó si es ante ella.

Inocente! no ves la hábil insidia
Del labio que de amigo y fiel blasona,
Ni alcanzas que, elogiándote, la envidia
Sus larvas deja en tu vernal corona.

Huye: esa ansia de luz, ruido y vigilia
Mal se aviene al amor, divina esencia
Que guardas en el pecho y que concilia
Tus sueños de esperanza y de inocencia.

II

Huye: la gota brillante
De rocío
Que se mece en el cáliz temblante
Del lirio, ángel mío;

Si rueda del albo seno
A la alfombra
Ve su puro cristal hecho cieno,
Su brillo hecho sombra.

Así, niña, tu hermosura
Tan modesta
Va á perder su esplendor y frescura
Riendo en tal fiesta.

La flor que la aurora mira
Cuando asoma,
Que en las hojas oculta suspira
Su plácido aroma.

No puede sufrir del día
Los ardores
Sin perder en mortal agonía
Perfume y colores.

Así abrasada consume
Tan á prisa
Tu inocencia su dulce perfume
En cada conrisa.

Huye: á prenderse en tu puerta
Viene el día,
Ah! por Dios, que no te halle despierta
El ave-maría.

¿Podrás, dí, caer orando
Reverente
Aún las sombras del goce llevando,
Teresa, en la frente?

¿Cómo á la imagen que tienes
De abogada
La alba flor presentar de tus sienes
Si está ya agostada?

Huye: á prenderse en tu puerta
Viene el día,
Ah! por Dios, que no te halle despierta
El ave maría.

TU PIANO

—

Ah! cómo al oirte, me embriagan
Y en dulce molicie me sumen,
Imágenes bellas que vagan
Y goces pasados resumen!

El himno pausado que canta
El mundo en las noches serenas,
Que el ánimo al cielo levanta
Y aduerme las íntimas penas.

La voz del arroyo que salta
Riendo, de bosque sombrío,
Y arrulla las hierbas y esmalta
El tierno verdor de rocío.

Los trinos del ave que sueña
De noche otoñal en las brumas
Con fronda más verde y risueña,
Con nido de cálidas plumas.

Los tenues, los vagos rumores
Del aura que cruza los campos,
Y besa las húmedas flores
Del sol que se anuncia á los lampos.

El éxtasis mudo del Cielo
Que mira en el lago dormido
El grave esplendor de su velo
De limpios diamantes prendido.

El róseo fulgor de la aurora
Que invade el festín, y sus galas
De púdicas tintas colora,
Que al goce hipnotizan las alas.

El aura inebriante que espira
El seno feliz mal velado
De virgen airosa, que gira
Al ritmo de un vals agitado.

Pero no logran nunca esas visiones
El alma impresionar como tus manos,
Cuando traducen en divinos sones
Los pesares humanos,
O cuando impregnan melodiosamente
De amor y de ilusiones el ambiente.

Cuando el recuerdo evocas de Julieta
No sé, si al resplandor de la bujía
Que vacila en tu piano, él interpreta
La aparición del día;
Y si tal canto de inefable amor
Es de la alondra, no del ruiseñor.

Cuando el rendido amante de Lucía
El eco de sus quejas y lamentos,
En largas notas de ternura, fía
Al mar y á los vientos:
¿Quién no ve la bella alma enamorada,
Dulce mártir de amor al Cielo guiada?

Y si el novicio al superior declara
Que, abrasado de amor súbito, ha visto
Una virgen orando al pie del ara
En que agoniza Cristo;
¿Cómo no percibir que el piano lanza
Notas de amor, de miedo y de esperanza?

No ceses de tocar la tierna y viva
Romanza de pasión que has comenzado;
No ceses de tocarla, y compasiva,
Mientras esté á tu lado,
Sigue impregnando deliciosamente
De amor y vaguedades el ambiente.



EN LA ULTIMA PRIMAVERA

Qué deliciosa mañana!
Tras la profusión risueña
De rosas que en el Oriente
Al huir el alba riega,
Sobre el horizonte el día
En hostia de oro se eleva,
A que alegre culto rinde
Toda la naturaleza.

Rotas á trecho las nubes
Que al cenit el curso llevan,
Entre el albor de sus copos
Ver el célico azul dejan,
Para hechizo de los ojos
Y anhelo de las conciencias;

Allá los lejanos montes,
Desnudándose de nieblas,

Del sol á los áureos besos
Cumbres y lomas presentan;

Acá, de aromas beodos,
Los árboles bambolean,
Saludando con las ramas
A las auras pasajeras,
Y reflejando en las hojas
De limpio verdor cubiertas,
Que en incensante floreo
Como armas bruñidas rielan,
Los dardos de clara lumbre
Que desde Oriente las flechan;

Joyas de ricos cambiantes
Caídas de las estrellas,
Las lágrimas de la noche
Irisan entre la yerba,
Que al peso de algún cocuyo
Inclínase y tembleque a;

Las margaritas silvestres
Que abigarran la pradera,
Con sus pupilas de oro
El alto cielo contemplan,
Sin que ni soplos ni ruidos
Alcancen á distraerlas;

Los jazmines, entreabriendo,
En sonrisa tal su esencia
Dan al aura vagarosa
Que los mece y los requiebra;

Los pájaros de sus nidos
En torno revolotean,
Y á los plumados pichones
A que los sigan alientan
Tras las moscas de esmeralda
Que discurriendo centellan;

Las mariposas á pares
El mismo ramo saquean
Y aun no exhausto, á la avecilla,
Joyel de fúlgidas piedras,
Lo ceden avergonzadas
De sus humildes libreas;

Contagiosamente tierno
Canta el arroyo en su endecha
Los adioses de sus ondas
Al primor de las riberas,
Y ya las cuaja de espumas,
Ya las salpica de perlas;

Hasta las sierpes letales
Se deslizan de la cueva,
Y soguillas de avalorios
Que desatadas se muestran,
Sus anillos tricolores
Arrastran sobre la arena,
O del tibio sol gozando
Se sacuden y revuelcan.

Pero ¿ qué está pasando por mi alma
Que todo la conmueve y extasía,
Y hasta la sierpe de horroroso aspecto
A fruición inefable la convida?

4

?Y cómo no sentirla, cuando miro
Que también sobre mí la primavera
Su influjo ejerce y tórname á las horas
De mi dulce pasada florescencia?

Cuando casi bullir en mi sér todo
Siento la sangre de los bellos días,
Y juzgo que esa edad luce en mi frente
Como sol de salud que me reanima.

Y vuelven las hermosas ilusiones,
Golondrinas voladas hace tiempo,
Y refrescan mi frente con sus alas
Y anidan bulliciosas en mi pecho,

Y reencarna el ideal que hizo mi dicha,
Astro que se alza ante mis ojos siempre,
Mariposa que liba en cuantas flores
Entreabren en mi pecho ó en mi mente:

La delicada virgen de ojos garzos,
De cabellos de luz y tez de nácar,
Que se viste y blandea como el lirio
A que enamora susurrando el aura....

¡Oh! ¡qué recuerdo! En las pintadas flores
Oréanse el aroma y el rocío,
Se oye reír á la escondida fuente,
Se buscan los amantes pajarillos;

Incienso y llama al par, las frescas rosas
Irguense en candelabros de esmeralda,
Decoración de la apacible senda
Que lleva del jardín á la enramada.

Templo de su hermosura, allí la encuentro,
Que acude al fin á la anhelada cita,
Acordes sonriendo ojos y labios
Entre rubor, aurora de mi dicha.

O aparecer la miro soñadora,
Al declinar la tarde en la ventana,
Con sus ojos dos vésperos hermanos
Que roban al del cielo las miradas.

Los lindos labios de coral desune,
Cual si el espacio interpelar quisiera,
Y en los soplos, que al paso la recogen
De su pecho y su amor viene la esencia....

¡Pero vana ilusión! Fugaz instante
Dura apenas la magia del recuerdo!
Que el corazón de su invencible frío
Implacable contagia al pensamiento.

Y se escapan y huyen las memorias,
Como espantadas aves que, clamando,
Tienden el vuelo sin querer posarse
Ni en el florido arbusto ni en el árbol....

Ya en vano me empinara porque viesen
Mis ojos otro instante esas visiones;
Ellas huyendo siguen y se hunden
Y salvan para siempre el horizonte.

¡Sin la estela siquier de la esperanza
Desaparecen en el linde oscuro,
Dejando ante mis ojos solamente
El vacío y las sombras del sepulcro!

Y como el ciego que en el alma guarda
La idea de las tintas y las formas,
Así guardo en el turbio pensamiento,
Fulgor de luz que muere, esas memorias.



PARA EL ALBUM DE LA SEÑORITA ELISA CARÍAS

¿He de pedir á la olvidada lira
Un canto del que seas musa y tema?
¡Tú, que eres ya de tí cabal poema
De gracia, de pureza y discreción!

¿Iré, necio, á ofrecer aroma al nardo
Y mejor tinta á la galana rosa?
¿Intentaría hacerte más hermosa
Y brindar luz al deslumbrante sol?

¿Qué á tí la poesía? Tú la llevas
En tu sér todo, hasta en el nombre, Elisa,
Bulle en los quiebros de tu alegre risa,
Se escucha en tus plegarias murmurar;

El profuso cabello agracia en crenchas,
Triunfos suscita á tu mirar sereno,
El compás rige del ondeante seno
Y pone en tu esbeltez aire real;

Juega en las ondas de tu nívea falda,
Tonos de cielo en su plegado anida
Y le presta la magia atribuida
De Venus al radiante ceñidor;

Suena como inefable melodía
Cuando, para atraerte, se te nombra,
Y, si atiendes, te sigue entre tu sombra,
Del rítmico pisar con el rumor.

¿Y luego dónde hallar bellas palabras
De esas que á el alma dulce halago llevan,
Y, halladas, cómo hacer que no se embeban
Del negro hastío de la edad senil?

Sí, que no curo ya de ver si grata
A los rosados besos de la aurora
De flores y diamantes se decora
La esmeralda risueña del jardín;

Ni sus aromas precio ya, ni miro
Si en su redor la mariposa vuela,
Si la esmalta la ardiente crisomela
Y aun la visita el colibrí fugaz.

Indiferente á todo, no me atraen
Los aspectos magníficos del cielo,
Ni satisface mi inconstante anhelo
El vario panorama terrenal.

No apetezco ni gloria ni fortuna,
Nada me inspira plácidos antojos,
Muertos á la belleza están mis ojos
Y en mi pecho no anida la ilusión.

Enmudezco, por tanto; la voz triste
De la vejez, primero que homenaje,
Pudiera aparecer como un ultraje
á tu edad de esperanzas y de amor.

PÁGINA DE ALBUM

No me sonrías, niña; esa sonrisa
Me retrae á la edad, toda de encantos,
En que el pie flores sin abrojos pisa
Y es el ambiente aroma, iris y cantos.

Hoy sólo llega á mí la ardiente llama
Que todas esas dichas ilumina,
Como rayo de luna que derrama
Su polvo de oro sobre triste ruina.

Y son así mis sueños seductores,
Trocados por el tiempo y por la suerte,
Mariposas que expiran entre flores,
Cisnes que ensayan su canción de muerte.

¿ Dónde luégo encontrar tesoros reales
Que basten cual lo pide mi ansia loca,
A pagar esas perlas y corales
Que bullen en el cáliz de tu boca?

Si quisieras mirar, aún sonriente,
Gratos y dignos de inspirarte anhelo,
La corona de plata de mi frente
Y el oro de mi alma vuelta al cielo,

A tus pies los pondría, satisfecho
De haber correspondido á tu indulgencia
Con cuanto me quedaba dentro el pecho
De amor y de obsequiosa reverencia.



AMOR PLATÓNICO

—

Sin que tema turbar la dulce calma
De tu pecho, decido revelarte
Cómo, reflejo de la tuya, otra alma
Hay que tu dicha y lágrimas comparte.

Y si fervientes en el templo piden
Tus labios gracias ó piedad al Cielo,
Otros, no muy distantes, coinciden
En la misma piedad y santo anhelo.

Cuando en fruición suprema te embebece
El vibrar melodioso de tu piano,
Cerca hay un corazón que se estremece,
Como herido también de tu ágil mano.

Si tras de la calada celosía,
Del sol que muere ves la ansia postrera:
Por retardar un punto esa agonía,
Hay quien la lumbre de sus ojos diera.

Y si tu madre, en cariñoso juego,
Al fin entre sus brazos te da abrigo;

Envídiola un instante, pero luego,
Dichoso con tu dicha, la bendigo.

Sí, te amo, niña, que tu frente casta
No se incline al oírlo; no reclamo
Que me oigas indulgente: á mi me basta,
Para feliz sentirme, ver que te amo.

¿Qué más he de querer? ¿A las estrellas
Pediré por ventura que me paguen
El imposible amor que he puesto en ellas,
Y mi esperanza ó mi ilusión halaguen?

¿No amo las galas mil de la pradera,
Joyeles de rubí, lazos de armiño,
Y he lamentado alguna vez siquiera,
Que no puedan volverme ese cariño?

¿No amo al ave gentil que cruza el aire,
Cándida exhalación que busca el cielo,
Y de tomar habré por un desaire
Que no detenga, para oírme, el vuelo?

Mas ay! que estrellas, flores y palomas
Me pagan con su propia indiferencia;
Que no extingue su luz ni sus aromas
Ni calla sus arrullos mi presencia.

Mientras que tú condénasme, inclemente,
Sólo un instante á ver tu faz querida,
A adorarla fugaz, tímidamente,
Y llorarla por fin, dicha perdida!

BENDITO DESDÉN

Si te digo que te amo, que te adoro,
Doblas la frente; así la flor inclina
La corola gentíl, si el astro de oro
Con su luz más brillante la ilumina.

Callas? La flor tampoco más acento
Tiene que el de su espíritu fragante,
Y cuán feliz lo palpo! ¡ Cómo siento
Todo el de tu candor en este instante!

No me duele que no oigas mi reclamo
Ni ver que en tu silencio eres sincera;
¿ Qué importa que no me ames si te amo?
¿ No está en amarte así mi dicha entera?

¿ Podré creer que á mi cariño ofende
Cuanto desvío á aguijonearlo acuda,
Cuando, perpetuo sol, en mi alma esplende
Tu imagen más vivaz cuanto más muda?

O temeré la burla? ¿Acaso oculto
Que ideal mi pasión, por casta y pura,
Es sólo un noble y abnegado culto
Antes á tu virtud que á tu hermosura?

Y podrá así al que en mi pecho mora,
Santo amor, en pureza superar
La oblación de las flores á la aurora
O la del sacro incienso en el altar?

No, jamás ocurrióme hacer agravios
A tu genial modestia y compostura,
Ni esperando siquiera de tus labios
Que risueños pagasen mi ternura.

Y siempre, siempre cuidaré constante
De evitar toda mancha á tu candor:
Sé que al mirarla, moriría al instante
Mi inmensa dicha con mi muerto amor.

PLEGARIA

Ya los lirios de plata que en el cielo,
Centellando, despliegan sus corolas
Hacen llegar hasta el cansado suelo
La calma y el sopor, cual vago aroma.

Muda está el ave, el cuello bajo el ala,
Callado duerme el viento en la espesura,
La fronda inmóvil ni un suspiro exhala,
Y las hierbas erguidas no susurran.

Todo es paz, todo, y hasta tú olvidada
Del afanoso tráfago del día,
La sientes acudir á la almohada
Que te besa las sienes y mejillas.

Mientras que yo, en alcoba solitaria
Velo y gózome ideando que propicio
Ha de escuchar el cielo esta plegaria
Que del fondo del alma le dirijo :

«Señor! cuanto de vida ya me queda
Quiero que á un'hora de placer reduzcas,
Con que tu voluntad piadosa pueda
Su vida prolongar y su ventura.»

Duerme, entre tanto en tu mullido lecho,
Sin que el deseo de saber te asalte
Las ansias que se agitan en mi pecho,
Albergue de un amor inexplicable.



PARABOLA

¡Notas que del amor el fuego aun brilla
En mi alma de los años á pesar!
Escucha esta parábola sencilla
Que claramente te lo va á explicar:

Cuando la rosa, al peso del rocío,
Sus pétalos llover hace en redor,
Sobre el enhiesto cáliz ya vacío
Aun se percibe regalado olor.

Así del corazón á quien las horas
Robaron los deleites del vivir
Y ya sin ilusiones seductoras
Siente la burla cruel de su latir;

Así persiste en él, como su aroma,
Vago anhelar que busca por doquier
Algo divino, hallado cuando toma
La gracia de la flor ó la mujer.

Ese mi amor indefinible: el mismo
Que de Diotima trascendió á Platón,
Sin matiz terrenal, casto idealismo
En que se aplace el tardo corazón.

Fuego que da fulgores á la mente,
A cuya magia aparecer se ven
De un ocaso en la pompa iridescente
Los espejismos del remoto Edén.

Amor pagado azas, si ese miraje
Me es dado embebecido contemplar
Hasta que, alzado en fúlgido celaje,
Un ángel, que eres tú, miro pasar.

Entonces, vuelta la mirada al cielo,
El éxtasis se torna santa unción,
Calla el verso, fugaz himno del suelo,
Y brota de los labios la oración.



Á EMILIA

Díme, rival de las rientes flores,
¿Cuál es más pura y más intensa llama:
La que brilla en tus ojos seductores
O la que, al verte, el corazón me inflama?

¿Y cuál, perenne imán del pensamiento,
Es desorden mayor en este instante:
El de tus rizos, con que juega el viento,
O el de mi mente ansiosa y delirante?

¿Sabes, di, qué es más negro, oh! maravilla
De gracia juvenil y de inocencia:
Ese lunar, que adorna tu mejilla,
O la noche que me haces con tu ausencia?

¿Qué es más pequeño, di, dulce embeleso
De mis ojos y loca fantasía:
Tu boca, sin espacio para un beso,
O mi ánimo cobarde que lo ansía?

¿Y qué se abre, oh! cándida indecisa,
Con más encantadora desconfianza:
Tus labios, si te miro, á la sonrisa
O mi pecho, si te oigo, á la esperanza?

EN EL ALBUM DE LA SEÑORITA ROSALÍA ÁLVAREZ IBARRA

Ah! cómo hacer que de la lira mía,
Broten acordes flébiles,
Cual el raudo vibrar y los rumores
Del colibrí fugaz, si se extasía
Libando el néctar que en las nuevas flores
De la gaya pradera
Ponen las nieblas y los suaves hálitos
De la alma primavera?

¿Dónde hallar un acento deleitoso
Como los ruidos plácidos
Con que amantes las gotas argentinas
Se dan citas al cáliz ruboroso
De las tempranas rosas matutinas,
En su afán y congojas
Fúlgidas y sonoras deslizándose
De unas en otras hojas?

Si pudiera el pausado murmurío
Imitar de los céfiros
Que, al sereno fulgor de la alba luna,
Besan las ondas trémulas del río
O rizan el cristal de la laguna,
Trayendo á los oídos,
Entre apagadas inefables cántigas
Voluptuosos gemidos:

Si el hechizo tuviera que á tus ojos
Dieron los cielos pródigos,
Prestándoles su luz y dulce idioma;
O el que pusieron en tus labios rojos.
Cofre de melodías y de aroma
Que en la nocturna calma
Se abre y deja volar hasta el Altísimo
La esencia de tu alma:

Si tuviese la voz de los querubes
Que, las regiones célicas,
A la señal de Dios abandonando
Velados de la aurora entre las nubes,
Van la dormida tierra despertando....
Si algo así poseyera;
Sin teñir de rubor tu rostro cándido
La verdad te dijera.

Mas, cuán inútil anhelar! Silentes
Los espejos clarísimos,
Que en tí beben excelsa poesía,
Al verte en la mañana, sonrïentes

Esa verdad te dicen, Rosalía,—
Privilegio de ellos,
¿A qué exigir que en expresiones pálidas
Emule sus destellos?

Así, el intento vanidoso esquivo
De consagrarte un cántico....
Ultima luz de un fuego que se apaga,
La sola poesía que concibo
Y el descontento corazón me halaga
Es tornarme tu espejo,
Y copiar tus hechizos realzándolos
En mágico reflejo.



Á UNA NEGRA

Nigra sum, sed formosa.

Salomón.

Para negar que eres hermosa, aducen
El color de tu tez. Bravo argumento!
¿No es, por ventura, ese color el mismo
Que á perlas y diamantes da más precio?

¡Y no hay que añadir! porque propicia,
Con singular amor Naturaleza,
Tendió sobre tus hombros y tu espalda
En prolijo ondëar la cabellera.

Urnas del santo amor sobre tu pecho
Irguió también esculturales combas;
Hizo de ámbar tu aliento, y á tus labios
Dió palabra discreta y melodiosa.

¿Si dos estrellas, que á la dicha guían
Son tus vivaces, tus rasgados ojos,
Donde extremar su irradiación ardiente
Como en la noche intensa de tu rostro?

¿Si son tus dientes blancos y pequeños
Hilos de perlas, por iguales, raros,
Dónde lucir mejor el limpio oriente
Que entre el cárdeno nácar de tus labios?

¿Y no son, al andar, tus pies menudos,
Que la leonada cabritilla oprime,
Como tórtolas fieles que, jugando,
Se buscan, se hallan, se huyen y persiguen?

Ah! si ante un rey un águila arrojase
Una de esas tan breves zapatillas,
Como á Rhodope viéranlo ofrecerte,
Con su cetro y corona, amor y dicha.

¿No eres esbelta como joven sauce
Que á orillas del Anauco se blandea,
Sus murmurantes galas entregando
A los soplos del aura pasajera?

¿Y á quién que así te ve pasar, esclavos,
No le llevan en pos ojos y calma
Tu majestuoso andar de altiva reina
Y el rumor de tu veste perfumada?

Si yo fuera pintor, cómo exaltara
Tus encantos, cien tipos reviviendo!
Ser podrías Agar, apenas núbil,
A quien su amo robaba el primer beso.

O hija feliz de un Faraón etiope,
Sobre campo de lotos y papiros,
Y entre rubias esclavas de Judea
Te pintara bañándote en el Nilo.

O estatua de basalto arrebatada
Al esplendor de Menfis ó de Tebas,
A tus pies postraría adoradores
Que, entre incienso, colmábante de ofrendas.

Pero no quieres escuchar! Si juzgas
Que te adulo y engaño, es porque olvidas
Que dan néctar las uvas atezadas,
Que hay noches más hermosas que los días,

Y que aun aplaude el mundo á la Sabea,
Que inspirar supo el perdurable canto,
Del Monarca israelita á quien Dios mismo
Dió el mayor genio y el saber más vasto.

¿Y por qué entonces no cantar tus gracias,
Cuando mi mente y corazón aguijan
El intenso fulgor de tus miradas
Y el blanco centellar de tus sonrisas?

No importa que mi canto á nadie plazca:
Ya azas bien me lo están galardonando
Tu mano abandonada entre las mías,
Y mi nombre durmiéndose en tus labios.



PENAS PERDIDAS

¿Por qué permites, dulce amada mía,
Que el pálido quebranto y la amargura
Nublen tu bella faz, y su alegría
Trocada muestren en febril tristura?

¿Por qué en tus labios los suspiros llaman
A tus ojos dos lágrimas que ofuscan
La sola luz que mis pupilas aman
La sola luz que mis pupilas buscan?

¿Por qué, niña, llorar? Acaso el pecho
Aun te oprime una horrenda maravilla
Que en las cortinas de tu blanco lecho
Pintó, vivaz, insana pesadilla?

¿Oiste, al despertar, con voz de duelo
Clamar á la campana, pregonera
De haber huido inconsolable al Cielo
De tu niñez alguna compañera?

¿O bien, al penetrar en la serena
Estancia que oye tu rogar ferviente,
Hízote estremecer negra falena
Que sus alas batió sobre tu frente?

¿Al postrarte y orar de los Dolores
Ante la Madre, hirió tu pensamiento
Que ayer no la ofrendaste nuevas flores
O no diste á su lámpara alimento?

¿Hallas que á la quietud negado el seno
En vano eleva á Dios sus oraciones;
O ya lo sientes que al placer ajeno
No alberga de tu edad las ilusiones?

¡Las ilusiones, ese alegre bando
que escolta lisonjero á la esperanza,
Y tesoros de magia derrochando
A nuestros ojos impalpable, danza!

¿Has visto alzarse pálida y llorosa
Del sepulcro una sombra veneranda
Que, tendiendo los brazos, con medrosa
Voz de dolor y afecto te demanda:

Cuándo irás, á los rayos aun remisos
Del sol que á verse en el Oriente empieza,
A esmaltar de asfodelos y narcisos
Su tumba que profana la maleza?

¿O es un capricho femenil, mi vida,
Lo que pone en tu faz un nuevo encanto,
Y hace ver tu mirada suspendida
Sobre dos perlas de hechicero llanto?

¿Burlando tu fatiga y tus deseos,
No adquieren tus macetas lozanía?
¿O murióse el turpial, cuyos gorjeos
Te despertaban, anunciando el día?

¿Venciéronte en un baile tus vecinas
Por el capricho ó el primor del traje,
Y vanamente en concebir te obstinas
Un adorno que vengue tal ultraje....?

Cómo! vuelves el rostro? En tu despecho
Una tarjeta con furor me arrojas?
Ah! los celos anidan en tu pecho:
Ellos causan, lo miro, tus congojas!....

Ayúdame á reír....! Ese brillante
Retrato, sorprendido en mi cartera,
Es de un ser tan excelso, tan distante
Que en vano con mi amor lo persiguiera.

Imposible rival! Ya un desacato
Es suponer que á mi pasión sea blanda
La dama, original de ese retrato,
Reina feliz de la remota Holanda.

Buen chasco te has llevado; pero siento
Grande también el que sufrí yo iluso,
Y mayor el que ha dado mi aspaviento
Al benigno lector, con quien me excuso.



AMORES CRÓNICOS

—

DRAMA Y SAINETE

—

¡Oh noche de placer y de tormento!....
Por fin, sin replicar, mi ruego escucha;
Y medio ahogada por su propio aliento,
Rendida entre mis brazos, ya no lucha.

Sin entrañas, con torpe desenfreno
Siento bajo mi diestra cómo late
Su puro corazón dentro del seno,
Que entre el ansia y el miedo se debate.

Y todo allí conspira contra ella:
Nuestra edad, su candor, tanta hermosura,
La sugestión de la temblante estrella,
El mal consejo de la noche oscura;

El hálito inebriante de las flores
Remecidas del aura regalada;
De dos enamorados ruiseñores
El alterno reclamo en la enramada;

El ahogado suspiro de las frondas
Que la nocturna lasitud doblega;
El tenue secreteo de las ondas
Del arroyo fugaz que el sitio riega.

Sí; todo me inspiraba ardiente y vivo
Anhelo criminal é insensato,
Y atrayendo hacia mí su talle esquivo,
Al pecho la estreché con arrebato.

Ella, sin fuerzas, casi en la agonía,
Gimiendo, murmuró: «Tenme piedad;
Tú tienes una madre cual la mía,
Tú tienes una hermana de mi edad».

Y como, si de Dios la propia mano
Se hubiera endurecido sobre mí,
En confusión y miedo sobrehumano
Trocarse mi ansia y arrebato ví.

Y parecióme oír el noble acento
De mi madre y mi hermana, que á la par
Me disuadían del maligno intento,
Y me llamaban al honrado hogar.

Entonces, disolviendo el torpe abrazo:
La dicha que merece tu candor,
Exclamé, balbuciente de embarazo,
En la pureza está de nuestro amor.

Déjame huir!.... Mas de su triunfo ufana,
«Vencí, dijo: mi sola aspiración,

Fué siempre, pareciéndome á tu hermana,
De tu madre alcanzar la bendición.

Más que nunca te amo en este instante,
En que apareces tal cual te soñé:
Parte seguro de que siempre amante
Mi corazón te guardará su fe».

Y caímos de hinojos, elevando
Por ese eterno amor una oración,
Y la tierra, y el cielo, el aire blando
Bendecir parecían nuestra unión.

A Dios, al Hacedor, al Ser perfecto
Ella así le bastaba; al mundo nó,
Que él prefiere, con mucho, al del afecto
El lujo primoroso del trusó.

Y el de la alhaja muelle que en la alcoba
Ha de lucir, tras vaporoso tul,
Entre profusas tallas de caoba,
Cobertor regio carmesí ó azul.

Y el de esotras lindezas, cuyo empleo
Importuna ó suspende al corazón
Que ni antes ni después del himeneo,
El encaje les halla en la pasión.

Mas fuerza es adquirirlas: y aunque al sueño
Robo instantes, por darlos á la obra,
El precio en que la estiman es pequeño
Y tan caro el vivir, que nada sobra.

Y año tras año pasa, élla envejece
El pecho se me enfría y desencanta,
El vigor mengua, el egoísmo crece
Y el matrimonio ya casi me espanta.

¿Quién no diría que mi audacia es loca,
Si en tiempo tan adverso y tan oscuro,
En que nadie quisiera tener boca,
Una más, y perfecta! me procuro?

Anoche, para colmo, á un San Vicente
Hacíale Ella un alba, y sin asombro
Contemplábalo yo, que indiferente
Terminé por roncarle sobre el hombro.

Vosotros que sentís la vida esclava
De un rostro de canela ó de marfil,
Aprended como empieza y como acaba
El amor en Caracas la gentil.

Y vosotras, muchachas, ved de plano,
Cómo á los novios hace un buen papá,
Al logro anteponer de vuestra mano
El de un escaparate ó un sofá.

SUPREMA COQUETERÍA

—

(RECUERDOS DE UN RESTAURANT)

—

¿Cómo me alzan ó abaten sus antojos!
Se sienta frente á mí, se aparta el velo
Y deja ver en los dormidos ojos
Más que luces de amor llamas de anhelo.

Me tiende con triunfal altanería
La diestra, y yo, desatinado y mudo,
Ni cortés correspondo con la mía,
Ni sé que contestar á su saludo.

¡Qué escena! Ella riendo del desaire
Con mofadora compasión me mira,
Mientras que yo extasiado bebo el aire
Impregnado de ardor que muelle espira.

Como un ave que tímida aletea
Agítanse las blondas de su seno,
Y cual milano que la presa otea
Se las espío de codicia lleno.

Ya se acoda en la mesa, el puro corte
De la línea del brazo hace al instante
Que de mis ojos sea el fijo norte
Y el imán de mi labio suspirante.

Pide vino, lo traen y lo escancia
En breve cáliz que besar parece
Y por más irritar mi estéril ansia
Por el borde tocado me lo ofrece.

Ah! cómo el corazón en dicha baña
Ver llegada ya á colmo mi ansia loca,
Tras la sonrisa de oro del champaña,
La sonrisa de perlas de su boca.

Tropiezan nuestros pies, y tiemblo y creo,
Que su alma entre la mía se dilata
Y cual la Pitia délfica me veo
Poseído de un dios que me arrebata.

Todo mi ser electrizado vibra,
Dulcísima ansiedad experimento
Y la sangre me late en cada fibra
Y se me anubla y borra el pensamiento....

Mas el velo se baja y en el guante
La diestra breve y pálida aprisiona
Y alzándose risueña y arrogante
El asiento retira y abandona.

Me esquiva y huye, y porque más me duela
Adiós me dice con acento blando,
Y mis besos se pierden en la estela,
De aromas y placer que va dejando.

Mis ojos que prodigan vanamente
De su fluido la extática fijeza
Ni hacen que vuelva el rostro sonriente
Ni traban de sus pies la ligereza....

Véngame, oh! tiempo, agosta sus hechizos,
Has que mañana en el cristal luciente
Mire una cana entre sus negros rizos
Y una arruga ultrajándole la frente.



CONTRA LA MODA

I

No alcanzo á concebir cómo has creído
Que á tu pureza y á tus gracias siente
Ese absurdo, ridículo vestido,
Que te desnuda tan discretamente.

Obsérvalo, si no; la cota exigua
El brazo tentador muestra de lleno,
Y hace que oculta, en su intención ambigua,
Pero arroja más bien el albo seno.

Por alargar la resonante falda,
Inmolando el pudor la hábil modista,
Deja desnuda la correcta espalda,
Y los tímidos pies pone á la vista.

¿Dónde fijar los ojos, sin que digas
Que atento irrespetuoso á tu decoro?
Los bajo, y se tropiezan con tus ligas
Los levanto, y el seno te devoro!

Si el deseo, ocasión á mis desvelos
Fuera, feliz diríame al instante;
Mas, ah! que de mis ojos crudos celos
Siento que tiene el corazón amante.

La dicha de los unos atormenta
Al otro inquieto ya, viendo que olvidas
Que el amor en las almas se alimenta
De juradas promesas, no cumplidas.

Sí, que ardoroso, pertinaz se lanza
Solo tras algo que en huir se esmera:
Parásito feliz de la esperanza,
¿Cómo apurarla, cómo sin que muera?

II

Es la moda! A los ojos del deseo
Tal engaño realza la figura,
Nunca á los del amor. Yo por mí veo
Más bella una mujer cuanto más pura

¿Y quién, no siendo así, caerá postrado
De hinojos, ante un ser que, si inocente,
No hay quien pueda decir que no ha ultrajado
Con la vista y los raptos de la mente?

¿Cuyo cuerpo no puede su misterio
Brindar intacto en el solemne instante
En que la hace el sagrado ministerio
Vestal del nombre, orgullo de su amante?

Y no con frente altiva y despejada,
Ni con ojos radiantes de contento,
Ni con la lengua al gozo desatada
Se exhibe la virtud en tal momento.

Víctima del amor, dobla la frente
Al peso de una flor, y ruborosa
De llanto empapa el velo trasparente
En que azorada y trémula se emboza.

¡Pobrecilla! Ese velo es la postrera
Defensa del candor, que despedido
Se ve del seno plácido en que hiciera
Desde la cuna su apacible nido.

Y bajo el cerco de verdor lozano,
Que refresca el rubor á la alba frente,
Oculta del deber se está la mano
Que el alma oprime dolorosamente.

III

Y no te velas? Ah! si yo alcanzara
Lo que sueña la mente enloquecida,
Todos, todos los ojos apagara
Que han osado mirarte así vestida.

O, borrando del alma tus encantos,
Paz diera al corazón que lo reclama.
Ah! tiene tanto que envidiar á tantos
Que no acierta á saber si te odia ó te ama.

IV

Incauta! Olvidas en tu necio orgullo,
Que llevar hoy tal cínico vestido
Es condenarse á ver en torno suyo
Muchas insidias y ningún marido!

Cuando al lujo la avezan y á la moda
¿Quién no ve á la virtud luchar inerme,
Hoy con una escases que la incomoda,
Mañana con el oro que la aduerme?

Alto juicio de Dios! Así la horrible,
La peor de las miserias es aquella
Que, cuanto más se oculta, más visible
Hace el lujo siniestro que la sella.

V

Vela, vela tu seno: si sagrario
Es de mi amor; defiéndelo, bien mío;
Defiéndelo del ojo temerario
Que lo codicia y lo profana impío.

Defiéndelo, por Dios, de las sonrisas
Que en esos labios libertinos bullen,
Y del elogio en frases indecisas
Con que al vulgo lo dan y prostituyen.

Defiéndelo aun de mí, que, si bien creo
Muy firme nuestro amor, á pesar mío
Recuerdo que las flores del deseo
Solo dejan tras sí frutos de hastío.

Que tiemblo al solo imaginar que entre
Por algo en mi pasión tanta hermosura:
Ah! vélate, mi amor, para que encuentre
Mi alma la fé de una eternal ventura.



CONTRA EL LUJO

Sí, permite que te haga mis cumplidos....
¡Qué bien sienta á tu rostro ese tocado
Y esas ricas alhajas! ¡Qué vestidos!
Mucho, sin duda, mucho te han costado.

Pues, y el anillo! Gusto soberano!
Cómo el esmalte su fulgor aumenta!
Pero hace que no miren de tu mano,
Sino el dedo que rígido lo ostenta.

Bien brilla el esculpido brazalete,
Mordiendo el brazo, como blanco, lleno:
Y bien la ardiente joya, que promete
El único tesoro hoy de tu seno:

Ese brillante, rica maravilla
De tus ojos rival, incauta Lamia:
Mucho, preciso es confesarlo, brilla,
Pero, sábelo, menos que la infamia;

Menos que el cambio obrado en tu existencia,
Y menos que el peligro no avisado
Que ven todos correr á tu inocencia,
Pájaro ya del gavilán espiado.

Sí, que tú, ayer no más, joven sencilla
Llevabas con orgullo tu pobreza.
¿Por qué el rubor enciende tu mejilla?
¿Por qué al oírme inclinas la cabeza?

Lo alcanzo: á mi advertencia del contraste
Que hacen tu hoy y tu ayer pierdes la calma.
Ay! á que precio galas te compraste,
Al pagar con el oro de tu alma!....

¡Cuán varios en tu frente candorosa
Brillaban los diamantes de rocío
Que atesoraba la temprana rosa,
Ofrenda de la aurora al amor mío!

¡De cuán distinto modo se agitaba
Tu seno virgen bajo el puro armiño
De que uniformemente fabricaba
La infatigable aguja tu corpiño!

¡Cómo tu mano, libre de ese guante,
Lucía de sus líneas el concierto,
Lirio de sí ya cándido y fragante,
Nunca del sol á la caricia abierto!

¿Por qué entonces tu rostro no pedía
Su sombra al velo de flotante encaje?
Era que tu conciencia no temía
Los ojos dirigidos á tu traje!

Hora crees, si alguno la riqueza
Hace notar de esos adornos rojos,
Que una mancha ha caído en tu pureza,
E inquieta vuelves en redor los ojos.

Pobre niña! ¿Qué vale esa opulencia
Cuando la dulce calma así le inmolas,
Cuando temes quedar con tu conciencia,
Así vestida y adornada, á solas?

¿Cuando, al verte de súbito adulada,
Tienes celos del fausto, y la malicia
Te asalta, y no concibes desconfiada,
Si es amor lo que inspiras ó codicia?

Atúrdete de ruido, y un despejo
Forzado muestra, de tu faz tortura;
O la expresión estudia en un espejo
Que juzgues te haga parecer aun pura.

¡Inútiles fatigas! Al instante
Excitará la risa tu falsía;
Que, con ese vestido, tal semblante
Es lo que llama el mundo hipocresía....

Ah! pobre ser que imaginé perfecto,
¡Cuánto de amarga compasión me inspiras!
Al lujo inmolas un sublime afecto,
Y al lujo mismo que lo venga miras....

Huye, por Dios! La reina de la moda
Te pueden aclamar ¡funesto honor!
Tiende los ojos, y á tu corte toda
Verás que te hace estremecer de horror!

Huye: el vano humo, al levantarse al cielo,
Su ígneo origen traiciona desleal,
Y la opulencia así ya en nuestro suelo
Es de mancilla y de baldón señal.



PÁGINA DE ALBUM

A la muy piadosa y modesta señorita Josefa María Gómez

Sostengo que eres bella, y no me arguyas
Con las lindas facciones de tu hermana,
Pues, aunque de mujer, miro las tuyas
Tras un velo de gracia sobrehumana.

¡Y quién resistirá, si logra verlas,
De tánta magia ni el menor portento!
¿No es música fluyendo de entre perlas
Y breves rosas tu apacible acento?

¿No irradia invicta en tu mirar sereno
La castidad, esencia de tu alma?
Y no traduce el ritmo de tu seno
Del más santo candor la ingenua calma?

Cuántas veces soñando, en mis serenas
Horas, me finjo que entre níveas galas
Un arcángel te ciñe de azucenas
O te asombra un querube con sus alas!

Después, si entre irisados resplandores
Te miro descender, tus manos vierten,
Cogidas en el cielo, hermosas flores
Que en sendos beneficios se convierten.

Y si por fin te posas en la tierra,
Con filial celo y con afán de madre
Cuanto de noble amor tu pecho encierra
Me haces ver ofrendándolo á tu padre.

Antígone cristiana, tu alma pía,
Pequeño ó grande, al infortunio atiende,
Y eres la sombra en el ardiente día
O viva luz que en la tiniebla esplende.

Si oyes hablar de la desgracia ajena
Su alivio, al punto, el corazón te halaga,
Y tu acento de amor cae en la pena
Y tu mano munífica en la llaga.

Influída de espíritu divino,
Nadie llegó á escuchar duro tu acento;
Que á quien erró, mostrándole el camino,
Las zarzas le apartaste y diste aliento,

Y si alguno ante tí se maravilla
De ver cómo en afán piadoso creces,
El pudor con su aurora en tu faz brilla
Y bajando los ojos enmudeces.

Bella así, de belleza que reclama
Más respeto que amor ¿cómo pudiera
Decirte amartelado que te ama
Quien comprende más bien que te venera?

Quién al sentirse en tu sereno ambiente
Imagínase, apenas, permitido,
De tus pies en el polvo hundir la frente
Y la fimbria besar de tu vestido?

¡Ay de tu calma, en tanto, si un anhelo
De iluso amor tu corazón hospeda!
Porque ¿en quién lo pondrás, cuando en el suelo
De tal soñado amante nada queda?

Dónde, sí, dónde hallar el caballero
De heroico porte ó de progenie augusta,
Que, aclamando tu nombre, con su acero
Le conquiste la prez en toda justa?

¿Ni dónde el trovador que en resonante
Laúd, al promediar la noche oscura,
Vuele á tus rejas, y preludie y cante
De su amor la inminente desventura?

Mas no te inquietes, que, auque en alta esfera,
Has hecho que la envidia no te tilde
Ni un instante por vana ni altanera,
Sino más bien por demasiado humilde.

La estrella que las noches glorifica
Su luz no irradia en torno ni á lo lejos,
Pero que existe y que es un astro indica
Con el áureo temblar de sus reflejos.

Y así luce la gracia peregrina
Que el Sumo Sér en su bondad te imparte
Y que, si en la virtud te hace divina,
Logra, con la modestia, consagrarte.

Insisto en que eres bella: si lo dudas,
Toma de espejo las pupilas tristes
Del huérfano infeliz á quien ayudas
O de la madre enferma á quien asistes.



ÚLTIMA LUZ

—

I

En la falda del Avila gigante
Del Anauco pausado á los rumores,
Su corola una flor abre fragante
Mal escondida entre las otras flores.

Oscura, sin historia, en la pureza
Su vanidad cifrando y su contento,
En vano el sol denuncia su belleza
Y el aire se embalsama con su aliento.

Flor de los cielos! Quién la vista encanta,
Espiando cómo en la penumbra asoma,
Siente hecho el corazón una arca santa
Que guarda sus colores y su aroma.

La vi una vez pasar, pura inocente
Esquivándome en vano su faz bella,
Porque íbanse hechizando tiernamente
Mis ojos y mi alma tras de élla.

Otro día, en el templo, ruborosa,
Medio oculta entre lazos y entre cintas
La ví y la amé, como amaría á una rosa,
Por extasiar los ojos en sus tintas.

Por perseguir su aroma en el ambiente,
Y en la memoria atesorar constante
De su corola el cerco sonriente,
Visto, amado, y perdido en un instante.

II

Y ¿cómo no amarla, cómo,
Cuando su cándida frente
Dice todo lo inocente
Que es su virgen corazón?

¿Cuando la luz de sus ojos
Germinar hace en el alma
Algo así como la calma
Que surge de la oración?

¿Cuando son sus dos mejillas,
De leve carmín bañadas,
Dos rosas aún no tocadas
Que guarda inquieto el pudor?

¿Cuando en sus purpúreos labios,
Que la austera virtud sella,
Se cree ver casi la huella,
De un ósculo del Creador?

¿Cuando lento y compasado
Ondea su casto seno
A los reclamos ajenos
De la alegre juventud?

Sí, ¿cómo no amarla, cómo,
Cuando en torno á su figura
Respírase la más pura
Aura de amor y virtud?

III

Oh! fantasma de amor soñado un día
Y en mi triste orfandad pedido al cielo,
¿Por qué burlaste la esperanza mía?
¿Por qué tan tarde descender al suelo?

Cuántas veces, perdido caminante,
Al oír en la choza no lejana
El ladrido del perro vigilante,
Cazando, esperé verte como Diana.

Cuántas, dormido del nativo río
Y su ribera en la esmaltada alfombra,
Tendí los brazos y estreché el vacío,
Corriendo, al despertar, tras de tu sombra!

Cuántas, mirando las nevadas blondas
Que prende al mar la brisa resonante,
Espié tu aparición de entre las ondas
Cándida, bella, de pudor temblante!

Y cuántas, en la noche, al ver la estrella
Cruzar el cielo en descendente lampo,
Llegué á creer que bajarías en ella
Y á mi lado, en mi silla te abrí campo !

Hoy, el prestigio juvenil desecho,
De nieve se corona mi cabeza;
Y no hay amor bastante dentro el pecho
Para galardonar tanta belleza.

Solo el aroma del incienso queda
En el templo sin Dios, sin esplendores;
Y en ruinas está el ara sin que pueda
Nadie ofrendar ni víctimas ni flores.

Huye visión hermosa; ¿quién tu frente
Podría besar, sino llevando amante
De una donosa juventud riente
La corona de hechizos, centellante?

Huye: mi pecho á su pesar sereno,
Ve que aviva tu rostro peregrino,
Con una ansia final de amor terreno,
La dulce presunción de otro divino.

Y no sabe si te ama ó si te adora,
Y si te pida amor, ó bien sencillo
Ore á tus plantas de ángel, cual se ora
Ante un cuadro de Dolce ó de Murillo.

Qué, cuando incierto el ánimo así yerra,
Te cree la virgen, en su vago anhelo,
De la postrer pasión aquí en la tierra
Y del primer amor allá en el cielo.

IDILIO

Carta á ** desde un temperamento.

Por fin, mi bien, me alberga el delicioso
Retiro de ventura y dulce calma
A que vine á pedir con el reposo
La corpórea salud y paz del alma.
Y, mira, al punto me las dió el contento
Que inspira esta feraz naturaleza,
Como que ya á su halago sólo siento
La inefable embriaguez de la belleza.

—

¡Cuántos matices pone en el boscaje
La luz viva, alternando con la sombra!
¡Cómo filtrado el sol por el follaje
Recama áureos caprichos en la alfombra!

Cómo á los ojos es y al alma grata
La flor purpúrea que entre el verde asoma
Brindando á los insectos de oro y plata
El seno virgen y el flamante aroma!

¡Cuán blandamente acuerda el arroyuelo
A la canción del ave el murmurío!
¡Y cómo, al escucharlos, dulce anhelo
Súbito asalta el pensamiento mío!

¿Sí, qué valen los múltiples encantos
Que hechizan este plácido retiro?
¿Qué su luz, sus aromas y sus cantos,
Si tu voz no oigo ni tu rostro miro?

—

Bello es ver cómo dejan la eminencia
Dos sierpes de cristal, en el deseo
De unirse, y en la ansiada confluencia,
De sus linfas oír el secreteo!

Te envío de sus márgenes lozanas
Las flores del tucuso favoritas:
!Cómo me entristeciera, si tus manos
No perfumaran por llegar marchitas!

No las desaires, nó, que á zarza hiriente
Tenaz las disputé bajo la umbría,
Confiando en que, al mirarlas, tiernamente
Mi nombre por tus labios vagaría.

—

¡Felices son la auras que fugaces,
Recogiendo perfumes y rumores,
Traen el blando arrullar de dos torcaces
Que ocultan su himeneo entre las flores!

Feliz la virgen del vecino techo
Que tiene tu mirar! no te de enojos;
¿Si ella no tiene tu sensible pecho,
A qué temer la magia de sus ojos?

Feliz el humo azul de la alquería,
Signo del pan seguro y abundante!
Todo es feliz aquí: yo lo sería
Si estrechara tu mano en este instante!



NOCHE ESTRELLADA

—

REMINISCENCIAS

—

¿Por qué tan retraída y tan callada
Embelesarte viendo las estrellas?
¿Es tu intento adquirir á tu mirada
El centellear vivísimo de ellas?

¿O viéndolas surgir de entre un celaje
Y tachonar del cielo la negrura
Concibes cuánto realzara un traje
De tal matiz tu olímpica figura?

En vano me dirás que no te halagan
Esos tan femeniles devaneos;
Porque ya, al sonreírme, se propagan
Hasta mí tu ambición y tus deseos.

—

Y no pudiendo darte en mi impotencia,
Como lo ansiamos á la par los dos,
De esta gloriosa noche la opulencia
Urgido por la envidia increpo á Dios.

Pero á poco venérole contento
Mirando que, armonioso en su poder
Da tan divina magia al firmamento
Y tan humano hechizo á la mujer.

Y porque azás propicio en este instante
Os presta á una á tí y á la creación
Un no sé qué ternísimo, insinuante
De inefable deliquio y vaga unción.

—

¿Y cómo, instado de ese amor profundo,
No caer bendiciéndolo de hinojos?
¿No hizo tus gracias, no creó este mundo
Y para él y para tí mis ojos?

¿No hace esplender vivaz aquí en el suelo
Tu radiosa mirada, mientras rientes
Sus corolas de luz allá en el cielo
Descoge á las estrellas refulgentes?

¿No es él quien me hace hallar las penas mías
Gratas muy más que la mayor ventura,
Como ha hecho más bella que los días
Esta noche, ovación de tu hermosura?

¿Y el ingenio que irradia en tu alba frente
No encanta, si tus labios acaricia,
Y tornándose en voz trae á la mente
De mi apacible insania la delicia?

—

Déjate amar: ley es de nuestra vida;
No en vano, nó, tu juventud empieza
Ni en vano á su influencia bendecida
Va creciendo en tu rostro la belleza.

Y tamaña belleza así triunfante
Nunca obtuvo más prez que un noble amor;
Permíteme ofrecértela galante....
No se turbe al oírme tu candor;

Ni airada ó llena de rubor reclames
¿Que ese imposible amor reserve oculto.
¿He pretendido nunca que me ames?
¿Es otra cosa mi pasión que un culto?

¿En qué te ofendo, pues; te ofende acaso
La luz que á todos tu belleza acusa,
O la flor recatada que á tu paso
Ni incienso ni sonrisas te rehusa?

Y luz es el amor y dulce aroma
Del corazón sensible á cuanto bello
Sobre la haz del universo asoma,
Como de algo celeste fiel destello.

¿Y siendo tú tan bella, incauta amiga,
Cómo esquivar la inevitable suerte,
Cuando ya te lo oculte ó te lo diga,
Habrá de amarte el que lograre verte?

MORALES



LECCION DE FLORES

Aún es niña; mas lucha ya indecisa
La juventud con su infantil candor,
Y florecen sus labios con la risa
Y el seno con las ansias del amor.

Ayer por el jardín indiferente
Discurría, sus sueños repasando;
Y en vano con los rizos de su frente
Entre aromas jugaba el aire blando

Las fuentes requebrábanla sencillas,
La incensaban meciéndose las rosas,
Y, fingiendo engañarse en sus mejillas
Venían á aletear las mariposas

En vano! y los cocuyos en acecho
Frustrado el brillo de sus galas vían,
Y los tempranos lirios su despecho
Anegados en lágrimas vendían.

Ah! que un capullo, de su edad reflejo,
Ve al fin la niña en una rama erguido,
Y anhelando mirarse en tal espejo,
Al inclinar la flor, lanza un gemido.

Su madre que lo vé, clama rïente:
Cuánto enseñan las flores, Angelina!
Cómo podrá borrarse de tu mente
Que cada vanidad guarda una espina?



ROSAS Y ESPINAS

Juntas, á la misma hora
Y en inefable armonía,
Bajaron del Cielo un día
La Primavera y la Aurora.

De insectos y aves seguida,
Entre aromas y entre lampos,
Se abatieron en los campos
Y las frondas aun dormidas.

Al punto el boscaje umbrío,
Cediendo á tamaño influjo,
Se improvisó un doble lujo
De flores y de rocío;

Y hasta la zarza modesta
Que enredaba en mi balcón
Se creyó en la obligación
De tomar parte en la fiesta.

Y, tras uno y otro beso
De magas tan prestigiosas,
Dióse á prodigar las rosas
Con desenfrenado exceso.

Mis hijas que se contentan
De referírmelo todo
Me buscan, y de este modo
Lo que sucede me cuentan.

Clemencia, que es mis amores,
Diablillo alegre y despierto,
Grita: «El espino cubierto
Está de vistosas flores.»

Mientras Juana, cuyos ojos
De mi dicha son estrellas,
Exclama: «Sí, flores bellas,
Pero cercadas de abrojos.»

Así, con vaga aflicción,
Ve que entre el bien y el mal
Es éste lo principal,
Lo más digno de atención,

Mientras la otra felice,
Mirando al mal con desdén,
Lo juzga un factor del bien,
Y como tal lo bendice.

¡Con juicios tan encontrados,
De la vida en el camino,
Vario ha de ser el destino
De esos seres adorados!

¿A cuál las leyes divinas
Harán que en bendita hora
La Primavera y la Aurora
Le den rosas sin espinas?

Y ¿á cuál harán que afanosas
Horas de letal quebranto
Traigan húmedas de llanto,
Espinas solo, sin rosas?

¿Cuál infortunada, oh Dios!
Irá á ser? Será Clemencia?....
Será Juana?....En su inocencia
Habrán de serlo las dos?....

Ay! tal duda al concebir,
Mi amor y mi dicha siento
Trocarse en remordimiento
De haberlas hecho vivir.



INOCENCIA

ANACREÓNTICA NATURALISTA

Dormida ya mi madre,
Solita á orar me siento;
Mas algo que me hostiga
Viene á enredarme el rezo,
Si es un placer que oprime
O un dolor, no lo entiendo;
Sólo sé que al instante
Me asalta su recuerdo;
Y aunque, en redor es todo
Tinieblas y silencio,
Yo lo miro y lo escucho
Venir á mí sonriendo.

Si por huír su imagen
Los párpados aprieto,
Sin que yo sepa cómo
Me penetra en el pecho,
Y si por fin, rendida
Me despojo y me acuesto,

Con ella así abrazada
Sigo orando y me duermo:
Entonce, aún me persigue
Sólo con ella sueño,
Y la miro á mi lado
Cada vez que despierto.

Y es la imagen de un hombre
Y junto á mi lo tengo,
Aunque mi madre duerme
Y estoy sola en el lecho....

No sé lo que me pasa,
Ni sé lo que deseo:
Le pido que me huya
Y lo abrazo y retengo.
Pero trémula al punto
Sin querer lo desdeño,
Y me aflijo y lo llamo
Y á acariciarlo vuelvo
En una ansia tornátil
De cariño y de miedo.

Tenme piedad, Dios mío!
Yo nunca sentí esto,
Cuando venía á implorarte
Antes de conocerlo....
Arráncame esa imagen
Del alma y pensamiento
Mas ay! que ya al pedirlo
Fluctúo y me enternezco.
No, déjalo á mi lado
O aquí sobre mi pecho.

Es dócil y me quiere:
Yo haré que duerma quieto,
Dándole palmaditas
Y contándole el cuento
Con que á mis hermanitos
Les concilío el sueño.

Ah! sí por esta noche
No te lo lleves; déjalo.



MATER DOLOROSA

NECROLOGÍA REALISTA

Murió la pobre Dolores!
La madre llena de angustia
Sobre aquella frente mustia
Pone las últimas flores.

Después crúzale en el pecho
Las manos blancas y puras,
Y extiende sus vestiduras
Sobre el limpísimo lecho.

Úngele los pies desnudos
De su llanto con el riego,
Los besa, y cálzales luego
Los zapatos más menudos.

Así, cándida y serena,
Está sobre el lecho frío,
Como perla de rocío
Dormida en una azucena.

Solo lámpara que mueve
Su luz herida del viento,
Finge vida y movimiento
En esa estatua de nieve.

La madre ansiosa ante ella
La espía orando de hinojos,
Nunca la vieron sus ojos
Con más amor, ni más bella!

Luego en hondo desconsuelo,
Con voz que entrecorta el llanto,
Desahoga su quebranto,
Así quejándose al Cielo:

—

—Oh! Señor, si eres eterno
Para amarnos de esa suerte,
¿A qué concebir la muerte,
Creado el amor materno?

¿Por qué en el alma sembrar
Tan hondamente ese amor,
Y dar después un dolor
Sin fuerzas para matar?

¿Por qué envidiarme el placer
De contemplarla riente?
Tú eres Dios Omnipotente
Y yo una pobre mujer!

¿Cómo no ver justo y pío
Que si embelleces el cielo,
Tornándola ángel, el suelo
Dejas para mi vacío?

Pero te excuso: sin pena,
Yo como tú hubiera obrado.
¡Tan bella la habías creado
Tan noble, tan dulce y buena!....

Hija mía, allá en los cielos
Los ángeles te amarán....
De sólo pensarlo están
Ya punzándome los celos.

Cuídate! entre ellos prefiere,
No á aquel que mucho te jure,
Sino al que tierno asegure
Que cual tu madre te quiere.

Y si, al creerle, alentado
Tu frente besar ansía,
Promete agradarle el día
En que me lleve á tu lado.

Ah ¡qué amargo desconsuelo
Sabiendo que es pura y bella
No poder velar por ella
Mirarla sola en el Cielo!

Vuelve, vuélveme, Señor,
Sus caricias inocentes:
Si no lo quieres, no intentes
Arrancarme mi dolor.

No, no me vuelvas la calma:
Ya cuanto goce me resta
Es llorarla siempre, es esta
Inconformidad del alma....

Más el sepulcro á robarme
Va, sin que evitarlo pueda,
Ya cuanto de ella me queda.
Señor, dígnate cegarme!

Sí, antes que esos despojos,
Tan bellos aún, se ajen,
Así guardaré esa imagen
Eternamente en mis ojos....

—

Calló.—La lámpara incierta
Mostraba de trecho en trecho
A la madre, al pie del lecho,
Inmóvil como una muerta.

Qué mudez! Por todo ruido
Apenas si se escuchaba
Cómo la sangre golpeaba
Mi corazón oprimido.

¡Con qué ansia tan prolija,
Con qué fruición tan sincera,
El alma yo dado hubiera
Por animar á la hija!

Por ver de seres tan buenos
Soldada la unión partida,
Bien puede darse una vida
Que damos quizá por menos.

Pensando así busqué el Cielo,
Y al encontrar las estrellas,
Parecióme ver que de ellas
Llovía augusto consuelo.

Vuelto entonces á la calma,
Comprendí que aquella pena
No era, nó, la última escena
De la vida de nuestra alma.

Y el pobre albergue dejé
Atenuada mi aflicción,
Llevando en el corazón
El santo ardor de la fe.

Y en el alma la idea fija
De que imposible ha de ser
Que á aquella pobre mujer
No devuelva Dios su hija.

Sí, porque fuera locura
Concebir un Creador
Dotado de alma inferior
A la que dió á la criatura.



LUZ DE LA SOMBRA

Los esplendores del Cielo
Sórbese ya el horizonte,
Y sobre el llano y el monte
Tiende la noche su velo.

El orbe se entenebrece,
Mas para el alma que guía
La fe á su Dios, nuevo día
De entre la sombra amanece.

—

Y bajo el negro capuz,
Sin sol que le cause enojos,
Logran nuestros claros ojos
Ver al fin la mejor luz,

Que cada objeto que encierra
El universo, así en calma,
Presenta asidero al alma
Para alzarse de la tierra.

—

Mariposas de topacio,
Que convulsas aletean,
Las estrellas centellean
Prendidas en el espacio.

Y al ver tal agitación
Nuestros ojos que las aman,
Las fingen manos que llaman
A la celestial mansión.

—

Fiada en que nadie la ve
La flor, con franca sonrisa,
Por dar el seno á la brisa,
Rasga su verde corsé.

Si gala especial del suelo
Entonces se la presume,
El alma tras su perfume
Vuela, camino del Cielo.

—

Querellándose sencilla,
O bullidora y riënte,
Nos llama la clara fuente
A meditar en su orilla.

Y al inquirir quién la voz
Le ha dado y el movimiento,
En su fondo, el firmamento,
Copiado, contesta: Dios!

—

Ya del silencio profundo
Brotar se oye en la floresta
La voz del ave modesta
Que espía el sueño del mundo.

¿Y á quién esa cantinela
Alza el ave melodiosa?
No es al hombre, que reposa,
Es á Aquél que siempre vela.

—

Ah! sí: por todo camino
Que en la oscuridad hagamos
Es seguro que encontramos
Al término algo divino.

Que de la luz siempre en pos
Nuestra alma, cuando anochece,
Siente que su tino crece
Para hallar y ver á Dios.



BATALLA GANADA

Amorosa la tarde descendía
Sobre el valle: la luz sin ardimiento
Desmayada en las flores se mecía,
Que derramando aromas, sacudía
Con regalado soplo el manso viento.

El alto campanario no distante
Sobre el ígneo horizonte se pintaba
Como la negra sombra de un gigante;
Mientras, al pie, la tibia luz errante
El viejo cementerio iluminaba.

La brisa pasajera, en raudo oleaje,
La yerba de las tumbas agitando,
Triste arrancaba á su aridez salvaje
Palabras de un incógnito lenguaje.
Que traducía el corazón temblando.

Inerte, mudo, tétrico, yacía
Sobre la gleba del revuelto suelo
Descarnado esqueleto, que reía
Y las desiertas órbitas abría,
Como queriendo desafiar al cielo.

Vaporoso fantasma que la altura
Dejara conducido por el viento
Llegóse á la violada sepultura,
Y ante los blancos huesos, con ternura
Así dejó escuchar el grave acento:

—«Ah! cuán mudada estás, forma querida,
Cómo me llenas de dolor y pasmo!....
Sin mirada, sin gracias, consumida
Apenas si te queda de la vida,
La risa de la burla y el sarcasmo!

Quien te mire dirá que te contenta
Sin entrañas tener el cráneo y pecho....!»
Pero muda escuchóle la osamenta
Que la bóveda azul, ya cenicienta,
Aún miraba con risa de despecho.

—«No me conoces? me olvidaste? Dí,
Clamó el fantasma, entonces añadiendo:
—Hallas acaso más ventura así?»
Y el eco dijo tristemente «*¡ sí !*»
Y el esqueleto continuó riendo....

La sombra y el silencio maridados
Las miserias borráronme del suelo,
Pero mis ojos, sin querer, alzados,

Fijáronse en los puntos abrasados,
Que ya asomaban en el vasto cielo.

¿Astros,—gritéles—vuestra luz dorada
Es la esperanza, madre del contento,
O bien la previsión que me anonada?
Y el eco dijo lentamente «*¡nada!*,»
Y la duda nubló mi pensamiento!

Qué dilatada lucha! Si vencía
La fe un instante, con mayor denuedo
El tenaz torcedor reaparecía,
Y el débil corazón se debatía
Entre penosa angustia y vago miedo.

Ya la duda á alcanzar iba la palma,
Mas gritó la razón con voz superna:
«¡Tente y vé que parásita del alma,
Si no puedes morir y darle calma,
Tú misma estás probando que es eterna!»
. . . .

Se hizo la luz en mi nublada mente:
Libre de la implacable sugestión,
Y serenado el pecho, reverente
Al labio, de respeto balbuciente,
Dictóle himno de triunfo, la oración.

Y sentí que entre el humo de las flores
Y entre la blanda y lenta canturía
Del aura y los insectos zumbadores,
Pasabas junto á mí con tus amores
Y tu inefable acento, madre mía!

EN LA BOCA DEL ANTRO

¿Cómo, niña, tú aquí, sin que te guarde
Ni una dueña leal ni un buen hermano,
Tan lejos de tu casa, ya tan tarde,
Y en la puerta de un rico publicano?

Mas tu inquietud es de inocencia indicio,
Aquí has venido sin saber, acaso,
Todo el riesgo que corres, si ese quicio
Salvas, y llevas adelante el paso.

Detente, pues: bien pudo un libertino
Con su opulencia haberte fascinado.
Pero aun queda en tu alma algo divino
Que te empuja á tu hogar, si pobre, honrado.

Que te recuerda como allí pagadas
Son del Cielo tus súplicas sencillas,
Dando serena luz á tus miradas
Y poniendo carmín en tus mejillas;

Que te pinta vivaz la alegre fiesta
Y el reclamo de luz que hace tu espejo,
Cuando ve que al pasar huyes, modesta,
De prestar á su luna tu reflejo;

Que al corazón te trae la ternura
Que en la faz de tus padres resplandece,
Cuando al verte crecer tan bella y pura
Su temor por tu dicha también crece;

Que te impide olvidar que en tu almohada
Germinan rientes flores que, al cogerlas,
Se convierten en lluvia perfumada
De cintas, blondas, y brillantes perlas.

Nada de eso ha valido, y, en mal hora
Vienes buscando precio á tu belleza,
Sin prever que oro y gracias evapora
En su fastuoso curso la impureza.

Sin detenerte la sabida historia
De que un día, agotada, en la indigencia,
Te hostigará sin tregua la memoria
De la calma feliz de tu inocencia.

¿Y la dicha que ideaste? Hurtada prenda
Tendrás que recatarla dentro el seno,
Y luego, ídolo cruel, darle en ofrenda
La propia estima y el respeto ajeno.

Pobrecilla! no sabes cómo enloda
El oro vil con que el amor se paga,
Ni cómo el voraz lujo de la moda
Consume la vergüenza y encenaga.

Huye, si no, verás que de improviso,
Negado á la quietud el pecho tierno,
Se trueca el inefable paraíso
De tu apacible vida en un infierno.

Y cómo luégo súbita malicia
Perturba tu oración que Dios desecha;
Cómo buscas, en vano, luz propicia
Para verte al espejo satisfecha.

Cómo, al hallar los rostros halagüeños
De tus padres, turbada crees que lloran;
Cómo bajo las flores de tus sueños
Hay monstruos que te asaltan y devoran.

Lloras? estás salvada, porque el llanto
Es signo de que Dios acude al alma,
Sigue, no dudes, ese arranque santo;
Vuela á tu hogar, aun reina allí la calma.

La virgen á quien oras ha cegado
A cuantos, al pasar, te hubieran visto,
Nadie, pues, sabe el riesgo en que has estado
Y de que á tiempo en libertarte insisto.

Tus padres de tí hablando en charla amena
No se inquietan aún de tu demora,
Por más que se ha pospuesto de la cena
Y del rezo habitual la feliz hora.

Y nunca la oración más oportuna:
Porque, visible intervención celeste,
De escapar has tenido la fortuna
Al contagio letal de la peor peste.

—

Cuánta dicha! Ya huyes obediente
Y en ti su imperio la virtud recobra,
Mientras que yo bendigo al Dios clemente
Que á cooperar indújome en tal obra.

Envanécete, niña! ¡ Cómo exalta
Tu mérito ese error, ya que, sublime,
Merece más que el que evitó la falta
Quien, escapando de ella, se redime!



VERSOS

ESCRITOS PARA SER RECITADOS POR UNA SEÑORITA QUE DEBÍA HACER LA COLECTA

Qué hermosa fiesta! La virtud austera
Asiento en ella á la piedad ofrece
Y, como siempre, amable y lisonjera
La belleza á realzarla comparece.

Y entre aromas, la frente circuida
Del nimbo ardiente de los quince mayos,
Irguese de prestigios revestida
Y lanza ufana del amor los rayos.

¡Oh magia! si, adormida en vago anhelo,
Sobre sus labios vacilar se mira
El beso ansioso de tender el vuelo
Y posarse en la boca que suspira;

Fieles, buscando flores ó divisas,
Cruzan luego la atmósfera abrasada,
Telegramas de amor, ¡qué de sonrisas!
Mensajes de pasión, ¡cuánta mirada!

Soberano gozar! pero yo siento
Que triste pliega el corazón las alas,
E inaccesible al general contento,
Quisiera huír y desgarrar mis galas.

Sí, que, por más que en la ocasión no cuadre,
Me visita la negra pesadumbre
De recordar los hijos que hay sin madre,
Y las madres que habrá sin pan ni lumbre.

Y cruel la fantasía me domina,
Y me lleva á mirar la infanda y seria
Escena de la choza casi en ruina,
Que se parten la fiebre y la miseria.

Prendido á la pared, junto á un grabado
Del ángel que en la tierra nos escuda,
Vacilante candil casi agotado
La estancia alumbra tétrica y desnuda.

Una tarda falena en torno inquieta
Discurre, y negra ante la llama brilla,
Y del rendido techo por la grieta
Fatídica lechuza zumba ó chilla.

Y en un rincón, tras de la hendida puerta,
Con el frío del hambre tiembla y gime
Una mujer que en la boquita yerta
Del hijo moribundo el pecho esprime.

Todo allí falto de alimento expira:
El candil en relámpagos estalla,
Estertorosa la mujer respira,
Y en su regazo el hijo se desmaya.

Y esa luz, esa madre y ese niño,
Bellezas y dulzuras que da el cielo,
Sin pábulo se extinguen ni cariño
De la noche en el vasto desconsuelo.

Ya el niño lanza el postrimer vagido,
Y con la lumbre la mujer fenece;
Ya en las sombras densísimas perdido
Cuadro de tanto horror se desvanece....

Rubor de culpa en mis mejillas arde
Y temo á Dios, que me hallará confesa,
Cómo no? si recuerdo que esta tarde
Sobraba el pan en nuestra alegre mesa!

Cómo no? cuando encuentro en mi tocado
Tanta gala de más, cuyos valores
A la madre y al hijo rescatado
Hubieran de la muerte y los dolores!

¿A dónde podré ir sin que me siga
La cruel imagen de esa angustia doble?
Ni ¿cómo hacer que el corazón me diga
Que vuelvo á parecerle bella y noble?....

Pero feliz me asalta un pensamiento:
Con voz doliente y con humildes modos,
Para el pobre aliviar, desde el momento
Iré pidiendo por el mundo á todos.

¿Quién dejará de oírme, cuando quiero
Librarle de este duelo y amargura?
Ni ¿quién me negará, cuando el dinero
Le coloco en la banca más segura?

La rige el que convierte sin afanes
El leve grano en apretada espiga,
Y paga á su mandato, el que los panes
Hace abundar y espléndido prodiga.

Dadme, que, si me dais con franco y puro
Corazón, contra todos los siniestros,
Por una eternidad os aseguro
Vuestra vida y la vida de los vuestros.

Dadme, para el que pálido y consunto
Por el auxilio fraternal suspira:
Dadme, sin vacilar: pensad un punto
Que os tiento á que neguéis; y Dios nos mira!

EVANGELIO

I

Es aquel día en que con frase hermosa,
Increpación de la justicia humana,
Salvó Jesús á la culpable esposa
Caída en manos de la turba insana.

Y en la tarde, camino va del Templo
Seguido por los doce de su grey
Que, mudos, juzgan un aciago ejemplo
Tal desacato á la mosaica ley.

Por qué callar? les dice al fin. ¿Acaso
Os adormece esta inefable calma,
O en la púrpura y oro del Ocaso
Sentís que vuela á apacentarse el alma?

Bien! dejadla volar: en el destierro
Siempre es la patria la mejor memoria
E indica al asaltarnos que el encierro
Nos duele de la carne transitoria.

Nó, clama Judas; es que nos asombra
Ver que la augusta ley sanción no tiene:
Si aquel pálido miedo era la sombra
De su culpa, Señor, ¿por qué ser lene?

Ay! contestó Jesús, cuán variamente
Nos hace ver nuestra distinta esencia!
Tú, la sombra mirabas de su frente
Yo, en su seno la luz de la inocencia;

Que cuando á veces fuerte y altanera
Se alzaba ó suplicante se abatía,
No de simple mujer su acento era:
Allí la madre tierna se vendía.

Las piedras que golpeasen aquel seno
Herían la frente más ajena al crimen.
Las madres con su amor tan santo y bueno.
Antes que hacer culpables los redimen.

Ni ¿á qué arrojar el ánfora y el vino,
Porque el cieno de su asco la circunde?
Lavadla y hallaréis, que del divino
Aroma penetrada, lo difunde.

II

Mas el cortejo ya la plaza huella,
Y viendo que hacia un ángulo discurre
Rápida multitud, que se atropella
Por descubrir lo que en su centro ocurre.

—Sepamos que hay allí, Santiago dice,
Y el amable Jesús, que los precede,
A la turba se llega y la bendice,
Y en blanda voz pregunta: ¿qué sucede?

A su aspecto, imponente cual sencillo,
La espesa multitud con pecho y manos
Le abrió paso, y el cuerpo de un perrillo
Mostróle, ya cubierto de gusanos.

¡Espectáculo triste y repugnante!
Gritan algunos, y otros: Como ofende!
—El miasma de la peste generante
Ya de la negra carne se desprende!

Bañado el rostro en celestial dulzura,
Contemplólo Jesús por un momento,
Y en calma, con solemne compostura,
Así á la turba dirigió el acento:

—Ved no son, no, las perlas relucientes,
Que pide el rico á los indianos puertos,
Más blancas y brillantes que esos dientes
Entre los labios cárdenos y muertos.

En verdad que son bellos, todos claman,
Y continuó Jesús: Con sano pecho
Jamás hallaron los que sólo aman
El absoluto mal. Dios no lo ha hecho.

Viene la sombra de la luz fulgente;
En los aromas vuela el miasma insano,
Y ya aquella brotó de foco ardiente,
Y estos de flores que engendró el pantano.

Si para amar creados por el cielo,
A lo amable vuestra alma no se apega,
Antes ungida de terrestre anhelo
Tenaz persigue lo que ofusca y ciega;

¿A qué esperar el término de esa
Del pecho y de la mente agria discordia;
Ni á qué pedir al Dios que os mide y pesa
Y á quien tarde acudís, misericordia?

Emanación del primitivo cieno;
El mal os acompaña en la existencia:
Y ya infiltra en la carne su veneno,
Ya os vicia y tuerce la divina esencia.

Temedlo pues, y al enemigo vuestro
Ahogadle entre los brazos odio é ira.
—¿Cómo abrazar al que ofendió, Maestro?
Replicóle Didimo.—Cómo? mira:

La dulce flor arrebatada al tallo
Que la animaba, alegre y seductora,
Resiste erguida al invasor desmayo
Que inicia del vivir la última hora.

Y la aprovecha en cautivar los ojos
Que hicieron infeliz su riente hado,
Y, muriendo, embalsama sin enojos
La diestra sin piedad que la ha tronchado.

Así del corazón: si se le toca
Para la paz robarle y el contento,
Oponga solo amor á la ira loca,
Aduérmala arrullada con su acento.

—Ese amor, clama Judas, es del cielo
Y no nace en el hombre.—Por qué amigo?
Más árduo es concebir cómo del suelo
Surjan flores y bálsamos y trigo!

III

Un leproso acercábase entre tanto:
Roto y sucio, esquivóle aquella gente;
Pero Jesús le echó su limpio manto,
Y enternecido lo besó en la frente.

—Sólo un Dios tal haría, claman todos,
Cayendo de rodillas; y él, radiante,
—Ya véis, les dice, cómo el hombre modos
Halla de hacerse Dios á cada instante.

No lo dudéis: el pobre que al abismo
Del dolor arrancó vuestra clemencia
En vuestro rostro mira el de Dios mismo,
Como que le usurpáis la Providencia.

Alzad! La noche anúnciase sombría,
Presagio cierto de brillante aurora,
Id, y rogad á Dios que la alegría
Vuelva también al pecho del que llora.

Muda, la turba abandonó aquel suelo,
Y Jesús al albergue de su madre
Se dirigió, clamando al alto cielo:
Fecundo ha sido el día! Gracias, Padre?

RIQUEZAS DE LA MISERIA

Triste es la tarde: velada
La luz de nube sombría
Hace que se extinga el día
Sin ser la noche llegada.

A ratos, esa penumbra
Fugaz relámpago hiende,
Y el aire todo se enciende,
Y el orbe todo se alumbra.

Como espantada después
Queda la naturaleza,
Muda en su triste belleza
E inmóvil en su mudez.

Solo, de amenazas lleno,
Sus iras el cielo exhala,
Haciendo que el ronco trueno
Pase y repase la escala....

Y en esa tarde lúgubre y perdido
Va por las calles de opulenta villa
Pobre mendigo que aventura el paso,
Según á tientas un bastón le guía.

Del amor de dos pobres sola prenda
Nació infeliz, llevando en las pupilas
Densísimas tinieblas, invencibles
Del todo al esplendor del claro día.
Muerto su padre, la inexperta viuda
Mirábale crecer entristecida.

Ah! pensaba, durmiéndole en sus brazos,
Que era capaz su seno todavía
De guardarle y nutrirle; pero luego,
Estancada esa fuente de la vida,
Y ya crecido el niño, en su indigencia,
¿Cómo bastarle la porción mezquina
De grosero alimento que el trabajo
De sus débiles brazo le ofrecía?

Entonces exaltada su ternura,
Viendo en el porvenir solo desdichas,
Pedíale al cielo lo que no deseaba,
Su muerte, la de su hijo, hasta la misma
Extinción en su pecho del afecto
Que toda su ventura y gloria hacía.
Pero Dios, que miró que en tales ansias
Envueltos nobles sentimientos iban,
Permitió que creciese el ceguezuelo
Lleno de gracias, de atractivo y chispa.

Así que, hora le vemos á la puerta
Del alcázar espléndido que habita
Un magnate en favor alzar confiado
Esta canción que su miseria pinta:

Aquí, á vuestra puerta estoy
Hermano, abrid, me daréis
Lo que no necesitéis
Que pobre, muy pobre soy:

Y en medio la noche intensa
En que vacilante avanzo
Apenas si á ver alcanzo
Del Creador la sombra inmensa

Ah! no intentes excusaros:
Hacedme por Dios el bien;
Que, si mis ojos no os ven,
Mi corazón sabe amaros.

Poco os pido: en mi indigencia
Bien pueden calmar mi ansia
Restos de vuestra opulencia
Sobras de vuestra abundancia.

Abridme, el que ha arrebatado
A mis ojos la visión
Me paga hoy en compasión
Todo el bien que me ha quitado.

Y si una súplica elevo
Por vuestra ventura y calma,

De ser escuchado llevo
La más viva fe en el alma.

Abridme, hermano, os lo ruego,
No hagáis que recuerde á Dios,
Que, al hacernos á los dos,
A mí fué á quien hizo ciego.

Porque puede la conciencia
Decirme en satisfacción,
Que al no daros Dios clemencia
Ciego os hizo el corazón.

Vana música, inútiles palabras
Que, sin abrirse, cual la rica puerta,
Quedó la blanca alforja del mendigo;
Nadie á acorrerle se lanzó, y apenas
Oyó que dos mastines desde lejos,
Gruñendo contestábanle su endecha;
Y que en curso un festín, las copas de oro
Con más ruido chocaban las botellas:
Entonces suspirando cantó triste,
Sobre la misma música, esta letra:

Adiós, señor, vuestro nombre
A nadie preguntaré,
Y en mi oración, no os asombre
Por vos también pediré.

En cambio, no os irritéis
Que fuí importuno negadme
O, si tanto no podéis,
Creedlo, mas perdonadme:

Así quiera, en todas veces,
Pagar bien vuestros afanes
El que hizo abundar los peces
Y multiplicó los panes.

Calló: sintió que una mano,
Cuyo peso conocía,
Livianamente caía
Sobre su hombro, y sonrió

Que al tiempo mismo, el oído
Voz de celestial encanto,
Timbrada de afecto y llanto,
Hablando así le halagó:

—Hijo mío, no escuchas? Tempestuosa
Está la tarde: á nuestro hogar volvamos
Amenaza llover, y nos hallamos
Lejos, tan lejos, ay! de nuestra choza.

—Cómo, madre sois vos? Os inquietaba
No mirarme llegar? Me habéis buscado?
—Cada trueno un peligro me anunciaba,
Y temía no viéndote á mi lado....
Y cómo no temer! Dulce y sereno
El tiempo, necesitas de mis ojos,
Que será cuando el cielo en sus enojos
Lo turba así!

—¡Vivir del pan ajeno!
Ah! permitidme maldecir la suerte
Que á esta afanosa vida nos condena;
¿Por qué no viene ya, por mí, la muerte
Y os libra, madre, á vos de tanta pena?

—O ! por qué el corazón, infortunado,
Convertir y estas lágrimas en oro
No puedo para darte ese tesoro
Y no escucharte hablar como has hablado ?

—Y ! para qué un tesoro ? Yo anhelante
Lo ofreciera, y mi sangre añadiría,
Por ver, por sólo ver, en este instante
Los labios que así me hablan, madre mía.

Y madre é hijo cayeron,
La una en brazos del otro,
Y doblando entristecidas
Las frentes sobre los hombros
No más señal de existencia
Dieron que ahogados sollozos.

Que Dios, si vedó á los pobres
Los placeres que da el oro,
Les reservó la ventura
De esos llantos deliciosos
Para los cuales no hay precio
En los mundanos tesoros.

Mas los perros del señor,
Que escuchaban con asombro
Tal música de gemidos,
Inquietos y recelosos,
La puerta olfateando, fuerzan
El mal echado cerrojo,
Y cayendo sobre el grupo
Desatentados y locos

Disuelven aquel abrazo
Que, desde el celeste coro,
Contemplan los serafines,
Ya de la tierra envidiosos.

E hicieron bien: está escrito
Que Aquel que lo ordena todo,
Si permitió que tuviesen
En el alcázar suntuoso
Lugar las alegres fiestas
Y albergue los crueles dogos,
En su inescrutable ciencia
No quiere que uno tan solo
De los nobles sentimientos
Aparezca generoso,
Brillando bajo de un techo
Que abriga al crimen y al dolo.

LA HERENCIA DE LAS MADRES

Pobre madre! En su quebranto
Inclina la blanca frente
Y ora resignada, en tanto
Que sus mejillas el llanto
Ara silenciosamente.

Qué tiene? Ay! esta mañana
Al bendecir á sus hijos,
Tendió una mirada vana
Sobre ellos, buscando á Juana,
La luz de sus regocijos.

Por engañar sus pesares,
Olvidaba en su cariño
Que anoche la vió sus lares
Huír, ceñida de azahares
La frente pura de armiño.

Sí, incauta huyó fascinada
De falaz dicha al aspecto,
Sin ver que deja olvidada
Un vacío en su morada
Y otro en el materno afecto.

Por eso, tristes despojos
De una ventura perdida
Sólo hallan doquier los ojos,
Ya por las lágrimas rojos,
De la madre dolorida.

Vedla, como en su tristura,
Una ilusión que la arroba
Siguiendo, ruido y ventura
Busca llena de ternura
En la virginal alcoba.

Ved, como abriendo su pecho
A otra esperanza traidora,
Se lanza al inmóvil lecho
Y no hallándolo desecho,
Cúbrese la faz y llora.

Ah! Juana siguió á su dueño,
Y en la estancia solitaria,
Sólo el perfume halagüeño
Dejó de su último sueño
Y su postrera plegaria.

Pobre madre! Al verlo dice
«Ya esperaré inútilmente
Que al labio que la bendice
Ella modesta y felice
Venga á presentar la frente.

Que menos sincero beso,
Hoy más grato para ella,
La hace olvidar el exceso
De ternura y embeleso
Que me inspira su faz bella.

¿Por qué á la memoria mía,
Traes hora, adversa fortuna,
Los ensueños de alegría
Que la mente entretegía
Al arrullarla en la cuna?

¿Y aquel anhelo vehemente
De verla crecer dichosa,
Y mi cuidado impaciente
Porque el sol su faz de rosa
No besase irreverente?

Flor de brillantes prendida
De mi avanzada existencia
En la tela carcomida,
Sol hermoso de mi vida
Prolongada á su influencia,

Ya que todo mi reposo
Va contigo y mi ventura,
En el regazo amoroso
De tu sonreído esposo
No olvides, no, mi ternura!

Y tú que, para gozarlo,
Me has robado mi tesoro,
Tente, al querer disiparlo,
Ve que al sólo imaginarlo
Tiemblo y despechada lloro.»

Y ansiando todo consuelo,
Los ojos enrojecidos
Puso un instante en el cielo,
Y estas palabras de duelo.
Dirigióle entre gemidos:

«Por qué, buen Dios, si tuviste
El designio de arrancarla
A mi vejez negra y triste,
Por qué Señor, me la diste,
Por qué me dejaste amarla?»

Confiada, los movimientos
Del lecho con ojos fijos,
Espía largos momentos,
Y al fin prorrumpe en lamentos
Que atraen á sus otros hijos.

Y en vano, niña garrida
Aún en la aurora rïente
De una lisonjera vida,
La abrazaba sonreída,
E interpelaba inocente;

Que ella en la estancia vacía
Solo hallaba desengaños,
Y el corazón le decía
Que esotra también huiría,
Al cumplir más bellos años.

Ah! mísera: no imagina
En su angustioso dolor,
Que el árbol, por ley divina,
A buscar la luz inclina
A su renuevo y su flor.

Ni ve que toda mujer,
De ley análoga en nombre,
Siente el seno estremecer,
Y la luz de su querer
Busca en el amor del hombre.

Oyeme, madre cristiana,
Y, al oír, más no te aflijas:
Ya te vengará de Juana
El tiempo: cual tú mañana
Verá huír sus caras hijas.

Que esa pena agobiadora,
Oyelo, aunque mal te cuadre,
Es una herencia, señora:
Ayer la cogió tu madre,
Tú la recoges ahora.



Á ALFREDO ESTELLER, EN LA MUERTE DE SU HERMANO BENITO

ELEGIA

¿Por qué llorarle, amigo, si muriendo
Fué más feliz que atado á la existencia
Próxima á declinar? Ah! si, le envidio:
No miró decrecer los días fulgentes
Del abrigado otoño hasta tornarse
En larga noche nebulosa y fría,
Sin luz para los ojos y sin fuego
Para el amante corazón aún vivo.
Y murió, al cielo levantando iluso,
Para después llevarla al riente labio,
La copa del placer ornada en mirtos
Y rosas inmortales del Pïerio.

Murió cuando la musa cariñosa
Venía por la noche á su almohada,
Besábale en la frente y, ya despierto,
Le mostraba, pasando en las cortinas
De su lecho y en vívidos colores,
Escenas inefables, que él creía

Aspectos de la dicha con que el Hado
Su amor iba á premiar y sus virtudes.
Murió oyendo los plácidos requiebros
Y la lisonja siempre verosímil
De la esperanza enamorada eterna
Del rostro sonrosado que coronan
Aún negros y abundosos los cabellos.

Su vida se extinguió, como en las naves
Del templo la plegaria de una virgen;
Como aroma de vino bendecido
En el cáliz dejado sobre el ara:
Como esplendor de cielo que se hunde
En el tenue vapor del horizonte,
Y deja que la noche lentamente
Borre la estela que pintó de oro
Sobre el azul plomizo de la tarde.

Fué el cisne que, encontrando su pureza
Digna de otra región, las alas tiende,
Prorrumpe en dulce canto nunca oído,
Piérdese, inmaculado, entre las nubes,
Y deja en las pupilas que lo siguen
Todo el deslumbramiento de su albura....

Ah! cómo, en los instantes en que vaga
Sin rumbo el pensamiento, es atraído
Por su memoria, y á mis ojos vienen
Las páginas serenas de su vida!....

Ya sin padre nació; mas no infelice:
Fué tu gemelo, y dividió contigo
La viril enseñanza, el sano afecto

De una madre romana que, celosa
De su máxima cuna, quiso altiva
Haceros joyas de valor inmenso
Y ostentaros doquier llena de orgullo,
Para, después que la envidiasen todas,
En un tesoro que la Patria oculta
Y su única esperanza será en breve,
Dejaros abnegada y ausentarse....

Pero más delicado, y con el alma
Más débil que la tuya, el buen mancebo
Sintió más los abrojos del camino.

Llamábale la Gloria, y tras su lumbre
Iba á lanzarse, cuando ya en la senda
Miró desvanecerse poco á poco
El brillo de su estirpe generosa
Y, asaltado el asiento de Bolívar
Por el crimen audaz ó la barbarie,
Prostituirse en insensata orgía
El sacrosanto nombre de la Patria
Entonces su alma, del honor albergue,
Plegó las alas y detuvo el vuelo.

No murió en él la envidia á sus mayores
Ni el amor á la Gloria, pero manso
Buscóla asiduo en la virtud, y un día,
Firme héroe del trabajo y del estudio,
Sintió caer sobre su limpia frente
La corona de lauros del poeta:
La amable Musa y el amor prestaron
Acentos á sus labios; al oírlos
Rompió el aplauso general y viose,

Quizá/único ejemplo entre nosotros, /ó.
Que el talento y el ánimo templado,
Y el saber vasto en la humildad cabían.
¡Cómo, entonces, hallándolo perfecto,
Envanecido y tierno lo mimabas,
Y, envidiándote yo, lo bendecía!....

No más lágrimas ya: que su memoria
Nos sea como el eco deleitable
De una música triste, que de lejos
Hasta nosotros llega, y nos sumerge,
Tras ideal vaguedad en dulce calma.
Que sobre este dolor, que nos oprime,
Rientes caigan sus últimos recuerdos,
Como, sobre sus féretro caían
Rientes y vivas las tempranas flores
De que manos amigas lo cubrieran;
O como aquella lumbre de la tarde
Que, prodigaba su oro y sus caricias,
Para arrancar á la espectante fosa
El horror infundado y el misterio....

Consolémonos! ven; su blanca sombra
Estrechemos al par: verás como ella
Hace, desvanecida, que encontremos:
Tú, en tus brazos en mí tu buen hermano;
Yo, en los míos en tí, mi dulce amigo.



¡POBRE MUCHACHA!

Pálida, trémula en llamar se obstina,
Pero en vano á la madre; y esa extraña,
Angustiosa emoción que la domina
A la nupcial alcoba la acompaña.

Mas ahora porqué la frente inclina
Y tinta de carmin su rostro baña?
Es la luz del amor que lo ilumina
O una sombra del alma que lo empaña?

Todo á la vez. Tan casta como amante
Al esposo por fin se ve entregada
Que ya del velo á despojarla empieza

Y no sabe aturdida y vacilante,
Si rendirse, al amor abandonada,
O defender altiva su pureza.



DESCRIPTIVAS



GRIEGA

Yo también nací en la Arcadia.

SCHILLER.

Callada está la alcoba. El sol que entra
Por la ventana y salva las cortinas,
Sobre el lecho mullido y perfumado,
Discreto el oro de su luz tamiza.

¡Qué campo de batalla! ¡Cual combaten
En blancura la carne y el batista,
Cuyos pliegues se azulan ó se argentan,
Mientras, realzando las correctas líneas,
Un rayo amarillento é indeciso
Las voluptuosas formas acaricia
De una hechicera desnudez, que en vano
Intentara copiar moderno artista!

Oh! que hermosa mujer! Así en las sábanas
Hundiéndose indolente, se diría
Que es una antigua estatua que del Paros,

Aun no completamente desprendida,
Yace esperando los finales golpes
Del mazo de Praxíteles ó Fidias.

Qué soñará? Tal vez que en una fiesta
De hetairas milesianas y corintias,
Entre pámpanos sueltos los cabellos,
Y abrasados los ojos y mejillas,
Rompe un lúbrico beso interponiendo
El cáliz desbordante de la orgía;
Y alzándolo vacío entre los brazos
De un amante desplómase rendida,
Desde los cuales balbuciente y trémula
Por el amor y sus deleites brinda.

O quizá que cediendo á los arrullos
De un laurel que blandea á las orillas
Del pausado Cefiso; sobre el césped
A reposar se tiende, y mal dormida,
De súbito, brillando entre las ramas,
Ve de Acteón las cúpidas pupilas,
Y se alza, y tiembla, y abrazada al árbol,
En él sus formas y pudor asila.

¿Cómo hacer que mis pasos no la turben?
¿Cómo impedir que la exaltada vida
Golpée el corazón ruidosamente?
¿Cómo evitar que crujan mis rodillas
Y mi jadeante respirar se escuche?

Mas ya avanzo la planta que vacila,
Ya al pie del lecho cándido me postro,
Ya la miro de cerca, adormecida

Derramando sus rizos de azabache
Del cabezal entre las blondas ricas;
Ya contemplo su frente soñadora,
Y miro como trueca en sus mejillas
La sombra azul de sus pestañas leves,
Por violadas, las tintas purpurinas,
Los labios desunidos volar dejan
De su aliento el aroma y melodía;
Y en su nariz las alas nacaradas
A una se levantan y palpitan
Con la túrgida comba que cual brote
Del corazón ardiente, ya principia
La dulce florescencia, coronándose
De un capullo de rosa alejandrina.

Y la alma juventud y el tibio fuego
De la salud que alegra y vivifica,
Arrancan de su cuerpo el vago aroma
De la belleza y voluptad unidas.

¡Cómo me embriago en él! Cómo su influjo
Embarga mis sentidos y mis fibras?....

Ya respiro su aliento, y como Safo
Siento en las venas que voraz se instila
La llama del anhelo que dilata
Mi corazón y abrasa mis pupilas.

Quisiera huir....Mas no! ¿cómo sin darle
El beso de homenaje porque insta
De su cadera la pomposa curva?
Y se lo doy, y sin sentido y vista
Hundo la frente en la marmórea carne
Qe toda impregna el ámbar de la vida. . .

Y se despierta, y se incorpora, y riente
Exclama: *no era un sueño, prenda mía!*
Y me abraza, y me atrae á su regazo,
Y entre ósculos ardientes y caricias
Me hace á su voluntad morir de amor
Y revivir, ansiando nuevas dichas.



ALEJANDRO EN PERSEPOLIS

¡ Lloren, lloren los hijos de la aurora !
Persépolis, la perla del Desierto,
Del rico Assur y del Iram señora,
Su asiático poder mira ya muerto....

Presa infeliz del Macedón altivo
Nadie la acorre, y angustiada siente
En sus brazos la cuerda del cautivo
Y el casco de Bucéfalo en la frente.

¡ Ay mísera ! Su pompa soberana
No ha bastado á apiadar el pecho griego
De Thais, la irresistible cortesana
Que rencorosa la condena al fuego !

Y los palacios, de la Persia gloria,
Principian á caer sin resistencia,
Dejando sólo espléndida memoria
De su antiguo renombre y opulencia....

Ya entre las rojas llamas desparecen
Las aras de Ahrimán y de Oromades,
Y en la ébria turba de los griegos crecen
Los gritos de la burla á esas deidades.

Para acallarlos en la doria lira
Timoteo, el dulcísimo poeta,
Canta á Heracles, muriendo en una pira
Sobre la cumbre del lejano Oeta.

Y desde alta azotea de palacio
Presencian Thais y el Macedón el fuego:
Ella vé, alegre, el abrasado espacio;
El....nada, que de amores está ciego!

¡Nada! Solo la faz arrebatada
De la hetaira gentil que desatenta,
En el incendio fija la mirada,
Desdén que el fuego de su amor aumenta.

Y lleno de un amor que en furia toca
Y de lascivo atrevimiento lleno,
Viola con besos la riente boca
Y con diestra febril el albo seno!

—«¡Cómo! prorrumpe Thais: la griega tea
Que incendió esta ciudad logra abrasaros,
Más que el himno triunfal de Cheronea,
Más que de Isso los laureles claros....?

Cálmate, rey, á la razón da espacio,
Vé como el fuego su dominio expande,

Y como el humo azul de aquel palacio
En el éter dibuja otro más grande!

Muros que eternos ya la edad proclama
El fuego en polvo y en vapor convierte....
¿Por qué no tengo así besos de llama,
Abrazos que calcinen y den muerte?....

Cómo entonces, ¡oh rey del vasto mundo!
Todo, todo en mi amor te envolvería,
Hasta hacer que en mis brazos, moribundo,
Tu postrera caricia fuese mía!

Hasta hacer que la Historia nada cuente
De tí, sin recordar la edad futura
Que helé tu brazo y corazón ardiente,
Hartándote de amor y de ventura!....

¡Oh, que inefable sueño de grandeza!
Lograr que, pregonando mi victoria,
La fama universal de mi belleza
Se torne en eco de tu excelsa gloria!»....

La túnica desata, y rasga y lanza
Y apareciendo en toda su hermosura,
Al héroe enardecido se avalanza
Y lo estrecha y derriba sin mesura....

El humo los envuelve, y el beodo
Tumulto rompe en vivo palmoteo,
Y pulsando la lira al frigio modo
Canta los triunfos de Eros Timoteo!

UNA FIESTA EN BABILONIA

—No alcanzo lo que usted se propone con esa larga tirada de versos.

—Pues, la intención es bien clara. Visto que la adulación es, entre nosotros, la sola industria productiva y hasta sin patente que la grave, y teniendo en cuenta que los viejos que se van y los jóvenes que vienen no acuden ya á otra, me propongo dar cierto decoro á la profesión, reglamentándola decentemente, y haciéndola entrar así en las regiones del Arte, aunque no sea, sino para salvar algo de la prosa y verso que le sirven de desahogo.

—Pero usted parte del supuesto falso de que entre nosotros pueda haber Alejandros, discípulos de Aristóteles y envidiosos de Aquiles.

—Y por qué nó? El buen sentido puede crearlos aquí, y más allá y en todas partes, siquiera por no verse incluidos en los términos de la recomendación con que despedía el poeta oriental á los amigos, que se dirigían á la corte. «No olvidéis, les decía, que para ordeñar cómoda y eficazmente se acaricia primero al animal.»

—Ese Poeta era todo un sabio. Sí, y cuanto más palmaditas se le den, más quieto y bien dispuesto se mostrará.

—Usted debe tener razón; pero los versos están escritos, y yo, como los demás, no me resuelvo á perderlos, por tontos é inconducentes que sean.

I

Rey del festín como del orbe entero,
Alejandro, entre hetairas y valientes,
Bebe á las gracias y al ardor guerrero
Que á Grecia dan sus Dioses complacientes.

Y para hacer la prez mas lisonjera
Manda escanciar en incesante giro
Una ánfora fenicia, la postrera, (1)
Hallada en los alcázares de Tiro;

Y Ganimédes pulcros y esbeltos
Mal velados en túnicas de lino, (2)
Claras cual leve niebla, desenvueltos
Discurren prodigando el dulce vino.

«Oh! Griegos, dice el rey ya en Babilonia,
Sin las florestas recordar del Indo,
Echais menos á la agria Macedonia
Y las quiebras del Othrys y del Pindo....

Patria de nuestro amor! si en sus justicias
O en su cariño plugo á las deidades
De tu gloria inmortal hacer, propicias,
La luz del mundo, el sol de las edades;

(1) Los vinos de Fenicia, en especial los de Byblos, al pie del Líbano, eran estimados en la Antigüedad como los mejores y más caros.

(2) Era el uso en los banquetes.—Servíanlos por lo general, muchachos entrados apenas en la adolescencia é iban ó completamente desnudos ó vestidos con telas de Cos, muy renombradas por su ligereza y diafanidad

¿Por qué la humanidad no ha de ser griega
A qué tantos monarcas y naciones?....
Y calla triste, pero al punto agrega,
Sonriendo: «miradlo oh! Macedones:

El ánfora postrera exhausta expira:
Hora es del canto: abramos la palestra
A esos dos contendientes en la lira
Que el lauro se disputan de mi diestra.»

Y Aristoclído el íntegro Tebano
A quien todo lo augusto y noble atrae
Manda á avanzar á un arrogante anciano
Que un lauro muestra, y una lira trae. (3)

Bien peinada la barba: el rostro bello
Como brotando de élla, en armonía
Con el viso de plata del cabello
Y una expresión de tímida alegría:

Envuelto en rojo palio que desnudos
Le deja y libres brazos y garganta;
Entre rumor de obsequio y de saludos
Al sitio de Alejandro se adelanta.

Ya frente dél, el cuello en la áurea trenza
Pasa de que la lira va pendiente,
Y aguarda mudo hasta que el rey: «comienza,
Dice, á cantar del Griego armipotente.»

(3) Los que iban á cantar en un festín lo daban á entender, mostrando una rama de mirto ó de laurel (Aristofanes, las Nubes.)

II

Azotando la lira con los dedos,
Para luego romper en largas notas,
Principió el viejo vate, de los Medos
A contar la invasión y las derrotas.

En el aire, á su voz, relampaguean
Los dardos y las flechas rehilando,
Y las espadas sin cesar golpean
Cráneos, rostros y pechos destrozando.

Ya los Hoplitas con denuedo embisten
Contra el Medo y Persa, que emulados,
Tras los escudos sin cejar resisten,
Como si al suelo de Atica clavados.

Los sones en la lira van creciendo
Por imitar los bélicos ruidos,
Y se escucha del choque el grave estruendo
Y la grita y fragor de los caídos.

Y á la palabra del poeta brota
Cuadro de horror que la piedad exalta:
Se ve la hirviente sangre que borbota
Bajo los pies ó de los pechos salta.

Rojo aparece cada combatiente,
Rojo el acero que en su furia agita,
Y hasta la tierra, que temblar se siente
Bajo la planta del pesado Hoplita.

Guerreros de Asia por doquier se miran
En la sangre anegados de sus venas,
Y Efébos hermosísimos que expiran,
Vueltos los ojos á la dulce Atenas.

Ensañado el combate é indeciso,
Ya el número en el centro prepondera.
¿Cómo, oh! Dioses, las hijas del Iliso
No tendrán en este año primavera? (4)

¿Mudas, tristes, atadas de las manos,
Salvarán del Araxes la distancia (5)
Sin llorar un momento á los hermanos
En el hogar de la común infancia?

¿Y esclavas, con el llanto en las mejillas,
De Susa á las señoras dominantes
Les trenzarán, humildes, de rodillas
Las crísidas cuajadas de brillantes? (6)

No, que suspenso el ánimo ya admira
Cómo, abriendo de muerte roja senda,
Avanzan los Plateos, y en su ira
De Artafernes, por fin, ganan la tienda.

Y los Medos esquivan la refriega,
Y el Parto escapa á su bridón fiado,

(4) Palabras conque en una oración fúnebre se pinta el inmenso duelo, que causaba á Atenas la muerte de muchos de sus jóvenes en sangrienta campaña.

(5) Río que pasaba por Susa, ciudad opulenta en que residía de ordinario la corte de los reyes de Persia.

(6) Estas crísidas eran un calzado de extraordinaria riqueza.

Y de entre un Alalé! que al cielo llega (7)
Surgen las notas del Pean sagrado.

« ! Gloria al noble poeta que enaltece
A la patria lejana!» claman todos,
Y la grita se exalta y dura y crece,
Repitiendo el aplauso de cien modos.

Las Hetairas arrancan á su frente
Las flores del festín, y las deshojan
Sobre la lira que vibrar siente,
O á los pies del Poeta las arrojan.

«Maratón, Maratón, tú sin segundo,
Dice Alejandro, brillarás y vivo,
Mientras el corazón en lo profundo
Lleve el recuerdo del hogar nativo.

En vano el Genio audaz y la fortuna
Plantarán donde quiera la victoria:
Maratón brillará como ninguna,
Será por siempre la suprema gloria.

¿A qué más combatir? Qué hecho inaudito
Borraría ese nombre persistente!....
—«Ninguno ¡oh! rey, porque en la historia escrito
Está por la virtud intensamente,»

Timoteo respóndele, y con viso,
Dice, de amplificar la noble idea:
—«Maratón siempre brillará más que Isso
Y Arbela siempre menos que Platea;

(7) *Alalé* era el grito de victoria de los Griegos: *Pean* el himno con que se daba gracias á los Dioses por sus beneficios.

No te inquietes, empero, en las edades
Tus conquistas de todos releídas
Apagarán el nombre de Milciades,
Y al par los de Pausanias y Leonidas.

Y el tuyo brillará como ninguno.»
—«Nunca! interrumpe el rey,» y con discreta
Desatención, añade: «Ya oportuno
Es que cante Querilo mi poeta.»

«Sí, dad la lira á sus seguras manos,
Y estén las vuestras al aplauso alerta
Que va á cantar en versos enoplianos (8)
Cómo la Grecia prístina despierta.»

III

De temprano laurel cinta la frente,
Franjeado de oro y púrpura el vestido,
Preséntase Querilo sonriente,
Del infalible triunfo convencido.

Tiende orgulloso á su rival la mano,
Sacude altivo é irgue la cabeza,
Y pulsando la lira al modo Orthiano,
Lleno de petulancia el canto empieza.

---

(8) El ritmo *enopliano*, compuesto de anapestos y dáctilos, era muy vivo y belicoso. El modo Orthiano, en la música, tenía las mismas cualidades (Aristófanes, las Nubes, los Caballeros, etc.)

« Oh! sol, que de la augusta Macedonia
Surges, y audaz con invencible paso
Alcanzas tu zenit en Babilonia,
Sin verse punto á tu imposible ocaso.... »

—« Tente,» clamó Alejandro; « ve por Baco
Que al mismísimo Píndaro Corina
Le aconsejaba no verter el saco
Ni malograr así la mies divina.» (9)

Y continuó Querilo: « Hijo mimado
De Zeus que en el Olimpo ya te espera.... »
—¿ « Adónde,» grita el rey, « oh! desdichado,
Piensa alzarme tu musa lisonjera?

Desde el momento en que tu voz me acusa
De ser hijo de Zeus Hammonita,
No hay quien por befa de tu pobre musa
La decisión de Esparta no repita. (10)

Si en su alto idioma lo dijese Esquilo
Sin duda Atenas misma lo creyera,
Pero dicho por tí, pobre Querilo,
Y gracias que lo admitan en Abdera! (11)

Sabe imitar: si á Frine alzan por Diosa
Apeles y Praxíteles, sencilla,

(9) Histórico.

(10) Sabida es la burlona contestación dada por los Espartanos á los palaciegos de Alejandro, que fueron á proponerles que lo reconociesen como hijo de Júpiter.

(11) Abdera era para los Griegos la completa antítesis de Atenas: los abderitas eran tenidos por muy torpes é ignorantes.

Retrátala el primero; sólo osa,
Dar rubor á la pálida mejilla. (12)

El otro se esclaviza cuanto puede
Al tamaño y la forma peregrina,
Y á los labios apenas si concede
La hechicera sonrisa de Cratina. (13)

No borran lisonjeros la figura
Que de sí admiración pide é inspira,
Ni adulterando audaces la natura,
Ahogan la verdad en la mentira,

¿Crees que ver exaltar mi estirpe y nombre
Al Olimpo, me pasma y extasía?
No, yo siento que valgo como hombre
Lo que jamás como deidad valdría.

Ve: la verdad contra tus versos, llenos
De estudiadas lisonjas, se rebela,
Y les hace por fin elogiar menos
Que los nombres, sin más, de Isso y Arbela

Prosigue:» Y sin valor, casi corrido,
Continuó al punto el mísero poeta:
—«El orbe entero á tu poder rendido
Tu nombre aplaude y tu querer respeta.

---

(12) Mnesareta fué llamada por antonomasia Phrine, á causa de su natural palidez.

(13) Histórico. Cratina había sido la favoríta de Praxiteles antes de que este amase á Phrine. Según Clemente de Alejandría, aquél, al esculpir la Venus de Guido, copió exactamente el cuerpo de la última, pero le puso en los labios la expresión risueña de la primera.

Los reyes besan tus invictas plantas....»
—«Cesa, clama Alejandro en tal manía,
Y piensa que, si el estro no levantas,
Ni sirves á tu fama ni á la mía.

No por tener su estirpe en las Deidades,
Ni porque á Troya su valor esombre,
Logra pasar, flotando en las edades,
Del Mirmidón terrible el claro nombre.

No; porque son eternos los encantos
De los versos de Homero sólo vive;
Que de esos bellos y sublimes cantos
Renombre y gloria sin cesar recibe.

Pudo no ser su tiempo justiciero,
Mas la posteridad por fin discreta
Mide y fija la talla del guerrero
Por la talla gigante del poeta.

Ah ¿de qué serviríame que Apeles
Tomase sus asuntos de mi historia,
Si la obra infeliz de sus pinceles
A la altura no estaba de mi gloria?

Cuando Lísipo quiere lisonjero,
Dar á mi rostro olímpica energía
Hace que sirva su cincel, primero
A su fama de artista que á la mía.

Qué desgracia! pensar que, ido al Averno,
Pasaré al porvenir, más por el rudo
Sarcasmo de Demóstenes eterno
Que por tu elogio de valor desnudo.

Vamos, sigue.» Y siguió Querilo triste
Cantando así: «las huellas en el suelo
De los Dioses, borrándolas, seguiste,
Sin las iras temer del alto Cielo.

Zeus tu padre la senda te allanaba,
Ares al lado tuyo combatía,
Y te era la victoria fiel esclava,
Y la fama tu gloria difundía....»

—«Oh! basta, dice el rey: ¡lisonjas necias
Dichas á todo poderoso vivo,
Desde que corrompidas las dos Grecias
Castrar dejaron su decoro altivo!

Arístides, el justo, el denodado
Héroe de Maratón y de Platea,
No logró ver su nombre celebrado
Como el primer audaz que hoy lo desea.

Me tomas por Trigeo y me acomodas
De los Pritanos el abyecto coro,
Exponiéndome á ver las bocas todas
Desbordarse de risa en mi desdoro. (14)

Sé que valen mi brazo y mi cabeza,
Y adonde ha de llevarme mi osadía,
Para dejar que tomen mi grandeza
Por obra de los Dioses y no mía.

---

(14) En *La Paz*, comedia de Aristófanes, hay un pasaje en que el coro, correspondiendo á la jocosa y libre presentación que le hace el buen Trigeo de Theoria, muchacha alegrona, lo llama sucesiva y atropelladamente *dicha de sus conciudadanos, salvador de la humanidad, lo más grande después de los Dioses, etc.*

No me concibes grande sino enorme,
Y tomando la brocha más espesa,
De hipérboles sin fin tono uniforme
Me aplicas de los pies á la cabeza.

Y quedo tal, amigo, que prefiero,
Sin que me cause pena ni quebranto,
Ser el Tersites del divino Homero
Al ridículo Aquiles de tu canto. (15)

Puedes alzarme Dios, si ese es tu anhelo,
Pero un Dios que ser hombre no rehusa,
Y suba de la tierra y éntre al cielo;
No que baje de allí sólo á tu musa.

Al nivel de la tuya mi alma pones
Para poder tratarme como amigo,
Y haciéndome un Gigante de hinchazones,
Das á entender que te chanceas conmigo.

Fidias, para esculpir á Zeus divino,
Junta al oro de Lidia refulgente
El índico marfil más blanco y fino,
Y ensaña en ellos el cincel consciente.

¿Por qué el estilo así no hacer variado?
A qué hipérboles tantas? Piensa sólo
Que si yo fuera el Dios que has ideado,
Te trataría cual te trata Apolo.

(15) Estas palabras se atribuyen ciertamente á Alejandro con referencia á Querilo.

A convencerte del error empiezas,
Nadie por ese elogio estrafalario
Va á medir mi poder ni mi grandeza,
Sino la magnitud de tu salario.

Bien dejas ver lo poco que te estimas
A la hipérbole ruín dando el acento
Para que haya quien dé precio á las rimas
Que acompaña tan mísero instrumento.

La hipérbole es figura relegada
Ya casi de la farsa al ministerio,
Por fácil de inventar y ocasionada
A dar tinte de chanza á lo más serio.

Y si tu voz no se desata altiva
En estrofas viriles y brillantes,
Hasta hacer que mi nombre en ellas viva,
Te pagaré más bien porque no cantes.

Por lo demás, ese himno impertinente
No iguala, ni con mucho, al que en lo diario
Tengo que oír de cada pretendiente
A los áureos favores del Erario.

No sigas, pues: mi fiel Aristoclido
Que en la equidad y en pagar se extrema
Acaba de escucharnos, y decido
Que pague como juzgue tu poema.»

Y á Timoteo dirigido luégo,
«Canta algo, dice, que mejor me adule,
Algo que me recuerde que soy griego
Y á saber demostrarlo me estimule.»

IV

Y el Poeta tomó la lira de oro,
Y al asiento del rey guiando el paso,
Con firme voz y con gentil decoro,
Cantó de las Termópilas el caso.

A los garzones ágiles y bellos
Del Eurotas pintó que, sin tristura
Festivos, ordenaban sus cabellos,
Para dignos caer de la escultura.

Son trescientos y nada les asombra,
Ni las flechas mirar nublando el cielo,
Ni combatir á tan siniestra sombra,
Ni ver cual mengua el defendido suelo

Guión de la gloria, insinuación de pasmo
Es de Leonidas la real cimera,
Que de fe poseídos y entusiasmo,
Siguen ellos, triunfantes por doquiera.

Y cuando él cae ensagrentado, inerte,
Todo en redor lo abaten ó rechazan,
Y un círculo voraz de sangre y muerte
Con sus espadas al cadáver trazan.

Y luchan y reluchan denodados
Sin que el terreno y la victoria cedan,
Sino cuando, caídos, enterrados
Bajo una masa de venablos quedan.

V

Las postrimeras notas del epodos
Perdiéronse en el largo palmoteo
En que estallaron al instante todos,
Vivando sin cesar á Timoteo.

Serenados al fin, el rey exclama:
«Oh! Poeta, muchísimo merece
Quien como tú la Grecia canta y ama,
Quien como tú la exalta y engrandece.

Es pues la envidia que ante tí me abate
Tu mejor lauro! mi corona, empero
Te daré porque pidas en rescate,
Si lo deseas el Erario entero.

«Tómala.»—«Nunca, en voz vibrante y recia,
El cantor dice, si con patrio fuego
Logré cantar las glorias de la Grecia,
Ya estoy remunerado con ser griego.

Mi padre, que era adolescente apenas,
En Salamina combatió sin miedo,
Y aunque herido cruelmente, nunca á Atenas
Cobró su sangre y singular denuedo.

No consintió que el mísero dinero
Empobreciese su opulenta gloria;
Y yo, que de ella soy digno heredero,
Jamás lo apartaré de la memoria»....

Iba á seguir, pero la envidia grita
Por boca de Querilo: «Ya la danza!»
Y una comparsa espléndida, que agita
Aureos sistros y tímpanos, avanza.

Veinte jóvenes son, todas hermosas,
Nacidas del Hidaspe en la ribera,
Y hábiles en las danzas voluptuosas
Con que á Siva y á Brama se venera.

De las abiertas ropas sin resguardo,
Saltan, corren, se pasman y cimbrean;
Y sus vientres desnudos que unge el nardo
En viva agitación relampaguean. (16)

Rompe en aplausos mil la turba necia
De parásitos y altas nulidades;
¡Y al recuerdo, antepónense de Grecia
Las cabriolas de ruines Dicteriades!

(16) Desde tiempo inmemorial las Bayaderas han usado un traje que les deja desnudo el vientre, el cual acostumbran ellas lustrar y perfumar con bálsamos y ungüentos.

FIESTA DE ADONIS

(FRAGMENTO)

—

LA MAÑANA EN COLONA

—

Entre el lujoso arreo de la Aurora
La vivaz estación se adelantaba.
Los hielos y la nieve prisionera
En los lejanos montes se fundían
Para hinchar los arroyos bullidores,
Y trocándose en savia fecundante
Vestir de hojas lucientes y capullos
La margen del Cephiso, que risueño
Cruzaba la llanura, como guiando
A las próximas playas de Phalera,
En cambiante y alegre theoría,
Sus agnocastos mil y sus gladiolos.

Las ráfagas marítimas, á instantes,
En los robustos árboles meciendo
Las quejumbrosas ramas, sacudían
El rojizo penacho de los brotes
Que la dura corteza habían hendido,

Y dilataban en el fresco ambiente
Salubérrimo efluvio de resinas.

La alondra en espiral buscando el Cielo
Dejaba oír en ágiles acordes
El himno á Apolo, conductor del día,
Que el ciego Melesígenes tradujo
Al lenguaje del hombre en áureos versos,
Y que en metal de Lidia cincelado
En el templo de Esminto un muro adorna.

Las otras avecillas gorjeaban
Sus canciones de amor y sus querellas,
A que las leves hojas hacían coro
En trémulo rumor; mientras zumbando
Mil insectos de esmalte vagabundos
Mentían grave música lejana.

Como un tapiz tendido en el declive
De las colinas en el fondo enhiestas,
Alcanzábase á ver, tornasolando
De oro y de esmeralda, el terciopelo
De las últimas siembras.

Y en la altura
Los cisnes emigrados, que á su vuelta
Pasaban oteando el viejo nido
Mal oculto en las juncias, parecían
Argentinos recamos en el velo
De cariñoso azul con que Atenea
Abriga toda la feliz comarca,
Que sirviendo á su gloria, en día solemne
Por hacerla triunfar brotó el olivo.

Las primeras cigarras, sacudían
De su vibrante tímpano la nota
Continua é inmutable de su canto,
Y daban fondo armónico al suspiro
De las mecidas frondas, y al murmullo
Del cristalino serpenteante arroyo—

Retornaban las fieles golondrinas,
Y guiándose del humo vagaroso
Del conocido hogar, en los alares
Chirriando se abatían, y contentas
Dábanse á sacudir del pecho y alas
El polvo aún tibio de Canope y Menfis.

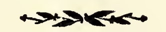
Diríase á las veces que en el aire
El aliento vagaba de las Ninfas,
Y al susurrar de las blandientes cañas
Esperábase ver entre el boscaje
La fugitiva ronda de los Faunos.

Todo así luz, y música y perfumes
Era en el Demos de Colona; el mismo
Bosque de las Euménides, cubierto
De flamante verdura, se esmeraba
En pagar sonriendo las caricias
Del aire tibio y la azulada lumbre.

Hermoso y fausto día consagrado
Por la gentil y moliciosa Atenas
A celebrar á Adonis que, devuelto
Al placer de vivir y á los amores,
De Citerea en el regazo muelle,
Entre besos y lágrimas volvía.

Así todas las aras de esta Diosa
Mirábanse cubiertas de guirnaldas
Exuberantes de las tiernas flores
Que llevan en sus pétalos rientes
Con la purpúrea sangre del mancebo
El aroma nectáreo del Olimpo.

Ya, dominando todos los rumores,
Siéntese como avanza la Theoría
De las recientes núbiles, que sueñan
Encontrar al retorno lisonjeadas,
Del exterior Cerámico en los muros,
Su linda faz y sus correctas formas....
....



CUMANA

Á MI PRIMA LA SEÑORITA AMELIA SÁNCHEZ, HOY SEÑORA DE ESPERÓN

Ah! qué dulce es la memoria
De las chacras orientales!
¡Cuán grato soñar que en ellas
Nuestros ojos aún se abren
Para sorprender el alba,
Que arrebola los cristales
Trémulos y gemebundos
Del querido Manzanares!
Creer que el aura agitando
Las cañas y los guamales,
Da la alborada á las flores
Que pudibundas entreabren;
Y si estremece las frondas
Lanzar á los cielos hace,
Entre el fragor de mil alas,
Como una explosión de aves
Que en cerrados escuadrones
Suben á nublar el aire:
Ríen entonces las aguas,
Los cocos las palmas baten,

Gorjeando se persiguen
Y ayuntan los cardenales,
Revuelan las mariposas,
Zumba el insecto brillante,
Los puipuíes chacharean,
Posados en los alares,
Y de luz ebrias las flores
Ya sin recato se abren,
A tal grado que su seno
Las gotas violan é invaden
Que, irisando, temblequeaban
En las hojas circundantes.

Y el cielo, que es casi rosas,
En la huelga toma parte,
Colgando en el horizonte,
A espaldas del sol que nace,
De rosicler de oro y plata
Espléndido cortinaje.

Ah! cómo el alma se arroba
Y qué bien el pecho late
Cuando acuden los recuerdos
De las chacras orientales!

Ver con la mente aquel cielo
Sin nubes y sin celajes,
Que lleva por toda gala
Un sol de oro y de diamantes,
Luz de fuego que insinúa
Todas las fecundidades.

Sentir que el calor aduerme,
Y abanicados del aire
Y arrullados por las aguas
Que irresistibles persuaden,
Caer sobre el verde cesped
Ya asombrado por los sauces,
Y dormir aquellos sueños
Que no llamo celestiales,
Porque sé que los concilia
Sólo el dulce Manzanares.

Soñar entonces que cruza,
Llena de gracia y donaire,
Sombra de una cumanesa
Que discurre, haciendo alarde
De unos pies harto menudos
Y del más flexible talle,
Opalo móvil que oscila
Sobre el zafiro impalpable
De aquel cielo, en cuyo fondo
Se mira casi á los ángeles.

Ah! qué dulce es el recuerdo
De las chacras orientales!

—

Vagando en plácido arrobo,
Orillas del Manzanares,
Ver el sol de oro que toca
El sepulcro de corales
A que, unidos mar y cielo,
Entre sonrisas lo atraen.

Oír las blandas querellas
De las soñolientas aves
Que se mecen, de las palmas
En el lánguido follaje:
Idear que, casi vencida
Ya por la noche la tarde,
En la penumbra se mecen
Las florecillas que entreabren
Y sacuden en la brisa
Sus aromas tropicales.

Sentir la unción difundida
Por los bronces que distantes
El ángelus vespertino
Lentos y solemnes tañen;
En tanto que las estrellas
Desatan los áureos cálices
Y dejan llover su lumbre,
Polvo de oro, que flotante,
Escarcha espléndidamente
Los relieves del boscaje,
Y mil ígneos arabescos
Traza en las ondas fugaces.

Ah! que dulce es el recuerdo
De las chacras orientales!

Viaja sonriendo la luna
Rebozada en los cendales
De leve nácar que adornan
El argentino celaje,
Que para el caso le sirve
De rica y ligera nave.

Mitad día, mitad noche,
Es luz y frescura el aire
Que los ojos tomarían
En ilusión razonable,
Por el azul de los cielos
Que se diluye y esparce.

Arrastrados del rocío
Del éter sereno caen
El sopor y el silencio,
Mientras que del mudo cáliz
De la flor sube el aroma,
Dón postrero de la tarde.

Pero tal naturaleza
No duerme, no, porque calle,
De sí misma enamorada,
Parece que hundida yace
En el éxtasis profundo
De Narciso al ver su imagen;
Y que así más elocuente,
En su mudez inefable,
Dice á los ojos que gocen
Y á los corazones que amen.

Sí, ¡cuán dulce es el recuerdo
de las chacras orientales!

Pero el pecho que se goza
En tantas lindas imágenes,
Muy más dulce siente, Amelia,

Ver en tu álbum, que no en balde
Tienen méritos y gracias
Las hijas del Manzanares;
Puesto que todos á una,
Sin preámbulos ni ambajes,
Colocan sobre tu frente
Las coronas fascinantes
De la acabada hermosura,
Del ingenio y del donaire....

Quisiera seguir, mas miro
Que empiezo, poco galante,
A lastimar tu modestia,
Y hallo oportuno callarme;
Ya que vencer no es posible
El óbice insuperable
De elogiarte sin herirte
O sin elogios nombrarte.

ENTRADA AL NIRVANA

Al respetado señor don Tomás Michelena.

Es á una la noche y el vacío:
No sé, lleno de asombro, donde estoy,
Y tengo el corazón exhausto y frío,
Y me parece que rodando voy.

Ya, sin fuerzas, sentir inerte puedo
Que he empezado veloz á descender,
Y sombras, y silencio, y frío, y miedo
Me asaltan y me cercan por doquier.

¿Qué es de aquel sol que el universo alegra,
Qué de su ardor y grata brillantez?
Nada! La oscuridad se hace más negra,
Y más crecen el frío y la mudez.

Medroso el pensamiento y confundido
Cree, envuelto en tan lóbrego capuz,
Que el silencio es la sombra del ruïdo
Y la sombra el silencio de la luz.

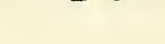
Y no sabe si he muerto, y si en la muerte
Pueden, perpetuo escarnio! continuar
La esperanza burlada por la suerte,
Maridados la dicha y el pesar.

¡Ay! que ningún sentido le da ayuda,
Y á tanta oscuridad y tanto horror
Se añaden las tinieblas de la duda,
Y el tétrico silencio del pavor!

Dadme las negras noches de la vida,
Cruzadlas de perenne tempestad,
Dadme su sombra por el rayo hendida,
Truenos sin fin en ella dilatad;

Pero que oiga, que vea, que me sienta
Detenido un instante en donde estoy,
Que cese esta opresión que se acrecienta
Y que pueda acordarme de quien soy.

Vano empeño! Mi esencia evaporada
Se difunde en el lóbrego capuz,
Y luego, nada! para siempre nada!
Ni ruidos, ni mudez, sombras ni luz.



IDILIO DE LA MAÑANA

(Cerca del Puente de Hierro)

Esfúmanse en la altura los albores
Que tras las negras sombras lanza el día
Y ruborosa apunta la alegría
De la aurora con todos sus primores.

Al lento parpadear de los fulgores
Que las estrellas dan en su agonía
Pausadísima, eolia melodía
Bendice el himeneo de las flores.

Lleva en sus ondas y acaricia el Guaire
La ardiente imagen de las nubes rojas
Con que medio horizonte se ha prendido;

Y las aves se estrechan en el aire,
Y sonriendo feliz entre las hojas
Con sus ternuras aparece el nido.

EN MACUTO

Huye la noche y en su raudo vuelo
Esmaltando la bóveda sombría,
Vá con toda la ardiente pedrería
Que desgranada llueve de su velo.

Sugestión de otra vida ó vago anhelo
Al alma viene ideal melancolía,
Si los ojos atrae y extasía
Ese vasto esplendor, palio del suelo,

Mientras, si ven el mar que lo retrata,
Flotar se siente el ánimo dichoso
Entre dos cielos á la par risueños,

Hasta que llega con su luz de plata
La luna, y vierte en la ansia de reposo
La magia de los plácidos ensueños.



PATRIÓTICAS



24 DE JUNIO DE 1887

CARABOBO

Amor di patria in cuore
Di spine é una corona.

Petœffi.

I

Día de sublime gloria,
Si pasas lento y sin ruido;
¿Por qué al pecho entristecido
Hacer llegar tu memoria?

¿Por qué turbar mis serenas
Horas de inerte marasmo,
Volviéndome al entusiasmo,
Ardor trayendo á mis venas?

Ah! ya lo penetro, día:
Ves que tu fama se agota,
Y recuerdas que patriota
Fue toda la sangre mía.

Por eso, si á tus loores
Buscas labios, en mi pecho
Golpeas con el derecho
Que te dieron mis mayores.

Y al observar que vacila
Mi lengua, de tu jornada
Toda la pompa olvidada
Ante mis ojos desfila.

II

Naciente el sol, la sabana
A su tibia luz despierta,
Aparecía cubierta
Toda por la hueste hispana.

Luégo, ardientes yá sus rayos,
Del cañón á los rugidos
Miráronse confundidos
Hombres, armas y caballos.

Allí, iguales en la saña
Mostraban su emulación
El que venció á Napoleón
Y el rebelde contra España.

Y tan ruda la lid era
Que en la victoria alternando,
Ya empujan los de Fernando,
Ya avanza nuestra bandera.

Mas de las próximas breñas
Surge en azaroso instante
Páez, caudillo pujante
De las pampas apureñas.

Viendo en su frente marcial
El lauro de las Queseras,
Cunde en las huestes iberas
El espanto del Yagual.

Ay de ellas! que tras de él
Se oye el grito de venganza
Que suscitó la matanza
De la Mata de la Miel.

Ay! que flaquean, y luégo
Ven entre ansias inauditas
Las lanzas de Mucuritas
Relampagueando entre el fuego....

Y huyen yá sin esperanzas
De que el pendón de Castilla
Pueda undular sin mancilla
Donde brillen esas lanzas.

Mientras el audaz guerrero,
Que absorta su hueste aclama,
Cobra de Aquiles la fama,
Tiene á Bolívar de Homero!

Y entra tánto en nuestra historia,
Que al nombrarse esa llanura,
Se oye que el eco murmura
Perpetuamente su gloria;

Y se alcanza que no hay hombre
A quien, prez de su ardimiento,
Pueda alzarse un monumento
Que diga más que ese nombre!

¿Ni dónde hallar estatuarios
Que den á tal vencedor
La talla que nuestro amor
Y el miedo de los contrarios?

III

Pero fugaz entusiasmo
Y vana envidia! bien veo
Que á un corazón de pigmeo
Le cuadra más el marasmo.

Ay! cómo nos engañaron
Nuestras madres, y mintieron!
Sí, que esos hombres no fueron,
Nó, los que nos engendraron.

Hijos, ah! de tales hombres?....
Pero, si nada demuestra
Que su sangre sea la nuestra,
Que no usurpamos sus nombres!

¿Cómo de otra manera
Oh! Patria, se pasaría
Sin un obsequio este día
A tu pabellón siquiera;

Sin una grata mención
De los ochenta centauros,
Con quienes pródiga en lauros
Nunca será la Nación?

IV

¡Cuán vengado el español
De nuestra victoria está,
Viendo que olvidamos ya
Aquel campo y este sol!

Y que, vacía expresión,
El nombre de CARABOBO,
Lo escuchamos sin arrobo
Ni orgullo en el corazón.

Y le hallamos, entre flores
Y ceremonioso afán,
Preferible cualquier Juan
Con músicas y licores. (a)

Ah! de que distinta suerte
Pensaban aquellos bravos
Que, huyendo de ser esclavos,
Hallaban goce en la muerte!

(a) Juan Quevedo (de origen español y entonces Gobernador de Caracas) celebraba ese día el de su nombre con gran rumbo y pompa.

V

Y tú, gayado celaje,
Imán de la gloria entonces,
Que, entre aceros y entre bronces,
De triunfo cierto eras gaje.

Tú, bandera, cuyas bandas
Fueron la postrer visión
Que confortó el corazón
De los Ríbas y Mirandas!

Iris que surgiendo veo
De entre la tonante hoguera
Que vida imperecedera
Dió al fénix de San Mateo.

Sudario y lecho postrero
Del heroico Girardó;
Unico amor que invocó,
Yá exangüe, el Negro Primero.

Tú, que al ver sin corazón
A tus infantes, las cargas
Que dió en Pantano de Vargas
Le sugeriste á Rondón.

Que altiva, cansada yá
De luchar, dijiste un día:
—Proclamad, clarines, mía
La palma de Boyacá!

Y al prestigio de su acento
Vióse al Ejército hispano
Ante los hijos del Llano,
Desvanecerse en el viento.

Tú, que circuida de rayos
En cruentas ondas flotante,
Surgiste ilesa y radiante
De entre el humo de Pagayos.

Que, apurando el crudo acíbar
De un desastre, cobras fe
Y haces que el Pichincha dé
En un Sucre otro Bolívar.

Tú, que en Junín la victoria
Aguijando tesonera
Lograste que el sol tuviera
La luz precisa á tu gloria.

Que ni aun cercada de ruinas
Dudas ir á los combates,
Y si en Urica te abates
En Matasiete te empinas.

¿Qué tienes, que á la sonrisa
No te unes de la mañana,
Y ni te alegra la diana
Ni requiebras á la brisa?

Cómo! ¿en tan fausta ocasión,
Desterrada de la historia,
Te sepultan con tu gloria
Empolvada en un rincón?

Ay! Me parece que escucho
Que al sentirlo dices tú:
—Hoy no llevaría al Perú
Los soldados de Ayacucho!

Y en perenne descontento,
Porque no logras hallar
Quien te arranque del hogar
Y te lleve al campamento;

Quien te clave en la frontera,
Y encendido en pátrio celo
Ose guardar este suelo
De la invasión extranjera;

Sin poder acostumbrarte
A la inercia que te humilla
Le pides á la polilla
Que acabe de devorarte;

Y para dar en tus iras
Más diligencia al insecto
Le acuerdas todo el afecto
Que á nosotros nos retiras.

VI

Oh trapo! en cuya presencia
De duelo y rubor me abismo,
Sombra ya de un heroísmo
Que nos es pesada herencia,

Ve cual mi sangre protesta,
Al mirar que no hay quien ruegue
Por tí, ni quien te despliegue
En el día de tu fiesta.

Y testigo en todas horas
Sé de cómo tu quebranto
No vi, sin secar mi llanto
Con tus bandas triunfadoras.

Sin estrecharte á mi pecho,
Y sentir en él los bríos
Con que lidiaron los míos
Por tu honra y tu derecho.

Así al padre venerado
Diré, al dejar esta esfera:
—« Que te diga esa bandera,
Si he sido un degenerado. »

CARABOBO

MUERTE DE PLAZA Y DE CEDEÑO

I

Quizá por la vez postrera,
Tremoladas frente á frente,
Van, á cual más altanera,
La castellana bandera
Y la del libre insurgente.

Al verse, sin miramientos
Resuelven probar fortuna,
Y hay choques y movimientos
Esforzados y sangrientos,
Aunque sin ventaja alguna.

Pero la sangre vertida
Mucho al fin la saña encona
De la gente enfurecida
Que combate á la salida
De la Pica de la Mona.

Y alto el pabellón teniendo,
Y sin que en nada se cure
De cómo va decreciendo,
Resiste choque tremendo,
Firme, el batallón Apure.

Sabias en usos de guerra,
Siempre con valor sereno,
Las cohortes de Inglaterra
En línea, rodilla en tierra,
Mueren sin perder terreno.

Y aunque en su auxilio se lanzan
Los tiradores de Heras,
Como las balas alcanzan
Y aclarecen sus hileras,
Muy poco y tardos avanzan.

Viéndolo, del menoscabo
De los dos cuerpos primeros,
Páez salir hace al cabo
A los ochenta lanceros
De Vásquez y de Angel Bravo.

No mayor pavura dan,
Cuando al mandato de Dios
Los rayos y el huracán
Por el ancho espacio van
Dejando ruinas en pos;

Que la columna llanera,
Cuando, al volver la agresión,
Gritando, en rauda carrera,
Logra hender la hueste entera
Que le hace oposición.

Lanzada á su centro ardiente
Da, al mirarse circüida,
A diestra y siniestra frente
Con el furor vehemente
De quien lucha por la vida.

Que sus lanzas se diría
Son relámpagos y rayos,
Y que con la gritería
Se exalta de los caballos
El ímpetu y energía.

Y bien combaten! Lancean
A ambos lados, y con maña
Se esquivan y escarcean,
Evitando á los de España,
Que sin fruto así pelean.

Y aunque éstos se enfurecen,
Y aunque su número aumenta,
Como más también perecen,
Las ventajas prevalecen
De parte de los ochenta.....

Pero ya Páez alcanza
A Muñoz que de las breñas
Sale, y á aquella matanza
Con sus picas apureñas
A todo escape lo lanza.

Jamás crecido torrente
Cayó sobre una pradera
Con impetuosa corriente,
Como tan bizarra gente
Al arrollar á la ibera.

El estrago hecho dilatan:
Llenos de coraje insano
A unos hieren, á otros matan,
Los rompen, los desbaratan
Y persiguen por el llano.

II

«Viva Colombia» se escucha
Al instante resonar,
Y aunque es la algazara mucha,
Porque aún se brega y lucha
«Viva» se vuelve á escuchar.

Y grito es de vencedores
Que así también lo proclaman
Los ruidos halagadores
Que clarines y tambores
Ya por el aire derraman.

Con generosa efusión
«Vivan las hueste llaneras»
Se oye gritar, en unión
De la Britana Legión,
A los soldados de Heras.

Y ese grito, que adjudica
Toda la prez al llanero,
Se difunde y multiplica
En el angosto sendero
De la enmarañada Pica.....

Disipado como un sueño
Ven así las divisiones
De La Plaza y de Cedeño
El constante noble empeño
De señalar sus acciones.

Y el primero, que no entiende
Cómo se venza sin él,
A la suya desatiende,
Y marcha al combate emprende
Aguijando á su corcel.

Salva, atropella en su ira
Cuanto obstruye el paso estrecho;
Y párase, porque mira
En el segundo el despecho
Que tal victoria le inspira.

—«General, ¿qué os acontece?
Le dice, que algo os molesta
De vuestro rostro aparece.»
—«Es que esa grita me escuece»
El otro da por respuesta.

Y calla, mas al momento,
De un arranque poseído
De pesar ó desaliento,
El diálogo interrumpido
Sigue así con triste acento:

—No más gloria militar
Para nosotros! Qué hacer?
¿De quién ahora triunfar?
¿Qué lauro hay que pretender?
¿Qué proeza ejecutar?

—Nada hallo que nos impida
De intentar úna el arrobo.
—Cuál es? decid, y emprendida
Será.
—Morir! ¿qué es la vida
Sin vencer en Carabobo?

¿Oís? disparan! indicio
De que hay bravos todavía
Que, haciendo honor al oficio,
Prefieren el sacrificio
A deponer la osadía.

Con pecho y con brazo fuerte
Combatamos su ardimiento
En firme lidia, de suerte
Que laurel nos dé la muerte
Tan claro como sangriento.

Creedlo, en mi ansia de gloria
Cuanto concibo y me halaga
Es esperar que la Historia,
Si muero así, como aciaga
Cuente y llore esta victoria.

¿Ni á qué tener por quimera
Buscar tan heroico fin,
Cuando es la sola manera
De que nos nombren siquiera
Mañana en el boletín?

Cedeño, que mal se aviene
A largas exhortaciones,
Interrumpe y las contiene,
Diciendo: «no más razones:
Muramos; ¿qué nos detiene?

Y ambos el bridón hiriendo
Con el agudo acicate.
Guiados por el estruendo,
Se dirigen al combate
La muerte ó gloria pidiendo.

III

Valientes de buena ley,
Ya influídos de mal astro,
Siguen defendiendo al rey
Los bravos de Valencey
Y los firmes de Barbastro.

Su fama tan merecida
Este disputa al azar,
Toda esperanza perdida,
Y como serpiente herida
Se retuerce sin cejar.

Y se mira á sus guerreros
Que en frenético heroísmo,
Fuertes como nunca y fieros,
Resisten á los llaneros
Con que empuja Páez mismo.

Plaza, que emularlos quiere,
Aprovecha este momento;
Se lanza al contrario, hiere,
Sin piedad destroza, y muere
Laurëando su ardimiento.

En tanto, porque se pruebe
La instrucción de que se ufana
Cual fiera á quien no se atreve
Ninguno, en cuadro se mueve,
Valencey en la sabana.

Ese reto irrecusable
Ve Cedeño, y sin dominio
De sí, juzga que su sable
Basta á romper formidable
Tal máquina de exterminio.

En vano este pensamiento
Se le tilda de locura,
Cada razón ó argumento
Más á realizar su intento
Lo decide y apresura.

Y rigiendo á pocos, carga;
Con brazo hercúleo y experto
Abre una brecha, y la alarga,
Cuando süena una descarga
Y del bridón cae muerto.

IV

Ambos así conquistar
Supieron gloria bien alta,
Con muerte tan singular.
El boletín los exalta
De Páez mismo á la par.

Bolívar por vencedores
Los tiene, así los aclama,
Y en un decreto de honores
Los lega, entre mil loores,
A la pregonera fama.

Que esa muerte meritoria,
En su asombroso realismo,
Eclipsa, si no la gloria,
Al menos el heroísmo
Del que obtuvo la victoria.

En la escala del deber
Que el patrio amor ha fijado,
No es lo más grande vencer,
Sino en esfuerzo abnegado
Inmolarse y perecer.

Porque, como siempre influyen
En el alma sentimientos
Que el sacrificio rehuyen,
En esa muerte se incluyen
Todos los desprendimientos.



CARABOBO

MUERTE DEL NEGRO PRIMERO

I

Cruenta fue la carga y dura
De los ochenta llaneros
A los tres cuerpos iberos
Que cerraban la llanura.

Nadie riendas recogió
Mientras línea hubo enemiga,
Y de coraje y fatiga
Páez al fin se desmayó.

Ingeniando cien venganzas,
Le guardan en tal desmayo
Veinte húsares á caballo
Que se apoyan en sus lanzas.

Las rige aquel denodado,
Reliquia de una tormenta
De acero y plomo que ostenta
Todo el dormán destrozado.

También sombrío de ira,
Que bajo el gayado peto
Quiere refrenar discreto,
Un Negro entre ellos se mira.

¿Cómo ese bravo se llama?
Quién es? Modesto y sencillo,
Ha dado á su raza brillo,
Asociándole su fama.

Nada su valor abate,
Y de su lanza certera
Obra es siempre la primera
Sangre de todo combate.

Y de ahí parte el llanero,
Que admira tan rara audacia,
Cuando por antonomasia,
Lo llama el «Negro Primero.»

Adora á Páez, y creer
Nadie en el mundo le haría
Que hay jefe de más valía
Ni otro á quien obedecer.

Así, ahora se le ve
Que, abandonando la silla,
Angustiado se arrodilla,
Del inmóvil Jefe al pie.

Y sueña, en noble ilusión,
Que le vuelve á los sentidos,
Prodigando los latidos
De su inmenso corazón

Y se inquieta y toma empeño
En moverle y en llamarle,
Por ver si puede arrancarle
Al inopinado sueño.

Pero de repente: «Amigos!»
Se escucha, «en ristre la lanza,
Porque á toda prisa avanza
Fuerte grupo de enemigos.

Es Bravo quien ha alertado,
Y al oír tan noble acento,
Páez recobra el aliento
Y se incorpora animado.

«Corred, grita, á detenerlos:
No os curéis de mí siquiera:
Id! ya la sola manera
De defenderme, es vencerlos.»

Y parten á toda brida
Aguijando á sus trotones
Salidos de los arzones,
Y con la lanza tendida.

Rehusa solo el Primero
Montar, mientras no lo intente
El noble convaleciente,
Que caer deja el acero,

Y abrazándole; «mi igual,
Le dice, te juzgo en brío:
Vé, que tu brazo sea el mío
En ese choque mortal!»

El bravo Negro lo jura,
Y con justa vanagloria:
«Nunca, agrega, la victoria
Tuvísteis como hoy segura.»

Y, ágil montando, espolea,
Alcanza á los suyos luego,
Y se pierden entre el fuego
De la más brava pelea.

II

De polvo y humo colgado
El aire, ya nadie ve
Quien se conserva de pie
Ni quien la tierra ha abrazado.

En confusión infinita,
Tras nutrido tiroteo
Se oye inmenso clamoreo
De ambiguos vivas y grita.

Solo á intervalos crüeles
Se logra claro escuchar
El redoblado pisar
De los ágiles corceles.

O en la brisa pasajera
Diversas, mas confundidas,
Notas de clarín perdidas,
Que no explican quién supera.

Rota la humosa espesura,
Se ve brillar sin tardanza,
Tras el lampo de una lanza,
Un disparo que fulgura;

Y vuelta á cerrarse al punto,
Orlar su base se miran
Caballos y hombres, que expiran
En lastimero conjunto.

Y tras un aspecto horrendo,
Otro más crudo llegando,
Se va el corazón cerrando,
Va la zozobra creciendo;

Y en medio á cien contrapuestos
Temores, ansias y enojos,
Quiere el pecho hacerse ojos,
Y adivinar quieren éstos;

Que esa nube la fortuna,
Feliz ó adversa guarda,
Y en saberse mucho tarda
A quién tocó cada una.

Más el fulgor de un acero
La nube en dos ha rasgado,
Y de su seno abrasado
Surge un rojo caballero....

Mal anuncio! tardo avanza
Sin voluntad ni incentivos
Para alzarse en los estribos
Y en alto florear la lanza.

Se acerca: el ojo certero
Si en tanta ansiedad no miente,
Reconoce ya al Teniente
A quien llaman «El Primero.»

III

Saliendo á encontrarle Páez
Fiero le grita y airado:
«Cobarde! me has engañado!
No quiero escuchar que traes!»

«Vé: los de España combaten
Con firmísimo denuedo:
Mejor que morir de miedo
Es hacer que ellos te maten.»

Oyólo el negro y profundo
Suspiro al aire vertiendo,
«Os estoy obedeciendo
Dijo: vengo moribundo.

«Pero así casi expirando,
Con mi última lanzada
La victoria asegurada
He dejado á nuestro bando:

Los españoles flaquean
Ya sin valor, y presumo
Que al desvanecerse el humo
Podréis ver cual los lancean.

Cumplí, peleé por los dos:
No hizo falta vuestro acero;
Y si aun vivo, es porque quiero
Daros el último adiós »:

Dice, y á una rendidos
En simultáneo desmayo,
Caen ginete y caballo,
Sobre la yerba tendidos.

Entonces, rasgado el velo
Que envuelve la ruda lid,
Se mira el pendón del Cid
Cediéndole al nuestro el suelo.

Páez, llorando, el acicate
Aplica al brioso caballo,
Y, rápido como el rayo,
Gana el centro del combate.

IV

Junto al postrado bridón,
De su sangre sobre el lecho,
Permanece largo trecho
Solo el herido campeón.

Al cabo de la divina
Ciencia un práctico llegado
El pecho despedazado
Con interés le examina,

Viendo que lenta fluía
La sangre, dice impasible:
« Si no os agitáis, posible
Es que duréis lo que el día.»

Sobrepuesto á su quebranto
Grítale el Negro en voz firme:
« Hombre cruel, á que decirme
Lo que ha de dolerme tanto.»

Y hablando ya más consigo
Que con aquél, que se aleja,
Las razones de esa queja
Así expresa sin testigo:

«No es que me duela morir,
Lo que siento es la esperanza
Perdida, de que mi lanza
Vuelva un día á combatir.

Que tenga aquí que escuchar
Como otros gritan «Victoria!»
Sin que un pedazo de gloria
Les pueda ya disputar.

Lo que me escuece y afana,
Lo que mucho llorar quiero,
Es que otro sea el Primero
En las lides de mañana:

Que no sea mi caballo,
Impetüoso y ardiente,
El que las filas enciente
De los hijos de Pelayo....

Pero, ¡alegre fantasear
Y engañoso desvarío!
Ah! pobre caballo mío,
Si yo te hice matar!

Otro bravo al enemigo
Te llevara, si vivieras;
Mas no! mejor es que mueras
En este campo conmigo.

Buen camarada! me alegro
De que compartas mi suerte....
¿Quién habría de quererte
Como te quiso este Negro?

Ay! al hallarnos cualquiera,
Unidos hasta difuntos,
Nos va á enterrar aquí juntos,
Con mi lanza y tu vaquera.

¡Con qué inefable alegría
Sabrán luégo los de España
Que en este campo tu saña
Yace inerte con la mía!

¡Cómo en medio á la matanza,
Ya los nuestros te echarán
De menos, noble alazán,
Fuerza y alas de mi lanza!....

Mas, yérguete! Los oídos
Clamor de victoria hiere!
Qué gozo! Cuán bien se muere
Viendo huír á los vencidos!»

Luego, con honda tristura
Mira á sus amigos fieles,
Que, aguijando los corceles,
Se pierden en la llanura.

V

Y como el ocaso gana
El sol ya, con débil voz
Le dice: «lleva mi adiós
A mi choza y mi sabana.

Díles que luchando fiero
Del combate en lo más fuerte,
Con dos heridas de muerte
Cayó su Negro primero.

Dí que no me esperen ya,
Que no más las veré ufano,
Ni el trote de mi alazano
Sus ecos despertará.

Y dí á la pobre María,
Que me espera enamorada:
No sol, no le digas nada
Que ella también moriría;

Pero á la alegre chiquilla,
Que en su falda juega loca,
Bésala por mí en la boca
Y en la frente y la mejilla.»

Y comprimiéndose el pecho
Con la diestra ya tremente,
Rompió á llorar largamente,
Él, que nunca lo había hecho.

Y según, casi corrido,
Llanto y sollozos ahogaba,
Mas la sangre se escapaba
De aquel pecho conmovido.

Alzó por fin la cabeza
Y exclamó tras un suspiro:
«Cómo! sol, ya no te miro....
La muerte á invadirme empieza.

A tí ocurra oh! Dios, primero:
Perdóname! y luego sea
Mi última plácida idea
Esta patria, por quien muero.

Dulce madre, en esta guerra
Yo lo que tuve te dí;
En pago dame tú á mí
Ocho palmos de tu tierra.

Haz que sin pompa ni arte
Me den aquí sepultura
Y pagado con usura
Creeréme al abandonarte.

Nada hay para mi halagüeño
Ya, ni que tanto me cuadre,
Como en tu seno de madre
Dormir el último sueño»......
....

Casi exangüe, la agonía
Le asalta y, como lo siente,
Con labio ya balbuciente
Exclama: «adiós, patria mía!»

Luego el busto doblegó
Cediendo al mortal desmayo,
Y abrazado á su caballo,
Para siempre se durmió.



PANTANO DE VARGAS

RONDÓN

Marchaba lento el sufrido
Ejército colombiano,
Y al orillar un pantano,
El realista se avistó.
En posición tan difícil,
Sin óbice el flanco izquierdo,
Bolívar al pronto acuerdo
De cubrirlo defirió.

Y á Santander designando
Para emprenderlo al instante,
Orden le dió terminante
De resistir con tesón.
Formaba ese flanco libre
Una serranía agreste.
Donde la patriota hueste
Tomó á poco posición.

Mas como el plan del contrario
Lo frustraba tal medida,
Este con tropa escogida
Mandó aquel puesto atacar.
Y sin hacer caso al fuego,
Aquella gente altanera,
Guïada por su bandera,
Logró el repecho trepar.

Débil fué la resistencia
De Santander en la altura,
Sin tesón y sin bravura,
Sólo la supo perder.
Debilidad bien funesta
A los patriotas, que, luego,
En una lluvia de fuego
Se vieron casi envolver.

Así el trance, orden reciben
Los de la Legión inglesa
De acudir á toda priesa
A vengar aquel revés.
Y haciendo gala de bríos,
Suben la ardiente colina
Que, en breve, el Iris domina
De los libres otra vez.

Lástima que esa ventaja
Dure apenas un momento,
Porque España su ardimiento
Se esmere entonce en mostrar,

Resuelta atacando el frente
De la línea colombiana,
Que en vano tenaz se afana
Por resistir y aun triunfar.

La furia de los realistas
Tanta resistencia encona
Y Rifles y Barcelona
Son cargados á la vez;
Y cejan, pero rehechos
Y con frescas municiones,
Recobran sus posiciones
Con gallarda intrepidez.

Luégo, ante superiores
Fuerzas que al fin los envuelven,
A perder los libres vuelven
El suelo y la formación.
Y sus dispersos y heridos
A la reserva recurren,
Donde en silencio se aburren
Los ginetes de Rondón.

Y unos pintan al contrario,
Por numeroso, invencible,
Otros hallan imposible
Su empuje contrarrestar;
Y todos dicen que es fuerza
Proteger los movimientos
Con que puede por momentos
La retirada empezar.

Rondón los oye y, echando
Ternos, dice enfurecido:
«No, Caramba! no han vencido,
Si no me vencen á mí;
Si no abaten con la muerte
De este brazo la pujanza
Y hacen astillas la lanza
Con que siempre los vencí.»

Por los callados ginetes,
Al oír tan firme acento,
Discurre un sacudimiento
De entusiasmo y adhesión;
Y cada cual, anteviendo
El logro de su esperanza,
Sompesa la ruda lanza
Y acaricia á su bridón.

Satisfecho así aquel Jefe
De sus bravos subalternos
Ornadas también de ternos
Estas razones vertió:
«Lo véis: nuestra infantería
Retrocede rechazada,
Y empieza una retirada
Que no quiero seguir yo.»

«Caramba! ¿cómo ocurrirme
Mandándoos á vosotros,
Que esas lanzas y esos potros
Sirvan sólo para huir;

Y que en un lance en que tengo
Por segura la victoria,
Perder os deje tal gloria,
Por no haceros combatir.»

« Caramba ! si vaciláis
Se consuma esta vergüenza.
¿Quién ha visto que se venza
Sólo con gente de á pie?
Ni ¿cuando armada la diestra
De una lanza centelleante,
De vencer, un solo instante,
Faltáronnos gana y fe?»

«Ya, ya será para burlas,
Que, siendo bravos y diestros
En la mengua de los nuestros
Nos dejemos envolver.
No, Caramba! no, aprestaos,
Para que, cuando carguemos,
Quién somos, y qué valemos,
Los dos bandos puedan ver.»

Dice, aguija al potro y clama,
Lanzándose á la pelea:
«Que me siga quien se crea
De acompañarme capaz.»
Al punto precipitada
Toda aquella ruda gente
Como un hombre solamente
En masa sigue detrás.

Y al llegar donde se lidia
Cual irresistible ola,
Sobre la hueste española
Con ira cae y fragor.
El pánico difundiendo
En mortífera carrera,
Rompe y vuelca el ala entera
Que se opone á su furor.

Gente impetuosa y membruda,
Ya práctica en las matanzas,
Es un huracán de lanzas
Que lleva la destrucción;
De tal suerte que, cargando
De nuevo, al grito de «Adentro!»
Siembra también en el centro
La muerte y la confusión.

Y no en su sola pujanza
Rondón el éxito funda,
Que bien ve que lo secunda
El teniente Carvajal,
Quien impide reponerse
Del miedo que la anonada
A la hueste destrozada
En el encuentro inicial.

La aterrada infantería
Vuelta ahora de su pasmo,
Con renacido entusiasmo
Empuja firme á su vez.

La lucha así se encarniza
Y la Legión de Inglaterra
Como nunca, allí se aferra
En conquistar alta prez.

Español ó colombiano,
Cada cual la saña apura,
Y sólo la muerte cura
De tanto odio y tal furor.
Nadie da cuartel ni amparo,
Y los potros furibundos
Huellan á los moribundos
Y rematan su estertor.

Ya tremoladas se alzan
Las banderas, ya se abaten,
Y á compás los que combaten
Pierden y cobran ardor;
Y es aquello hirviente caos
De fusiles, lanzas, peones,
Caballos y pabellones
Y sangre, y humo y horror.

Distínguense apenas lampos
De lanzas y bayonetas,
Y agrio clamor de trompetas
Sin obediencia ni ley;
De entre ese caos empero,
Se escapan de cuando en cuando
Gritos de «Viva Fernando»
Y «victoria por el rey.»

Mas lanzas infatigables
Y fuegos bien dirigidos
En lamentos y gemidos
Truecan la grita triunfal.
Y merced á que la noche
En caer negra se obstina,
Escapa á su entera ruina
El ejército rëal.

—

Tal fue, como acción de guerra,
La del Pantano de Vargas
Perdida casi, en dos cargas
Ganóla por fin Rondón.
Así, al menos, lo contaban
Los que en ella habían reñido
Y así nos lo ha trasmitido
Una imparcial tradición.

Y aunque los Historiadores
A su antojo la comenten,
Ni refutan ni desmienten
Tamaña imparcialidad;
Porque en asuntos humanos
Que tienen tantos testigos,
La pasión de los amigos
No basta á ahogar la verdad.

—

Campeón del Alto llano,
Héroe modesto y sencillo,
A quien ni el oro ni el brillo
Incitaban á vencer;

Que, embebido en la creencia
De aquellos heroicos días,
Por la patria combatías,
Estimándolo un deber.

Duerme, sí, duerme en la tumba,
Sin temor de que en la Historia
Pueda atentarse á una gloria
Que fue mucho más allá;
Pues sin Pantano de Vargas,
Sublime oportuno antojo
De tu singular arrojo,
No habría habido Boyacá.



LA GLORIA DE BOLIVAR

EN EL CERTAMEN DEL 28 DE OCTUBRE DE 1871

No: su gloria no fué con firme brazo
La rebelde fortuna hacer esclava,
Y prohibir al tiempo que volviese
En tres lustros, los folios de la Historia
Sin que él en todos estampado hubiese
Su nombre, refrendando una victoria.

Ni fué su gloria con fulmíneo acero
La tierra dividir, y hacer que un mundo
De pedestal sirviendo á su grandeza,
A compás le dejara de su anhelo
Erguir entre las nubes la cabeza
Y su pendón cortar del mismo cielo.

Ni fuélo, no, de entre el sereno caos
De la aceptada esclavitud, al ruido
Hacer de su palabra omnipotente,
Surgir, de libertad ricas en dones,
Y en menos tiempo, sí, más fácilmente
Que lo dice mi voz, cinco naciones.

Ni fuélo, como Cristo, dedicarse
A hacer el bien para crear ingratos,
En tender á cien Judas complacido
El rostro como pálido glorioso,
Y en morir flagelado y maldecido,
Sintiéndose inocente y poderoso.

Ni lo es que el hemisferio de los reyes,
Cuando la historia los solemnes triunfos
De Ayacucho y Junín refiere alzada,
Tiemble creyendo percibir cercano
Su paso, y ver la centellante espada
Que la alma Libertad puso en su mano.

Ni lo es que, admiración de las edades,
Al resonar el nombre de Bolívar,
El eco de los siglos siempre alerta
Devuelva entre los gritos de victoria
Las bendiciones todas que despierta
La gratitud del orbe dé á su gloria.

Ni lo es que en torno de su tumba hagamos
Tanto ruido, y las plumas fatiguemos
Ese aplauso, mezquinos, remedando;
Ni que al cincel pidámosle que tierno
Lo vuelva á nuestros ojos, alentando
Vida de mármol, ó de bronce eterno.

No, la gloria mayor es con su ejemplo
Habernos enseñado providente,
Que mientras haya una constante diestra
Que el rayo de Colombia airada vibre
La tierra de su cuna será nuestra,
Nuestro linaje todo será libre.

Sí, patria mía, glorifica al héroe:
Nosotros sus hermanos cuidaremos
De hacer su última gloria, pereciendo
El día que una exótica bandera
Irrite nuestros ojos, pretendiendo
El Iris eclipsar que él te vistiera.

Hónrale, madre, mal que le envidiemos:
Homenaje á tu afecto es esa envidia.
Sí, ¿quién en este instante soberano,
Aquí no ansía con afán prolijo,
La ocasión de probarte que es su hermano,
Para que puedas tú llamarle hijo?

LA MUERTE DE MIRANDA

Versos escritos con el propósito de concurrir á un certamen

Pobre mártir! La fiebre lo consume
Y temblando se agita sobre el lecho,
Mezquino y solo mueble de la celda
Que le asfixia más bien que le aprisiona.

Abrasada su frente, inquieta busca
Un soplo que la halague y tranquilice;
Mientras, jadeando, el oprimido pecho
Pide aire que aspirar, que le dé vida.

Y ninguno con mano cariñosa,
En cristalino cáliz, le presenta
La miel embalsamada del calmante,
Ni, mimándolo, instila en sus oídos,
La mágica ternura del consuelo;
Que aun las recias paredes, por contiguas,
Impiden que los ayes que él exhala
Tengan el eco que mentir pudiera,
Cómo su angustia y su dolor comparten.

Y en tanta soledad, el duro y tibio
Jergón de sí le arroja; y con el ansia
Y ardor febril á recorrer le obliga,
En incesante afán, el breve espacio
A que la suerte adversa le redujo.

Tal cautivo león, ya dueño solo
De la segura jaula que lo estrecha,
Suele desesperado imaginarse
Que la logra ensanchar; porque, pudiendo
En su ámbito moverse sin reposo,
Siente al fin la fatiga que sintiera,
Cuando libre los bosques recorría.

Mas ay! que el corazón amartelado
De la tierra, también reclama instante
A los débiles ojos el aspecto
Lozano de las rústicas umbrías
Y las aguas cerúleas y rientes.

Y buscándolo corre hacia la reja
Del calabozo, apóyase en sus barras
El anhélito doma, írguese y tiende
La vista ansiosa de encontrar en donde
Caer enamorada y extasiarse.

En vano! que sus ojos nada miran,
Sino el tétrico horror de parda nube
Que sañudo aquilón al sur impele;
Y al verla el pobre anciano clama triste:
Oh! nube negra como el hado mío,
Que el rumbo tomas de mi dulce patria
Detente, escucha y llévale mi acento.

Sí, dile cómo, solo y moribundo,
Su cariño adormece mi agonía
Y, ansiando su ventura, sufro y gozo;
Y cómo la esperanza de que libre
El orbe la contemple aun cabe ilesa
Dentro del corazón, osado y joven
Al influjo fiel de su memoria;
Dile que si mis ojos no lograren
Ver ese día, mi alma de la Altura
Se gozará, al lucir, en bendecirlo,
Dile que la amo y por amarla muero,
Que soy feliz así, que no me duele
Sino que hayan robado á mis pupilas
La vista de lo cármenes elisios
Que la plateada sierpe del Anauco
Cruza entre flores y sonantes frondas;
O en la tarde, la magia irresistible
De aquella cima, orgullo de Caracas,
Que se remonta al cielo y en las nubes
Vela los toques de amatiste y oro
Que le da con su adiós el sol poniente....

Y sombrío calló,
Súbito entonces
Un relámpago hendió la negra nube,
Tras sí rugiente trueno sacudiendo.

Y deslumbrado y aturdido el héroe,
Febricitante, insano, cruel delirio
Asáltale de hazañas increíbles.

¿Cómo, dice, principia la batalla,
Y no se cuenta ya con el esfuerzo

Del brazo que impelido por mi arrojo
Supo un día segar tántos laureles?
No! traedme una espada y un caballo....
Mi pecho á ese rugido del combate
Se dilata y respira con holgura
El aura del peligro y la victoria.
Triunfaré del Destino: haré que el Cielo
Me dé por fin ayuda, respetando
Mi patrio amor, mi audacia, y mi renombre:
Aún soy el de Jemmapes y de Amberes!....

Y fúlgido relámpago de nuevo
Inflama el aire todo, lo sacude
Y con fragor horrísono lo rasga.

Y enloquecido el gigantesco anciano
Blande la alzada diestra y ronco grita:
¿A qué más esperar, bravos guerreros?
Bajo de mi bandera iréis seguros
Del Orinoco al cano Cotopaxi;
Nada, pues, os detenga, y adelante
Llevadla vencedora, los dominios
Y el nombre de Colombia dilatando....

Mas ah! Dónde me encuentro? La llanura
Trepida y brota peones y ginetes
Del clarín evocados! A su orden
Precipítanse y fórmanse en batalla
Tras la real bandera de Castilla
Que, enhiesta y dada á los fugaces vientos,
Con insolente orgullo los azota.

Y allá á lo lejos bulle entre las breñas,
Lucha viva y tenaz en que dos veces

Se abate ese pendón, y otras tantas
Vuelve, de ira y de soberbia urgido,
A levantarse entre el fragor y el humo.
Ay! ¡cuánta sangre pide en sus enojos
Y cuánta van á darle los valientes
Que irresistibles de entusiasmo avanzan!
Son de Erin y Morven la noble estirpe,
De la ultrajada Libertad campeones:
Ya llegan, ya se enclavan al terreno
A no cejar un punto decididos.

Y como, si la gloria rebozada
En su manto de fuego apareciese,
Y al pasar, sus promesas generosas
Y santas bendiciones de lo alto
Se complaciera en darles, para ungirlos
De ardimiento y de fe; así de hinojos
Se postran reverentes, las reciben,
Y con ellas el ósculo inebriante
Que hace abatir los párpados y al sueño
Del heroísmo indómito convida....
Ya quienes allí lidian? Se dijera
Que entre el vapor de la fluente sangre
Los manes de esos bravos aún resisten.

Hora la cruenta lucha se dilata
Y se enardece. Oh! Cielos, insinuadme
¿Cómo se llaman, cómo esos ochenta
Centauros que vomita la espesura
Y cual nube preñada de infortunios,
Marcan su paso en la tremante pampa
Lloviendo sangre y fulminando muertes?
¡Ya, desecho huracán de la victoria,

Sacuden el pavor y el exterminio
Sobre hombres, y caballos, y banderas ;
Ya todo lo derriban y al escape
Lo conculcan y estrazan sus corceles,
Dejando solo en pos sangrienta charca
Y coro de estertores y alaridos !

No, no me detengais: ese es mi puésto,
Dice, y furioso los barrotes firmes
Tenaz empuja; pero al fin postrado
A ese esfuerzo y á tantas emociones,
Sin voz contra la reja inerte cae.....

A poco, disipada la tormenta,
En el límpido azul alzóse el Iris,
Y el aura jugueteando en los cabellos
Del anciano, y besándole la frente,
A la existencia y la razón volvióle.
Sus ojos al instante se extasían
Del gayado meteoro en la ancha curva,
Y enternecido exclama: Mi bandera!
La invencible bandera de Colombia!
¡Y tendida en el cielo el punto cubre
En que asentarse deben las regiones
Que van del Orinoco al Cotopaxi!
Oh! Dios, toma mi vida y á mis ojos,
No arranques ya visión tan halagüeña.....
Y cayó desplomado, con el nombre
De Colombia en los labios expirantes.

El cielo le escuchó: cesó el martirio
Y, como siempre, trágico y glorioso
Exhaló el héroe su postrer aliento

En el voto más noble y esforzado
De amor y de lealtad á su bandera.

Murió! Ninguna piedra marca el sitio
En que duerme por siempre; mas no importa
Que se ignore su tumba. Cuando el Iris
Decora el Cielo, nuestros ojos miran
Flotando en él su espíritu divino.
Mientras acá en la tierra, sacro numen,
Símbolo tiene y abnegado culto
En el matiz, imán de las miradas,
Con que atestigua al mundo nuestra gloria
El Lábaro inmortal de Carabobo.

GRITO DE GUERRA

MESENIANA

Con motivo del bloqueo de La Guaira y Puerto Cabello
por los franceses é ingleses

Lo véis? El extranjero en nuestras playas
Quiere arrojar sus formidables huestes.
A las armas! Llegado es el instante
De engrandecer el seno y rebosarlo
Del más santo entusiasmo. Acaso el cielo
La dicha nos prepara de dar nobles,
Luchando por la patria, la existencia.
Sea: y el seno ardiente que se exhala
En cantos por mis labios el primero,
Vertiendo toda su abrasada sangre,
Haga una libación al Genio Santo
Que en nuestras cunas invocar oímos
A nuestros padres. Sí, qué nos importa
Que estéril sea la lucha? Probaremos
La inefable ventura de sentirnos
Exangües, moribundos por llamarnos
Libres é hijos de una noble tierra!

¡Cuan dulce, cuánto, debe ser la angustia
De una alma que se escapa, oyendo al labio
La patria bendecir, y su ventura
Su independencia encomendar al cielo,
Testigo del doliente sacrificio!
. . . .
Luchemos sí; nosotros no podemos
Besar cobardes la potente diestra
Del extranjero, mientras haya un campo
En que un combate aventurar, y un lecho
De cruento polvo mendigar al roto,
Al fatigado cuerpo. A la memoria
Nos vendría al intentarlo, que oprimidos
Como nosotros, nuestros nobles padres
Tuvieron que luchar. Y ¡ah! cuántas veces
En esas luchas, sobre el campo mudo,
No halló, la esposa, que buscó afligida,
Miembros bastantes con que hacer el caro
Cadáver de su esposo! Cuántas veces
Borróse en ellas un linaje entero!
Y cuántas, ¡ay! el fuego y la matanza
Se partieron voraces las ciudades!....
Y eso fué gloria! Sí; que más gloriosas
Las hórridas cenizas de Numancia
Son, que la vida ruín que otras naciones
Ganaron, bendiciendo sus cadenas,
Y besando las manos que teñidas
En su sangre tendióles satisfecho
Cualquier advenedizo.................
.........................Mas, no patria,
Tu de Numancia no tendrás la suerte!
No sé que inspiración, que noble instinto
Me hace creer que un día el mundo entero

Temblará oyendo, tu temido nombre.
Entonces ¡ay! olvida que en tu infancia
Los feroces leopardos de Inglaterra
Y de Francia las águilas impías,
Porque te vieron débil te insultaron.
Olvídalo, y si puedes, generosa
Tu brazo presta cada vez que intenten
La planta aventurar en el sendero
De la difícil libertad. Sí, barre
Al viento de tus iras los tiranos
Que las insulten, y en las negras ruinas
De sus viudos alcázares escribe
«Viva la libertad, viva la patria!»
Gritos hermosos con que irán tus hijos
Hoy á lidiar y á perecer. En tanto
No temas, no te aflijas por tu suerte:
Muéstrate digna siempre, y tu renombre
Crecerá al par que crezcan tus desdichas.
. . . .
Vamos, hermanos, á morir. El sacro
Pendón de Carabobo, que aun refiere
Orgulloso sus glorias á los vientos,
Caer no debe en la extranjera mano,
Sino borrados por la sangre y polvo
De un terrible combate sus colores!....
Qué! Vaciláis algunos? Desde cuando (*)
Bastan á hacer las amenazas solas
Cobardes en Colombia? No, vosotros
No lo sois: yo lo juro: que bien miro
Cual es vuestro propósito! Apagada

(*) Alúdese á unos pocos, malísimos venezolanos, que tomando la via de Galipán á las órdenes del alemán Luzon, se dirigían á unirse á los ingleses y franceses.

Sobre el altar del corazón la vieja
Republicana fe, dejáis alzarse
En él la vergonzosa idolatría
Del dorado becerro. Agonizando
Queréis ver vuestra patria, miserables.
Para pillarla, impíos.... Ah! temedlo.
Si tal lográis, ella tendrá osadía
Para elevar los aherrojados brazos
Al alto cielo, y á la faz del mundo
Maldecir moribunda vuestras frentes
Y si yo vivo, ó si mis cantos logran
Atravesar los siglos, repitiendo
Esa terrible maldición, de infamia
Cubiertos vuestros nombres, legaréles....
  Negad, si os atrevéis, la heroica sangre
Que hace alentar vuestros robustos pechos,
Y sin rubor ganad el otro campo:
Vuestra patria infeliz no necesita
Los hijos que, al sentir de los peligros
El aura embriagadora, amilanados
Anhelen verse en las espesas filas
Del que confía en el cercano triunfo.
Idos tranquilos; id.... Os prometemos
Vuestros hijos guardar, vuestras esposas:
Así podrán los venideros días
Ver sudar á sus frentes el terrible
Sudor de sangre que se llama infamia.
Idos. Y el cielo quiera que la mengua
No llevéis hasta el punto de excusaros
De venir á lidiar, para que fieles
Nos veáis morir al pie de la bandera
Que os hicieron querer como á ellos mismos
Vuestros ilusos padres. Sí, traidores,

Venid y nos veréis que, si no fuertes
Por el número, heroicos por la sangre
Sabremos afrontar las invencibles
Falanges de la Francia y la Inglaterra,
Sabremos arrancar á la fortuna
Una derrota más gloriosa y noble
Que su fácil victoria. Entonce, alegres
Gozaos, si podéis en vuestra vida!
Habréis vivido de lo que otros mueren:
De vergüenza y mancilla!.............
....
.................Ah! perdonadme,
Amigos, el dolor, el santo afecto
De la patria me habían embriagado,
E injusto os execraba. Nunca, nunca
A tanto llegarán vuestros errores;
Que amáis como yo mismo el Cielo y Tierra
Que os miraron nacer. Cuando llegado
Sea el solemne instante, con nosotros
Bendeciréis contentos la desgracia
Que logra al fin unirnos, y que caros
Nos va á hacer más y más nuestros hogares....
....
Ah! dulce patria mía, por qué el Cielo
No te habrá hecho de los pueblos reina?
Mas no, que te conserve pobre y débil,
Si al tú crecer se amengua en nuestros pechos
La grande, la inefable idolatría
Que en tí hemos puesto. Noble, noble patria!
Nosotros lo sentimos: nuestra sangre,
El martirio, la muerte, nada basta
A pagar el honor de haber lidiado
Por tu nombre y gloriosa independencia.

. . . .
Si vamos á morir cual hijos de héroes....
No lo sentís? el generoso orgullo
De tan sublime sacrificio grato,
Hace el horrible aspecto del peligro
A nuestros ojos, que la dicha tienen
De ver al par ese tranquilo cielo
Y de extasiarse en tan hermosa tierra!



MESENIANA

A los patriotas venezolanos que hayan leído el artículo titulado «Isla de Aves» que en defensa de los derechos de Shelton, se encuentra inserto en *El Foro*, número 39, y al indigno venezolano que en mal hora lo escribió.

¿Y tememos? ¿Por qué? ¡Por qué los yankis
Ponen los ojos en la patria nuestra,
Y esperan que al mirar su escuadra y huestes
Doblemos la cerviz, y el duro yugo
Que nos impongan tímidos suframos?
¡Cuán indigno temor! Nuestros abuelos
Murieron en Numancia y en Sagunto,
Y nuestros padres vieron sin pavura
Las huestes que enseñaron á la Europa
Que no era Dios, sino hombre, el héroe invicto
Que la cruzara, derribando tronos
Y repartiendo, á su querer, diademas.
¿Por qué, pues, recelar que no sepamos
Buscar en una tierra que no tiene
Sitio que no haya bautizado un triunfo,
Una tumba á la honra, una ara santa

En que morir, quemando el testamento
Que un tesoro de gloria nos promete?
¿Habremos olvidado que aun existen
Dabajuro, La Puerta, Urica, Aragua
Do podremos caer, do nuestros ojos
Se apagarán interpelando al cielo;
Do nuestros labios se helarán besando
Una tierra mezclada á las cenizas
De los mayores de nuestra alta raza?

¡Cuan hermoso será morir como ellos
Con la frente dorada por el polvo
Que levanta el tumulto del combate!
¡Cuan hermoso borrar con sangre nuestra
El noble gentilicio que llevamos,
Y que debe existir, mientras osemos
De nuestros padres conservar el nombre!....

Pero ¿por qué desesperar? ¿El águila
De los Azules Montes, tiene acaso
El ánimo templado y garras férreas,
Que el León de Iberia en sus hermosos días
Mostró para aterrar y herir de muerte
Al águila caudal que se cerniera
En Arcola, Austerlitz, Jena y Marengo?
Y esas garras potentes, aherrojadas
Fueron ¡ah! por los héroes de Colombia;
Y de entre ellas el cetro de la América
Fué arrancado y á polvo reducido
A los ojos atónitos de espanto
De la soberbia fiera que corrida,
Huyó á esconderse en su cubil de Europa.
. . . .

Ah! Somos pocos... Solamente el número
Y la riqueza, aliento dar pudieran
A esas bandas cobardes como avaras.
Bella proeza! Amenazar á un pueblo
Que ni el valor ni el genio les envidia;
Que deseara tan sólo los recursos
Que la cobarde paz ha amontonado
En sus ferradas, insaciables arcas.
Bella acción! levantar contra el inerme
Todo el tren de la fuerza. ¡Ah patria mía!
¿Por qué has rasgado tu fecundo seno
En revueltas inútiles, que sólo
Te han producido la miseria y luto?
Mas ¡ah! no, nunca una cobarde lágrima....
—Que vengan sus aurívoras legiones;
El Condor de los Andes hallar puede
Aún una roca en que afilar sus garras;
Y ¡guay! si en lo más franco del combate
No logra hundirlas todas en el seno
Del águila rapaz de Norte América ....
....
Y tú, hijo espúrio de una heroica raza,
¿Por qué, si anhelas su extinción, más noble
No vuelas al contrario campamento,
Y al frente de las ávidas falanges
Colocándote, vienes en seguida
A bañarte en la sangre de tu hermano?
Ah! no, tú no lo puedes. Si en mal hora
Ese enemigo, á quien traidor alientas,
Cubre de huestes nuestro caro suelo,
Y á la suerte libramos de las armas
Su codiciada posesión,—lo alcanzo,—
Ni siquiera tendremos el consuelo

De hallar tu faz maldita en el combate.
Que el que es cobarde hasta vender su patria
Mal puede combatir por la extranjera,
En que no oye la voz, ni mira el llanto
De su esposa, sus hijas y su padre
Que las armas le entregan y le inspiran
El valor que promete la victoria.
Ah! desdichado, cuando ves que el cielo
No oye el ferviente ruego del que pide
Para este Pueblo la ventura y fuerza,
Se te ocurre insultarlo y sin entrañas
Atraerle enemigos! Imaginas
Que ya para el traidor no hay un castigo,
Porque no escuchas como en días mejores,
Lanzar al sacerdote el anatema
Y el cántico entonar de los que fueron;
Porque no ves sobre tu frente, alzarse
La mano ignominiosa del verdugo.
Que la cubre de infamia, y borra de ella
La unción de nuestro rito; porque no oyes
Como se ensaña el hacha en las paredes
De tu cara mansión, ni ves cual siembran
De sal y cardos su solar odioso?

Ah! no, te engañas!—Venezuela aun tiene
Hijos que sepan detener la pluma
Del que la esgrima de su nombre en mengua;
Y la opinión de la honradez, que es árbitra
Del lustre ó la deshonra de los nombres,
No necesita levantar un dedo,
Ni menos pronunciar una palabra.
Para legar el tuyo á la ignominia
Y entregar tu persona al odio cruento

Del irritado pueblo que has vendido

. . . .

Ah! tiembla, que si un día te conoce
Y te maldice airado una sentencia
Pronuncia irrevocable, que se extiende
A toda tu familia, y que acibara
El pan que compras con el oro infame
Que te produjo tu conducta púnica.
Entonces ¡ah! verás como tu madre
Maldice el seno que ofreció á tus labios;
Como rehusa tu infeliz esposa
Los brazos, llena de efusión tenderte;
Y cual repugnan tus virtuosos hijos
Darte el nombre de padre:—que aunque tiernos
El deber y el cariño les ordenen
Que olviden tu desdicha, una palabra,
Una señal, un gesto de cualquiera
Les mostrará en tu frente el negro estigma
De la traición. ¡Felices, si sus ojos
Pueden entonces deshacerse en lágrimas,
Y tenerte piedad! Ah! guarda, oculta
Tu triste nombre, miserable!....Entiende
Que á los ojos del pueblo se prescribe
La culpa á veces, más la infamia nunca!

. . . .

Y vosotros, amigos, que aun tenéis
Virtud bastante para amar la patria,
Nada temáis.—Cuando el instante llegue
Fuerzas tendremos para hacer terrible
Dilatarse el fragor de Carabobo
Y hallar sabremos en el pecho aliento

Para, á la sombra del sagrado Iris,
Los nobles gritos repetir que ahogaron
De Ayacucho y Junín el grave estruendo!

Feliz quien caiga en las primeras filas
Y pierda con la vida los dictados
De *libre é hijo de la gran Colombia!*
Y maldito el que doble la rodilla
Y halle piedad en el contrario bando;
O el que, volviendo las espaldas, diere
Un motivo de befa al enemigo.—

¡Feliz quien muera haciendo los esfuerzos
De que es capaz su brazo, por no verse
Sometido á un tirano! Y desdichado
Del que, pudiendo hundirle dentro el pecho
Un vengador puñal, dude á su diestra
Dar un bautismo de honra con la sangre
Que ninguno ama,—que traidores sólo,
Podrán alzarse á defender menguados!



A LA LIBERTAD

DEL VIEJO MUNDO

En el certamen del 28 de octubre de 1869

Musa, ¿tu labio fácil enmudece,
Cuando es gala que cante entusiasmado
La dulce libertad, cuando se ofrece
Premio de arte y riqueza decorado
A tu voz, si jigante la enaltece?

Nunca la Grecia del divino acento
Abrió de Olimpia y Delfos las arenas
A tanta lucha, ni del alto asiento
Lanzó áurea poma protector Mecenas
Más digna, á la discordia del talento.

Evocando la época lejana
En que de Isaura el ramillete de oro
Era al gayo saber prez soberana,
Hoy, franca liza al apolíneo coro
Abre Caracas, de su estirpe ufana.

¿Y á justar bajaré?—Sí, ya animoso
Me nombro, y el escudo resonante
Toco, y pienso que el néctar delicioso
Que bulle en esa copa fascinante
Da la embriaguez del triunfo más glorioso. (1)

Pero, ¿cómo cantar, cuando el asunto
Le roba toda luz con su grandeza
Al alma deslumbrada, que ni el punto
Ve do la senda apetecida empieza,
Ni llegar fía al término presunto?

Cuando en la noche lóbrega comprende
La falena del Paria (2) que perdida
Va por la selva, y que las alas tiende
Sin norte y sin descanso, conmovida,
Por darse luz, su corazón enciende.

Yo, así abrasado el ambicioso pecho
Del fuego de tu gloria ¡oh patria mía!
Hallo el asunto á mi arrebato estrecho;
Más ya el astro alcancé que cierto guía,
Que á mi audaz esperanza va derecho.

¡Oh Genio que inspiraste en las huidas
Horas de fama á mi ascendiente altivo,
Que hace ver en la historia confundidas
Con las proezas del solar nativo
Las glorias de la patria de Leonidas; (3)

(1) El premio ofrecido era una copa.
(2) La fúlgora lanternaria.
(3) El general J. B. Arismendi libertador de Margarita.

Tú, que arrancaste al labio casi yerto
Del otro, exangüe, un himno de victoria,
Al ver que de su hueste el desconcierto,
Si dejaba laureles, era ¡ oh gloria !
Sobre la frente del tirano....muerto ; (1)

Sí, providencia de mi nombre, sea
Mi voz la tuya, y gáneme ardorosa
El ánimo templado del que vea
Con digno horror la esclavitud odiosa,
Y ni busque sus bienes, ni los crea !....

Y qué ¡ cuándo la América no ostenta
Sino libres naciones, y en sus leyes,
Los linajes de Europa que acrecienta,
Han sellado el olvido de los reyes
Con su corona y púrpura sangrienta ;

¿ Aún se guardan en trono diamantino,
Señores del cadalso devorante,
Los indignos tal vez, á que el destino
Dió el derecho, por sórdido, insultante,
Que una blasfemia acusa de divino ?

Ah! la luz que deslumbra á esas naciones
Del interés quebrada en la aspereza,
No ha podido ganar los corazones
Que, á oscuras, poseídos de flaqueza,
Amordazan su fé y aspiraciones.....

---

(1) El coronel Diego Brito muerto en la última desesperada carga de l batalla de Urica.

Y el hombre sigue en su armonioso vuelo
A los astros, los mide, los consulta,
Y en los arcanos plácese del cielo,
Por no mirar como su alteza insulta
Menguado usurpador aquí en el suelo.

Raro ser! sobre el hierro vuela osado,
Hace que el rayo sus mandatos lleve,
Aprisiona la sombra; arrebatado
El cielo asaltaría.... ¡y no se atreve
A librarse del cieno coronado!

Ciego á fuerza de luz, temor demente
Le hace olvidar que sobre el orbe entero
El hombre es rey, ungido eternamente,
No de aroma mundano y pasajero,
Mas del soplo de Dios omnipotente.

Y el ánimo en su olvido no compone
Para luchar y no mirarse inulto,
Y obedece feliz cuanto dispone
En su daño el Señor y acepta el culto,
Mentira infame que la fuerza impone.

Ah! cuánto, cuánto de vergüenza y pena
Siembra del corazón en lo profundo
Ver que una parte de la tierra llena
Resignado, impasible, un vasto mundo
De esclavos que acarician su cadena!

¡Cómo sorprende al alma acongojada,
Que el suelo de las máximas acciones,
Que abona la ceniza venerada
De los Ajis, Camilos y Scipiones,
Mirtos no dé para ocultar la espada!

Y ¡ cómo es duro ver que de la historia
Dictan en vano el salvador camino,
Promesas de alta muerte ó de victoria,
La Termópila cruenta, el Aventino,
Gritos de piedra que elevó la gloria!

¡ Pobre Europa! en tus pueblos y campaña
Apenas alza la cerviz derecha,
El hijo de la plácida cabaña
Que sombreó, al rehilar, la diestra flecha
Del héroe de la helvética montaña....

Qué! ¿no te moverá ni ese insultante
Testimonio de luz que miras triste,
Ni la inflamada prensa que constante,
Porque veas cual eres y cual fuiste,
Te presenta el escudo de diamante?

¿Y en vano arrojan en la fiel balanza,
En que la historia tu vergüenza estima,
Por engañar al siglo que ya avanza,
Hugo los rayos todos de su rima
Y *Garibaldi* la potente lanza?

Ese labio, que calla y que suspira,
Dice que solo flaco desaliento
La peligrosa lucha hora te inspira,
Ah! pobre esclava! yérguete un momento
Y á Cuba débil como lucha mira.

Míra, mírala aún. Si no te sientes
Capaz de dar tu sangre generosa
Por librarte de reyes insolentes,
Ven, aprende algo más: los ojos posa
Sobre ese escaso grupo de valientes.

Ah! te indigna esa vista, y á la estancia
Vuelves de tu molicie el paso airado....
Y luces en la frente la arrogancia!
Sí, mas le falta al pecho desconfiado,
La fuerza de los héroes: la constancia....

—

¡Oh Libertad! Cuando llover hacías
Sobre nuestros hogares sangre y fuego;
Cuando de huesos y de horror cubrías
Nuestras llanuras, y al tirano ciego
Dabas por himno coro de agonías;

Cuando en la noche lúgubre llevabas
Al sueño de las madres la azarosa
Suerte del hijo caro; cuando guiabas,
Con el incendio en la paterna choza,
El paso de las huérfanas esclavas;

Entonces, aún entonce el dolor mismo
Te bendecía, que á tu voz pujante
La esperanza, surgiendo de ese abismo,
A la fé daba pábulo abundante
Y ardor al moribundo patriotismo.

¿Por qué así, Genio, no acorrer clemente
A Europa y Asia en la mortal palestra?
¿Por qué verlas con pecho indiferente,
Y no dar á su sangre que es la nuestra,
De Maipó y de Junín la fiebre ardiente?

Sí, inspírales tu fé, para que amables
Hallen al par la muerte y la victoria,
Y luchen los tres lustros memorables
Que brillantes de lágrimas y gloria
Declaran nuestros fastos venerables.

Dáles ver cual la sangre se convierte,
Al cumplir tus terribles voluntades
En santas bendiciones, que á la muerte
Le roban el poder, y en las edades
Culto llegan á ser del pecho fuerte.

Llévales tu pendón. La noche umbría
De sus ámbitos vastos desparezca;
Propicio brille aún este gran día;
El Bolívar del mundo ya aparezca
Y acabe de una vez la tiranía.

Genio, acoge este voto, y el consuelo
Danos de ver que las naciones vivan
Bajo una ley, y no partido el suelo,
La misma bendición de Dios reciban
Y la misma oración alcen al cielo!

RISUEÑA ESPERANZA

—

A DAMÓN, EN TRAJE DE HÚSAR DE PÁEZ

—

Pierdo de entusiasmo el seso
Al mirarte ese uniforme,
Pero encuentro que es enorme
Para tus fuerzas tal peso.

El morrión es una pieza
Que por mucho que te siente,
Comprimiéndote la frente,
Te dobla más la cabeza.

Turba la respiración
Ese dormán por estrecho,
Y requiere dentro el pecho
Resistencia á la opresión.

Cuida de asentar los pies
Bien aplomo cuando andes,
Que esas botas son muy grandes
Para nuestra pequeñez.

Tu brazo con gallardía
Podrá blandir esa lanza
Que la mejor esperanza
Fué de nosotros un día;

Mas, sin tener su dominio,
¿Cómo con ella botar,
Ni mucho menos trazar
Rojas líneas de exterminio?

Y ahí el mérito se encierra
Del arma que á la memoria,
Bautizados por la gloria,
Trae cien campos de esta tierra.

Pero, de todo á pesar,
Si en tu papel no decaes,
Por un bravo húsar de Páez
Te habrán todos de tomar;

Que ese pecho en la opresión
Y esos inseguros pies
Ya dan á tu bizoñez
El aire de la ocasión:

Se nos va á antojar que eso
Casi el cansancio retrata
De aquella marcha hasta el Plata,
De mil lauros bajo el peso.

Y nos viene á la memoria,
Con un persistente afán,
Todo lo que ese dormán
Presidió de horror y gloria.

Si algún contrario arrogante
Lo afrontó con pecho fuerte,
El espejo de su muerte
Vió en la grana deslumbrante.

Si escapó, de rojo y gualda
Pudo decir que era el pecho,
Mas nunca tuvo derecho
Para describir la espalda.

Llevado con galanura
Por Angel Bravo, un momento
Como un meteoro sangriento
Cruzó la ardiente llanura.

Y entre sus vistosas rayas
Ocho dragones reales
Le picaron ocho ojales
Para otras tantas medallas.

Fué bajo de ese crucero
De alamares que, partido,
Dió su postrimer latido
El corazón del Primero.

¡Cuán bien lució su carmín
De fuego y humo rodeado!
Mas la sangre de Mellado
Vencióle en brillo por fin.

Que, al descubrirse la herida
Que lo derribara yerto,
Se le halló el pecho cubierto
De púrpura más subida.

Ah! ya que tomas, Damón,
Arma y arreos de jigante,
Siéntelos bien, arrogante,
Engrandece el corazón.

Y con marcial entusiasmo,
Date á comprender que agitas
La lanza de Mucuritas,
Nuncio de muerte y de pasmo.

Y no con pecho de esclavo
Imagines que el dormán
Se viste por ir galán,
Cuando es para ser mas bravo.

La Patria así, con arrobo,
Clamará cuando la ofendan:
«*Aún tengo brazos que tiendan*
las lanzas de Carabobo!»

Y arrancada al largo sueño
De su mudez y quietismo,
Renacido el heroísmo
Creerá de Plaza y Cedeño,

Bendito, ay! el que ha logrado,
Desenterrando esas galas,
Desentumecer las alas
Del patriotismo cansado.

Y por respuesta oponer
A la extranjera amenaza
La evocación de una raza
Presta á morir ó vencer.

Y prez! al moderno Cid,
Que, al sentir en la frontera
Que intrusa hueste extranjera
Nos provoca á ruda lid,

Destrozando las cadenas
Del sepulcro, grita: Arriba!
E inflama la sangre altiva
Que se helaba en nuestras venas.

Ya, si el enemigo vuela
A encontrarnos, por guión
Tendremos al Paladión,
Creador de Venezuela.

Y entre las rientes palmeras
De los campos guayaneses,
Acaso hallen los ingleses
Su Yagual y sus Queseras.

Tiempo es de que las Naciones
Comprendan que nuestra saña
De lo que enseñara á España
Aun puede darles lecciones;

Y que estos campos violados
No han de ser impunemente,
Mientras viva un descendiente
De aquellos nobles soldados.



LAS LIBERTADES DE CRISPINO

(HISTORIA ROMANA)

«Aconseja, oh Crispino á Domiciano
Que nos vuelva, más noble y más prudente,
A aquella libertad dulce y decente,
Orgullo y regocijo del Romano.»

Esto decía un venerable anciano,
Del César al liberto omnipotente,
Que, en alarde de tal, así insolente
Replicóle con tono soberano:

«Olvidar tan añejas necedades
Es sólo el medio de vivir contentos,
Y de ser en política profundos.

¿Cómo decir que os faltan libertades?
¿No tenéis, con la audaz de los lamentos,
La preciosa de ser inverecundos?»



VERDAD

Por gozar del ambiente regalado
De la estación, anoche esquivé el lecho
Y del bullicio y de la luz guiado
Al bronce de Bolívar fuí derecho.

Ni escocedor recuerdo ni cuidado
Nublábame la mente y dentro el pecho
Mi corazón latía acompasado
Del mundo y de la vida satisfecho.

Qué dulce paz, clamé, mas la conciencia,
Despertando del sueño que dormía,
Gritóme: imbécil, no la mengua dores,

Llamando paz y dulce á la impotencia
De recobrar la libertad que un día
Te dieron con su sangre tus mayores.



RESPETADLE

Sí! dejad vuestras leyes sólo escritas,
Sus glorias si increíbles verdaderas
No caben en las honras tan someras
A que intentáis dejarlas circunscritas.

Inmensas esas glorias é inauditas
¿Qué cincel podrá dárnoslas enteras?
¿Cómo el polvo esculpir de «Las Queseras»
O las llamas copiar de «Mucuritas?»

Respetadle, dejad á su memoria
Por toda admiración la de la historia.
¿Quién podrá verle allí sin mudo arrobo

Cuando, invicto, doquier previendo lauros
Lleva á morir el grupo de Centauros
Que triunfan para siempre en Carabobo?



RUISEÑORES HIBRIDOS

—

Á MARTÍN ZULOAGA Y TOVAR

—

¿ Cuándo se vió del cóndor altanero
Una prole nacer de ruiseñores ?
Ni ¿ cuándo preferir los Trovadores
El plectro de oro al centellante acero ?

Jamás ! Nosotros gárrulos, empero,
Desfogamos en cántigas de amores
El arranque y los épicos ardores
De un linaje sin par como guerrero.

Y se nos ve las palmas de la gloria
Desechar por los nardos y arrayanes,
Esquivando, oh rubor ! sentirnos hombres ;

En tanto que solemnes en la historia
Se alzan terribles los paternos Manes
Echándonos en cara nuestros nombres.



EL BOTIN DE CORINTO

(HISTORIA ROMANA)

Ganan por fin de Mummio las legiones
A Corinto que, en hábil represalia,
Desliza en el botín las corrupciones
De las lúbricas Lesbos é Idalia.

Y ya no más Fabricios y Escipiones
Prestó al aplauso universal la Italia ;
Y aún de Zama á los firmes corazones
Sucedieron los rostros de Farsalia.

Más tarde, si invocado el patriotismo,
Que entre ánforas y rosas muerto había,
Se lo hallaba un ridículo arcaismo :

Ni el pueblo ni el Senado lo entendía
Por que extremado en ellos el cinismo,
Era su único idioma el de la orgía.

Abril de 1898.

X

Exaltando en la mente mis rencores
Contra la dura suerte iba yo un día,
Y no creyendo en Dios no lo veía
Del campo en las promesas y esplendores.

Pero el hálito dulce de las flores
Que rumorosa el aura remecía,
Cabe arroyo fugaz que esa armonía
Redoblaba de notas y colores.

El pecho dilatóme y distraídos
Así mis pensamientos, su aspereza
Ya convertida en deliciosa calma,

Ví que embriagados tres de mis sentidos
Por la magia sutil de la belleza,
Dios había entrado irresistible en mi alma.



LA CARIDAD

(DR. AGUSTÍN AVELEDO)

Dale sin que te inquiete ser mezquino,
Que al erigirle, de piedad modelo
Dios le acordó, para aumentar su celo,
De los milagros el poder divino.

Así, ayuno él propio, á un peregrino
Pudo anoche ofrecer pan y consuelo
Y hoy temprano en su puerta puso el cielo
Dos más que acosa abrumador destino.

Y no es crueldad, porque él se los envía
Para que en su virtud confianza cobre
Sin la calma perder en sus afanes,

Para que sin cejar en su porfía
Dando subido precio al dón más pobre
Logre eficaz multiplicar los panes.



EPILOGO



EPÍLOGO

A MI SOBRINO EL SEÑOR PEDRO ARISMENDI LAIRET

Hijo mío: tienes ya el libro que tanto has deseado, y que te pertenece con más derecho que á mí, pues sin tus esfuerzos para compilarlo, no habría tenido jamás publicidad. Lo único que puede hacerme cómplice tuyo, en esta falta de respeto á las Musas, es la selección que me arrogué y que espero ha de valerme un poco de indulgencia, ya que eso de escoger, entre tanto malo, algo limitado que pueda parecer bueno, no deja de ser tarea ímproba y meritoria.

Voy hacerte una confesión: Cuando mandábamos los originales á la imprenta, me era tan indiferente el éxito que casi no me cuidaba de leer las pruebas, pero ahora, cuando he visto el esmero de la edición, que, si obra de muy buenos tipógrafos, revela á las claras las recomendaciones de mis buenos amigos, Rafael Mata y P. Valery Rísquez, no pude menos que decirme contritamente

y ¿valdrá tal obra tanto esmero y cariño? No se ahogará en la belleza de la edición la simplemente presuntuosa de los versos!

Eso por una parte, que por otra ya me ocurre pensar, como serán ellos juzgados, siendo tan sometidos al diccionario y á la gramática, y tan circunscritos á la sencillez y á la claridad en época en que parece ser gala alardear de incorrectos y desapoderadamente oscuros. ¿Podrá no desagradar esa mi empeñada ansia de concisión, que va algunas veces, hasta lograr, como dices tú, que las palabras atropellen las ideas?

Sea lo que fuere: los dados están tirados, y ya es fuerza resignarse á lo que digan al detenerse. Esperemos.

Tu agradecido tío,

P. Arismendi B.



ÍNDICE



INDICE

Pág.

PATRIÓTICAS



FE DE ERRATAS

Pág.	32.	Estrofa 2ª	Línea 2ª	Donde	dice	gracias	Léase gracia
»	91.	» 2ª	» 2ª	»	»	el	» al
»	95.	» 4ª	» 3ª	»	»	hechizando	» hechizados
»	118.	» 4ª	» 4ª	»	»	una	» la
»	141.	» 4ª	» 1ª	»	»	intentes	» intentéis
»	148.	» ultima	» última	»	»	en lugar de punto (.)	» coma (,)
»	155.	»	» 1ª	»	»	donde dice quiza	» quizás
»	171.	» 3ª	» 3ª	»	»	siente	» se siente
»	178.	»	» 1ª	»	»	empiezas	» empieza
»	263.	» 3ª	» última	»		en lugar de más con acento	» mas sin acento
»	281.	2º párrafo	» 1ª	»		donde dice voy hacerte	» voy á hacerte